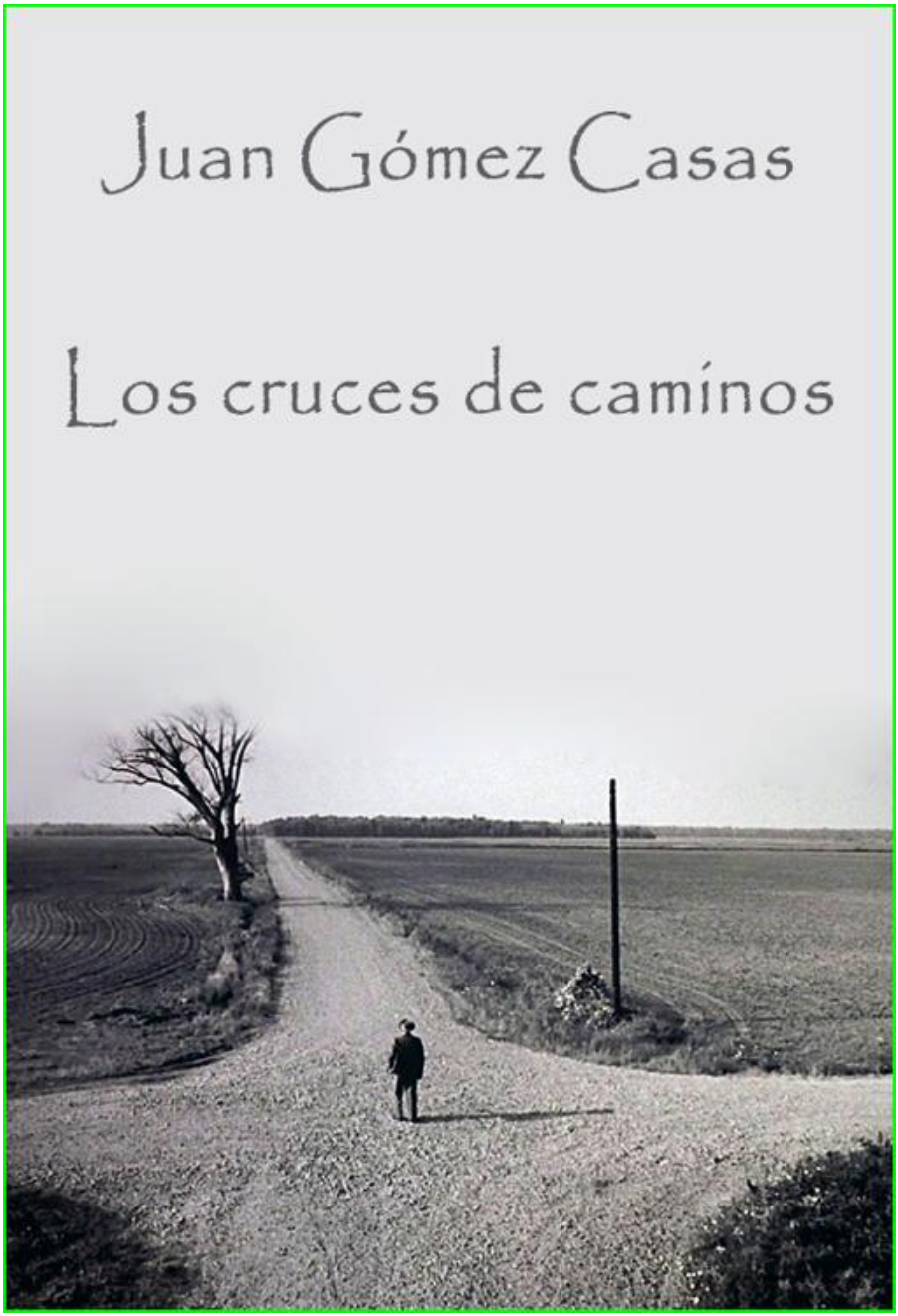
Juan Gómez Casas

Los cruces de caminos



Juan Gómez Casas

LOS CRUCES DE CAMINOS

(Antecedentes y pequeña historia de una década: 1966 - 1976)

A quienes lo dieron todo por las ideas libertarias.

Edita: REGIONAL DEL EXTERIOR, C. N. T.

Este libro se acabó de imprimir el día 30 de Mayo de 1984

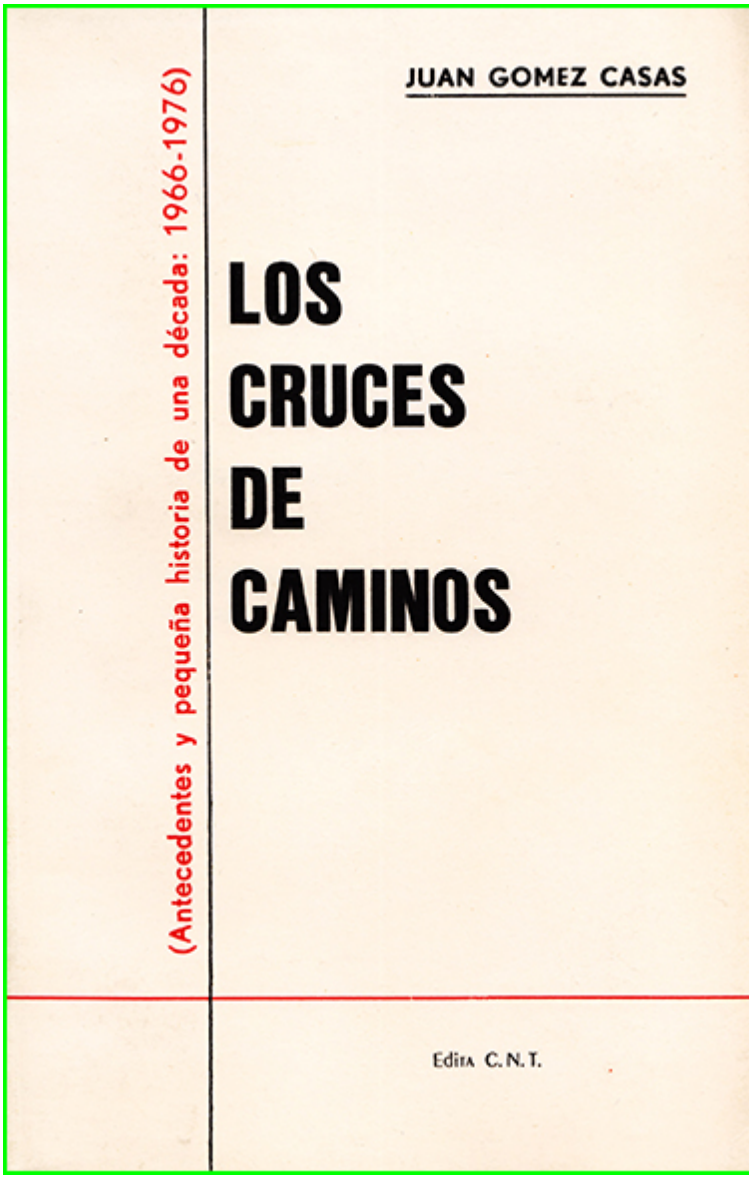
Dépot Légal, 3e trimestre 1984

Numéro d'impression: 50

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Cubierta original

PRESENTACIÓN

Publicamos en formato electrónico éste pequeño libro que Gómez Casas editó al á por los años ochenta a través de la Regional del Exterior de la Organización.

Éste e-book es básicamente una autobiografía de Casas en la que juega un papel importantísimo el escenario de los hechos, constituyendo así, un extraordinario documento para conocer tanto la clandestinidad como el relanzamiento de la CNT.

Dáse la circunstancia además de que Casas es un brillantísimo narrador, por lo que el lector interesado, encontrará aquí no solo una lectura emocionante, sino además una fuente inestimable de conocimientos acerca del movimiento obrero de nuestro país.

Queremos con este libro rendir un pequeño homenaje a éste gran compañero al que, aun sin coincidir al cien por cien en cuanto a planteamientos, siempre hemos estimado, respetado y querido.

Confederación Sindical Solidaridad Obrera

INTRODUCCIÓN

Llegué a Madrid procedente de Valencia en marzo de 1966, tras cuatro años de permanencia en esta ciudad. Al llegar a la capital tenía cuarenta y seis años y todo lo que hasta entonces había sido mi vida se distribuía de acuerdo con la siguiente cronología: nueve años en Francia, donde nací en 1921; dieciséis años en Madrid, hasta 1947, año en que soy detenido por la policía franquista; casi quince años en diversas cárceles como resultado de esa detención, y otros cuatro en Valencia una vez recobrada la libertad.

Iba a vivir y a participar en cierta manera en la historia de una década esencial para la historia contemporánea de este país. Pero antes de desarrol ar este relato muy sucinto de la misma es necesario que exponga brevemente rasgos generales de mi vida que explican por qué regresaba al número 22 de la cal e de Menorca, de Madrid, después de una ausencia de muchos años y las razones de mi interés por dar una visión de ese tiempo histórico cuando ya se ha puesto en marcha el formidable proceso que va a culminar en un desbordamiento de esa dictadura que su representante máximo tratara de dejar atada y bien atada.

Nací en Burdeos como resultado del encuentro en esta ciudad de dos emigrantes económicos, una toledana y un gaditano, quienes después de innumerables vicisitudes l egaron por diferentes caminos a la industriosa ciudad atlántica. No llegué a conocer en aquel momento mi lugar de nacimiento, pues a poco de nacer me llevaron mis padres a San Quintín y luego a Grenoble y París. En esta ciudad permanecimos hasta principios de 1931, en que regresamos a España. Mi padre era pintor industrial y nunca llegó a faltarle ocupación mientras estuvimos en Francia. Mi madre hacía las tareas de casa y aún le quedaba tiempo para ayudar a mi padre en trabajos fuera de la misma, de manera que nuestra existencia familiar discurría sin grandes problemas, a no

ser por la morriña materna que, al contagiarse a mi padre, motivó nuestro regreso a España poco antes de la proclamación de la Segunda República.

Constituían ambos una pareja bien avenida, bastante similar en su carácter, con cierta tendencia natural a prodigarse y, por consiguiente, a hacer amigos.

El a tenía una vena fantástica, no sabía escribir, pero sí leer y se hacía sus propias ideas personales sobre todas las cosas. Creo que jamás fue a una misa, pero creía en la trascendencia, de la que a su manera daba una explicación muy personal. Mi padre la oía entre indiferente y divertido y a veces, sin entrar en discusión, me guiñaba un ojo. El había tomado contacto en París con otros trabajadores emigrados, sobre todo italianos, a quienes oyó hablar de Malatesta y de diversos socialistas de su tiempo. Cuando, un tanto aficionado al vino, como buen obrero de la construcción, tomaba algunas copas, entonces entonaba el «Banniera Rossa el a triunfará». Persona extraordinariamente tolerante, le costaba decir no y el o solía crearle algunos problemas. Pero no había que confundirse con él. En ocasiones salía de su habitual bonhomía por algo que le ofendía, y entonces era de mucho dudado, hasta el punto de que quienes le conocían no daban crédito a sus ojos. Como digo, en el año 31, poco antes de la proclamación de la Segunda República vinimos a España y nos instalamos en Madrid. Pero habíamos llegado en un momento en que los coletazos de la crisis mundial alcanzaban al país, donde todo llega siempre con retraso. La proclamación en abril de la República, con el boicot que de inmediato le declararon las clases oligárquicas hizo que el paro se incrementara en la construcción. Por primera vez en muchos años mi padre conoció el desempleo, alternándose los períodos de trabajo con los de desocupación.

Entonces mi madre iba trabajar a casa de los ricos para asistir: por horas. Era lógico que mi padre se afiliara a la Confederación Nacional del Trabajo. Empezó a militar en la sección de pintores del sindicato de la Construcción de Madrid, entidad que por entonces era muy temida por la patronal del sector.

Hacia 1932, creo, me llevaron al colegio de los Salesianos, de la Ronda de Atocha, donde estuve dos años. La atmósfera del centro, la predisposición favorable de mi madre y la indiferencia de mi padre hicieron que me dispusiera a prepararme para la primera comunión. La confesión que me hicieron fue tan

escandalosa que se vino abajo mi leve e incipiente fe, alimentada por los mitos de la historia sagrada que aprendía en el colegio. Concluí que la gente que se portaba de aquel modo en los confesionarios no podía decir la verdad. Pedí a mi padre que me cambiaran de colegio. Después de algunas gestiones ingresé en el grupo escolar Concepción Arenal, sito en el Puente de Toledo. A la sazón vivíamos en la calle de Antonio López.

En el plano familiar la situación se complicaba. Mi padre seguía

alternando sus fases de desempleo con otras en que trabajaba, en ocasiones por el procedimiento de imposición que en aquel tiempo había puesto en práctica en Madrid y en otras partes la Confederación: se reunía un grupo de pintores, o de albañiles, acudían a las obras donde había trabajo y se ponían a trabajar sin más. En ocasiones los sindicatos conseguían imponerse y los patronos, aún de mal grado, aceptaban la imposición. Otras veces ésta fracasaba y los resultados eran siempre ominosos. Fue un tiempo malo. En los momentos de paro de mi padre en ocasiones obteníamos del ayuntamiento unas cartil as para ir a comer gratuitamente a unos comedores, o para recoger allí las raciones que luego tomábamos en casa. Era una especie de auxilio social como el creado con posterioridad por el franquismo.

La situación de la clase trabajadora en ese tiempo era increíble. Los obreros no tenían defensa alguna ante el paro. Durante ese tiempo los tenderos de barrio hacían una tremenda obra filantrópica, apuntando en sus cartillas lo que las familias en paro iban adeudándoles, hasta que llegaba de nuevo el trabajo.

En el segundo bienio republicano, llamado bienio negro, poco después de la revolución de Asturias, mi padre acudió a una imposición junto a cuarenta o cincuenta pintores de la CNT y la UGT a las obras de la Ciudad Universitaria. La imposición era contra un importante maestro pintor llamado Prados, extraordinariamente reaccionario. Llegaron allí los pintores, se pusieron los monos blancos y ante el pasmo del encargado de obra cogieron escaleras y herramienta, se distribuyeron por las naves y se pusieron a trabajar. La reacción por parte de Prados, a quien se le comunicó la noticia por teléfono fue inmediata. A la media hora llegaron dos autobuses con guardias de asalto, que se llevaron a los pintores a la Dirección General de Seguridad y de allí a la cárcel

modelo de Madrid. A mi padre y a cinco pintores más que iban como responsables de la imposición los tuvieron cinco meses como presos preventivos e intentaron aplicarles la ley de Vagos y Maleantes, creada a instancias de la conjunción republicano-socialista del primer bienio.

Mi madre y yo nos quedamos solos y la mujer tuvo que trabajar para los dos y ocuparse también de mi padre y de uno de los presos que estaba con él, que carecía de familia. Otro de los detenidos era Ángel Gómez Abril, hermano de Jerónimo, militante de la misma sección de pintores del sindicato de la Construcción de Madrid, quien en el curso de la guerra civil estaría al frente de la colectividad que se incautó de las propiedades del conde de Romanones en Miralcampo y Azuqueca. Para entonces yo había frecuentado el sindicato, sito en la calle de la

Luna y conocía a diversos compañeros, amigos de mi padre. Era un tiempo muy diferente a los posteriores, e incluso a los actuales. En el sindicato se respiraba una atmósfera que ya no he vuelto a encontrar en ningún momento con posterioridad. Era un clima tenso, pero entrañable y fraternal, hecho de la presunción ineluctable de días mejores en el porvenir. El caso es que cuando al final de cinco meses mi padre salió de la cárcel donde había estado por «querer trabajar», yo ya había llegado a mi manera a la conclusión de que el estado de cosas en que vivíamos era insostenible y que aquel mundo había que cambiarlo.

En junio de 1936 acudí con mi padre a la formidable concentración que en el solar de Maravillas llevaron a cabo los obreros de la construcción. Seguí casi en suspenso los discursos de Mera, de Mora y sobre todo el de Vergara, joven de veintitrés o veinticuatro años, gran valor en ciernes, que los fascistas asesinarían poco después en Palma de Mallorca, una vez iniciado el alzamiento.

En aquel acto de Cuatro Caminos el sindicato de la Construcción de CNT

desarboló al de la Edificación de Unión General, modifi-cando definitivamente en favor de la Confederación la correlación de fuerzas en la capital. El acto terminó en medio del mayor entusiasmo. Las fuerzas de asalto habían establecido ametralladoras en los altos que dominaban la explanada. En el curso de su inspirada intervención Vergara se volvió hacia las fuerzas de orden público y les agradeció la solicitud que el gobierno republicano ponía de

manifiesto en favor de los trabajadores, asegurándoles que al llegar la revolución, éstos sabrían agradecérselo. Frase que fue acogida con grandes risas y atronadores aplausos. En realidad, se estaba gestando la mística de la revolución española. Esta era palpable en los barrios obreros. Mi padre y yo acudíamos también en las reuniones que semanalmente se celebraban en el ateneo libertario del Puente de Toledo, a la sazón ubicado en el primer piso de una especie de parador situado enfrente del lugar que hoy ocupa una de las dos bocas del metro actuales de la plaza del Marqués de Vadillo. En el Ateneo se debatían todos los temas imaginables: el movimiento obrero, la revolución rusa, el Estado, el comunismo libertario, la ecología y el naturismo. Abajo, en la plaza, sobre todo en el período de la huelga de la construcción, tocando ya casi la guerra.civil, se reunían entonces en las tardes asambleas donde se comentaban las incidencias de la huelga. Los corros que se formaban estaban a veces constituidos por centenares de personas. Los militantes de la CNT llevaban la voz

cantante. En ocasiones tomaban la palabra comunistas, a quienes yo ya distinguía entonces de inmediato por sus expresiones. Los militantes estaban a la sazón muy sensibilizados ante la desviación de la revolución rusa y sus análisis solían ser tajantes.

Al sobrevenir el alzamiento militar en julio de 1936 se extendió incontenible el clima milenarista que yo había percibido en los ambientes confederales. Fue un tiempo de plenitud que no he vuelto a percibir en ningún otro momento de mi existencia. Creo que es algo que sólo se da espaciadamente, en el curso de acontecimientos políticos o sociales extraordinarios, en las grandes revoluciones que cambian el mundo, o al menos lo pretenden en los momentos iniciales. Esto lo conocen de un modo u otro cuantos vivieron los primeros meses de la guerra-revolución de 1936, lo mismo en Madrid que en Barcelona, Valencia y las demás localidades de la zona. La gente fraternizaba en la calle, se comunicaba sus impresiones, familias separadas por rencores tenaces se abrazaban y establecían una nueva convivencia. Había también los lados oscuros inevitables en toda lucha sin cuartel que se entabla. Para mí se abrió entonces, según lo veo ahora, cuarenta y cinco años después, un paréntesis un tanto mágico que sólo terminó con la propia finalización de la contienda. Llegó

la lucha y la tragedia, el peligro, los bombardeos, las terribles privaciones y el hambre, pero yo empecé a vivir como en el interior de un aura propia.

En noviembre de 1936 los franquistas llegaron a las cercanías de Madrid, las avanzadil as alcanzaron Usera y Carabanchel, hasta casi el campo de Comil as, donde Azaña había celebrado su famoso mitin de febrero de 1936. Tuvimos que evacuar la casa de la colonia de San Antonio y trasladarnos a la calle de Menorca junto al Retiro, donde vivía una hermana de mi madre. Nos habíamos quedado los dos solos, porque mi padre se había enrolado en un batallón de fortificaciones, donde estuvo toda la guerra. Un día mi madre y yo trasladamos los escasos bienes familiares en un carrito de mano: un colchón, un baúl, unas maletas, algunas mantas y ropa. Ya se oían los tiros en Carabanchel y Usera.

Empujamos el carrito a través del Puente de Toledo. Nos cruzamos entonces con los primeros carros de combate rusos que llegaron al frente de Madrid y que se dirigían al sector mencionado. Desde las torretas los jóvenes tripulantes saludaban con los puños en alto. Al llegar a la Glorieta de las Pirámides empezaron a pasar hacia arriba camiones llenos de milicianos Entonces, desde uno de ellos alguien

gritó: «!Andrea! !Hijo!». Miré. Era mi padre: Detuve el carro y levanté los brazos fervorosamente. Mi madre no se enteró. Tampoco se lo dije, para no preocuparla. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no abandonar allí el carrito y seguir a los combatientes. Pero no podía dejar a mi madre. Con lágrimas en los ojos y sintiéndome culpable, agaché la cabeza y empujé de las varas del carro con todas mis fuerzas: Tenía quince años y no estaba destinado a convertirme en un Gavroche, en un niño héroe de la revolución.

Nos instalamos en casa de mi tía, como he dicho, una anciana que vivía sola en la cal e de Menorca, cerca del lugar donde a la sazón tenía el famoso Niño de los Mil ones una hermosa finca que los ateneístas del barrio convirtieron en la mejor escuela racionalista Madrid. En el barrio vivía también un primo mío, Matías; que me presentó en el ateneo libertario, sito en la calle de Jorge Juan nº

68, esquina a Lope de Rueda, en un bel o hotelito de arquitectura mozárabe que había sido confiscado. Ingresé en el Ateneo y en las Juventudes Libertarias.

Allí conocí a amigos entrañables, muchos de los cuales viven todavía hoy: los

hermanos Val ejo, Sánchez; Angelines, Esperanza. Y otros que murieron en la guerra, fueron fusilados con posterioridad o siguieron diversos caminos: como Manuel Carabaño, los hermanos Pacheco, José Vil alba, militante de gran valor, Pepil o y, sobre todos Mariano García Cascales, joven extraordinario, quien con sus veintitrés o veinticuatro años formó parte de la Junta de Defensa de Madrid. También conocí al inefable Andrés Fernández; Andresín, a quien posteriormente reencontré en el sindicato de Artes Gráficas de la CNT de Madrid tras el relanzamiento de la CNT y donde ambos continuamos en la actualidad. Ingresé asimismo en el sindicato de Oficios Varios de la CNT, sección de Industrias Químicas, sito en la calle de Conde Aranda nº 5. Allí también me presentaría Matías, mi primo, quien posteriormente sería alférez en la columna confederal España Libre.

Empezó el discurrir un tanto premioso de los acontecimientos bélicos y revolucionarios, lentos, como digo, acompasados a mi propio tiempo interior.

Empecé a trabajar en la industria de guerra como recauchutador. Seguía las peripecias de la guerra y en el tiempo libre acudía al Ateneo, a las reuniones de las juventudes libertarias: Me

impresionaban los plenos locales de militantes.

Seguía con atención las intervenciones de compañeros que me parecían muy mayores, la mayoría de los cuales estaban en las milicias. Yo era de los más jóvenes. La federación local se hallaba en la calle de Lagasca nº 95. Yo consideraba con cierta admiración a otros compañeros, Gallego, Cabañas, Iñigo y otros. Al í conocí a Pedro Barrio, entrañable y fraternal amigo y compañero, quien más de cuarenta años después formaría parte, en 1976, conmigo y con otros compañeros jóvenes, del primer comité nacional de la CNT tras la etapa del relanzamiento organizativo. Pedro era entonces pelirrojo, lo que no podrían suponer los que le contemplan su cabel o blanco de hoy. Todos estos amigos me parecían gente mayor, casi viejos, pero posteriormente comprobé que en realidad sólo me l evaban unos años. Este es fenómeno que suele darse en los muy jóvenes. Por supuesto que yo no llegaba a intervenir en los importantes debates de la federación local.

Mi primera intervención en un debate se produjo en el sindicato. El interés que demostraba y el hecho de haber organizado al í las juventudes libertarias

hizo que los compañeros me consideraran militante, lo que me permitía asistir a las reuniones importantes de los sindicatos. Durante un año asistí a las reuniones como espectador mudo. Los compañeros allí reunidos, mayores que los habituales en las reuniones de juventudes me causaban un gran respeto, fenómeno éste que no he comprobado en estadios posteriores de la vida orgánica. Un día, insólitamente, pedí la palabra por primera vez. El hecho suscitó gran admiración entre los compañeros, que se miraron entre sí mientras intercambiaban signos de inteligencias. No recuerdo lo que dije ni sobre qué, pero nunca olvidaré que todos ellos se levantaron para felicitarme y darme palmadas. Se trata de un fenómeno normal en la formación del militante, que conoce todo aquel que ha pasado por la organización. Yo mismo he observado este proceso en los jóvenes que posteriormente irían llegando al sindicato. No he dejado de seguir con atención su conducta en las reuniones, hasta que un buen día han pedido la palabra para hablar por primera vez. Ya está, he dicho para mí con satisfacción. La primera intervención de un compañero quiere decir que se siente seguro y que va a participar en ese estatus igualitario por el que el militante se convierte en la base fundamental de un colectivo que funciona por la responsabilidad compartida de todos, porque en él no existen dirigentes.

Los compañeros me trataban con extraordinaria benevolencia. Para

ellos era Juanito, y también el Chaval. Yo en ocasiones me pasaba. Recuerdo la vez que se discutían exenciones en el servicio militar en favor de compañeros que por su valía profesional o militante eran considerados como insustituibles en algunas industrias que teníamos socializadas, o simplemente en el sindicato. En aquel a ocasión se trataba de Moisés de la Fuente, militante destacadísimo del sindicato por quien yo sentía genuino afecto por sus cualidades personales, y viceversa de él hacia mí. Me opuse rotundamente a que fuera excluido y opiné que debía incorporarse a la guerra como los demás. El compañero sonrió y no dijo nada, pero sé que mi tono arrogante le hirió. Al final mi punto de vista no prevaleció. Otra ocasión en que me manifesté contra el criterio general fue en ocasión en que, ya avanzada la guerra, me opuse abiertamente a la incorporación de la CNT al gobierno Negrín y ataqué por primera vez la intervención confederal en los gobiernos, lo que me parecía nefando. Los

compañeros tenían otra idea acerca de los condicionamientos que nosotros mismos habíamos creado y tampoco aceptaron mi punto de vista. Recuerdo a muchos de el os gratamente. El citado Moisés, quien vi al poco tiempo de terminada la guerra civil, pero luego desapareció y ya no volví a verle. Varela era el secretario de la sección de industrias químicas, un argentino pausado y con experiencia que había llegado a España huyendo de persecuciones en su país. Tengo que mencionar preferentemente a Cobas, de unos treinta y tantos años en 1937 ó 38. Llevaba la administración del sindicato. Hoy, después de más de cuarenta años sigue en la brecha, pertenece al sindicato de Jubilados y Pensionistas y ayuda con el interés de siempre a regentar el quiosco de libros y periódicos de Magdalena 6, sede de la federación local de Madrid en la actualidad. Muchas veces hablamos de la guerra, tiene una memoria privilegiada y es un punto infalible de referencia para quien necesita un dato o una información sobre aquel tiempo. Inefable Cobos.

Tampoco he olvidado a Salomón, de ascendencia campesina y aspecto algo tosco, pero de vivísima inteligencia. Era ya mayor, secretario de la sección de campesinos del sindicato de Oficios Varios. El y otros como él fueron los protagonistas de la Revolución Española en el Madrid asediado por el fascismo y fuera de él. Ayudó a colectivizar todas las huertas de la ribera del Manzanares, que se extendían por la China, en la zona de los desagües urbanos de Madrid.

Los compañeros colectivizaron también las huertas del Tejar de Sixto. Este era un importante propietario que no puso reparos cuando los compañeros del ramo fueron a su casa y le anunciaron la colectivización de sus tierras. Esto en cierto modo no era sorprendente

si se tiene en cuenta el factor sicológico del temor. Lo sorprendente fue que tanto él como sus hijos prestaron el apoyo más efectivo a la colectivización. Tuve ocasión de hacer varias visitas a las huertas colectivizadas y de contemplar al í los enormes montones de tomates y lechugas recién recolectados que iban a parar a las cooperativas de la organización, también colectivizadas, o al comercio libre de la ciudad. Pero mucho más importantes e instructivas resultaron para mí las asambleas de los campesinos colectivistas, llevadas a cabo en la cal e del Conde de Aranda, junto a Serrano, sector aristocrático donde desde discretas persianas entreabiertas

algunas figuras no menos discretas atisbaban la salida y entrada del enjambre campesino a las reuniones generales. Asistí a varias de aquel as asambleas porque me fascinaban. En el as confirmé lo fundamental de mis convicciones primigenias sobre la responsabilidad personal e intransferible y sobre la democracia directa. Al í comprendí también que la democracia es directa o no lo es en modo alguno. También confirmé lo que ya entreveía por toda mi corta experiencia de aquel tiempo: la presunción proudhoniana de que el todo es superior a las partes. En aquellas asambleas había técnicos, la inteligencia vivísima de Salomón, el conocimiento y la experiencia de viejos militantes, pero en el curso de los debates siempre había alguien con el que casi no se contaba que se levantaba para exponer una idea importante al nivel más humilde, el del sentido común. Eso también ha confirmado que toda filosofía puede exponerse a los niveles más diferentes, desde el de las cátedras hasta el de los peones no especializados. Aquel o potenciaba a Proudhon, digo; porque haber separado a Salomón, a los técnicos y al propio Sixto y encargarles que desde fuera tomaran decisiones por los demás era disminuir de antemano la importancia de las decisiones obtenibles. Con el concurso de todos, aquel os mismos hombres de valor se potenciaban aún más en el seno de las asambleas, porque en ellas se espoleaban sus iniciativas.

Otro hecho importante en este orden de cosas fue la visita que hicimos mi padre y yo en este tiempo a las propiedades colectivizadas del conde de Romanones, hecho ya aludido en páginas anteriores. Fue en ocasión de un permiso que concedieron a mi padre. Al llegar éste a Madrid para disfrutarlo supo que Jerónimo Gómez Abril, militante del sindicato de la Construcción, sección pintores, había sido designado por la Confederación regional del Centro para ponerse al frente de las propiedades colectivizadas de Romanones en las localidades de Miralcampo y Azuqueca, en Guadalajara. Me propuso entonces que fuéramos a visitarle y acepté gustoso. Fuimos y regresamos en el mismo día. Jerónimo nos recibió fraternalmente, nos enseñó lo que entre todos habían hecho: sencil amente habían transformado la

heredad del conde y llevado a cabo una obra admirable: casas nuevas para los campesinos, escuela para los niños, un molino para el trigo y los cereales, obras de irrigación que había

supuesto la desviación de un río y por ende, la ampliación de las tierras de cultivo; la construcción de un almacén y de un economato, la creación de un comedor colectivo donde los trabajadores comían a mediodía. Nuestra admiración fue grande al observar la obra en que había intervenido nuestro amigo, pero el pasmo del propio conde de Romanones fue aún mucho mayor cuando, al finalizar la guerra civil se presentó en ese mismo teatro revolucionario seguido por sus antiguos mayorales y hombres de confianza en plan vindicativo. A medida que recorría sus posesiones el conde iba amainando en su agresividad. Preguntó quién había hecho aquel o, le dijeron que los campesinos pero él exigió un nombre: le dieron el de Jerónimo Gómez que en aquellos momentos se hallaba preso en Guadalajara y a punto de ser fusilado.

Romanones se trasladó allí, consiguió que libertaran a Jerónimo y, asombrosamente. . le propuso trabajar para él. Gómez Abril dijo no, había ido allí por circunstancias históricas muy especiales definitivamente canceladas. Al enterarse de que era pintor, el conde le propuso que pintara y reformara sus fincas de Madrid, maltrechas por los tres años de la guerra y el aluvión de los refugiados. Jerónimo Gómez aceptó la proposición, puso en marcha un grupo de pintores e iniciaron entre todos una etapa nueva de su vida. Al año o a los dos años de terminada la guerra mi padre y yo, que me había iniciado en el oficio de pintor, llegamos también a trabajar con Jerónimo durante un largo espacio de tiempo.

HACIA EL FINAL:

DECLIVE DE LA ESPAÑA REPUBLICANA

Mientras, el curso de la guerra se deterioraba para la zona republicana. Las democracias occidentales nos obstaculizaban y finalmente, en Munich, se ponían de rodillas ante las potencias fascistas en su hora ascendente. Mas a pesar de que aumentaban las vicisitudes de la población civil y pasábamos hambre sin paliativos, yo seguía viviendo en una especie de incandescencia interior, Mi atención vivía alertada por todos los problemas de la hora y el eje de mi activismo pasaba por la línea que unía al sindicato con el ateneo, es decir, la que iba desde Conde de Aranda a Jorge Juan. A principios de 1938 me nombraron secretario de las juventudes libertarias de la barriada del Retiro. No tenía aún diecisiete años. Empezamos a editar un boletín interno, llamado *Ideas Libres*, donde publiqué mis primeros trabajos: Por aquel tiempo escribí asimismo varios artículos en *Castilla Libre*, órgano de la Confederación Regional del Centro de la CNT, sobre las colectividades de Madrid. Más de treinta años, después, repasando en la Hemeroteca de Madrid colecciones de ese periódico para unos trabajos di con los citados artículos, que casi había olvidado. De estilo algo ampuloso, los artículos conservaban no obstante una gran frescura.

A esta altura del tiempo debo hablar ya de Manuel Carabaño. Si por diversas razones, entre las que acaso habría, que contar las familiares no fui el Gavroche de la revolución que en algunos momentos hubiera deseado ser, poco después de mi llegada al ateneo del Retiro hallé en esta entidad a un personaje de mi edad que en realidad sí lo era. Se trataba de Carabaño. Vivía en la calle de Narváez y era el mayor de cuatro hermanos, todos los cuales militaron de una forma u otra en el movimiento libertario. Carabaño era dos meses más joven que yo pero parecía de mayor edad, por su apariencia física y sus dotes intelectuales. Al principio, es decir, a mi llegada al ateneo, me recibió con ciertas reticencias. Imagino que cuando me vio aparecer en el local de Jorge

Juan debió considerarme algo así como un advenedizo, puesto que hasta entonces «no me había visto por ningún lado». Pero enseguida nos hicimos amigos inseparables hasta el final de la guerra.

Carabaño había intervenido directamente en los acontecimientos revolucionarios del 18 de julio, había intervenido en el asalto al Cuartel de la Montaña y había luchado en la Sierra de Madrid con las columnas confederales.

Cuando estalló el alzamiento estudiaba bachil erato, pero era esencialmente un hombre de acción; cuando yo le conocí era ya una especie de pequeño Ascaso.

Además de las mencionadas acciones, para entonces había intervenido en otras muchas de las que yo no tenía la menor idea, aunque las barruntaba. Era alto y delgado, tenía sentido del humor, seguridad en sí mismo y una formidable facundia al hablar. Vivió todo un romance amoroso con una joven, Victoria, que posteriormente se dedicaría al teatro en Barcelona. El desgraciado desenlace de este episodio al término de la guerra le creó graves complicaciones. Los mayores le respetaban. Según le veo ahora, llevaba siempre una cazadora de cuero negra y en un bolsillo interior de la misma, una pistola Astra. Formaba parte de los grupos de defensa confederales de la CNT y se podía disponer de él para cualquier cosa. En los momentos decisivos estaba siempre en primera línea. Lo que sigue documenta cual era su forma de actuar: Siendo hacia principios de 1938 secretario de las juventudes del Retiro, como he dicho, me hallaba una tarde sentado tras la mesa de la secretaría, cuando se abrió la puerta y entró un desconocido. Era un francés de las brigadas internacionales que hablaba un español chapurreado y estaba bebido. De inmediato constaté su talante agresivo, pues se acercó a mí con las manos en las caderas para preguntarme qué hacía al í. Le expliqué lo que hacía y creo que me l amó emboscado y añadió que debía estar en el frente. Le dije que trabajaba cerca de diez horas en las industrias de guerra, pero eso no le satisfizo. Constaté que llevaba una pistola en la cintura y pensé que iba a tener problemas. En ese momento se abrió la puerta y entró Carabaño. Se hizo cargo de la situación en unos segundos tomó al francés por un brazo y, adoptando una actitud muy persuasiva le dijo que iba a enseñarle algo que le agradaría de verdad, dicho lo cual se lo llevó fuera. Los seguí, vi que remontaban Lope de

Rueda y se dirigían a la cal e de doctor Castelo, donde el ateneo tenía un teatro en el que celebrábamos funciones artísticas. Ya era de noche y me llevaban una cierta delantera. Cuando traspasé la puerta del teatril o, que tenía las luces encendidas, el internacional estaba al fondo del salón, donde Carabaño le había llevado y este al lado contrario, separados ambos por una distancia de unos veinte metros. Carabaño tenía la pistola en la cintura, y miraba fijamente a su oponente, al que decía con voz medida y controlada: «Vamos, tira valiente. Te doy ventaja, tira”. Sencil amente era un duelo. Pero el francés no lo aceptó.

Debió pensar que no había venido a España para aquel o. De modo que abandonó su sitio y ganó la puerta una tanto precipitadamente.

Cuando cerrarnos el local del teatro se alejaba rápido, con pasos no muy coordinados Carabaño se subió tranquilo la cremal era de la cazadora y me dijo fríamente:

«No volverá más».

Llegaba a su fin enero de 1938. Transcurrido año y medio de guerra los acontecimientos militares no eran favorables para la República. Tampoco el proceso revolucionario se presentaba muy boyante. Después de los hechos de mayo de 1937, el advenimiento del gobierno Negrín, la disolución de las colectividades de Aragón y la represión posterior en Cataluña, la revolución se batía en retirada mientras el partido ascendente, el comunista, escalaba las cotas máximas del poder y contribuía a cuartear la unidad de acción indispensable para aspirar a la victoria. Esta situación contribuía a fortalecer mis convicciones anticolaboracionistas. En enero se celebró el famoso pleno económico ampliado de Valencia, que aportó un valiosísimo material aplicable a un tipo de economía socializada, pero que quedaría sin aplicación. Para mí, el Pleno, con la restructuración de las federaciones de industria que originó, tuvo consecuencias sentimentales. Se constituyó el sindicato de industrias químicas de Madrid, con lo que nos separamos del entrañable sindicato de Oficios Varios.

El nuevo sindicato se ubicó en un amplio y moderno local de la cal e de Fuencarral, cercano a la Glorieta de Bilbao y así se alejaron de mi horizonte la sección de campesinos y las colectividades del manzanares. Tuve ya pocas oportunidades de contemplar la socrática y sabia figura de Salomón, el secretario. En el nuevo sindicato conocí a otros compañeros, entre el os a

Florentino Rodríguez, con el que volvería a encontrarme muchos años después, en un período determinado de la clandestinidad.

Pero aquí se presentó otra vicisitud. Empezaron a movilizar los reemplazos de 1941. Carabaño y yo, pertenecientes al de 1942, estábamos aún lejos. De hecho nunca nos movilizaron, pero Carabaño sugirió que debíamos incorporarnos a una unidad de compañeros y me indicó la 39 Brigada, que se hal aba en Teruel.

Los compañeros mayores dijeron que no nos precipitáramos, porque entre otras cosas, debido a la escasez de compañeros en aquel momento éramos necesarios allí. Por otra parte, yo trabajaba en la industria de guerra, como he dicho y la movilización, si venía, no me afectaría. Pero creo que prevaleció el espíritu de aventura y

emprendimos viaje a Teruel después de que los compañeros veteranos, renuentes, nos dieran una credencial del comité local de defensa para el estado mayor de la Brigada.

De manera que una mañana del mes de abril de 1938 emprendimos viaje en el coche del compañero Gabaldón, del Transporte, que precisamente era enlace de la 39 Brigada. El viaje fue un desastre. Nos dirigíamos a Minas de Libros, pueblo minero de la provincia de Teruel, cercano al frente de batalla. Poco antes de llegar al cuartel general de todo el sector, instalado en Torrebaja, y al pasar inadvertidamente junto a un control militar ante el que no paramos, nos hicieron por detrás una descarga a unos diez metros. El coche paró de inmediato. Saltamos a la carretera. Carabaño tenía un tiro en un hombro. A mí una bala me había agujereado la camisa. Gabaldón estaba pálido y balbuciente.

¿Cómo no nos mataron? Eso nos hemos preguntado luego muchas veces con posterioridad, a años vistos del acontecimiento. Carabaño fue internado en el hospital militar de Minas de Libros y yo seguí en compañía de Gabaldón hasta el estado mayor de la 39, situado en Libros. Cuando l egué ante el capitán del puesto, éste me miró de arriba abajo y sonrió. En realidad yo era un simple mozalbete. Me destinó al departamento de censura y correo de la brigada.

Estuve al í unos tres meses. El frente estaba a unos diez kilómetros. Había un val e con higueras ubérrimas y un río con aguas cristalinas y frescas. Un día me l amó el capitán del estado mayor y me enseñó una carta del ateneo que le

l egaba por intermedio de Defensa. Mi madre estaba enferma y completamente sola en Madrid. Además, los compañeros del ateneo me necesitaban. Me dieron un salvoconducto, me despidieron cordialmente, me animaron y me marché de nuevo con Gabaldón. En Minas de Libros éste me confió a otros enlaces que iban a Madrid. Al llegar a casa encontré a mi padre, que se hal aba con permiso. Mi madre había mejorado. Mi padre no me dijo nada, pero advertí en él una desaprobación implícita. Carabaño ya estaba en Madrid, donde había regresado igualmente una vez le dieron el alta en el hospital.

Los presagios eran cada vez más ominosos respecto al destino de la zona republicana. En marzo de 1938 se había producido el desastre de Aragón. Los fascistas habían l egado a los límites de Cataluña y esta región quedaba separada del resto de la zona por la llegada de aquellos al mar por Vinaroz.

Luego, en diciembre, la nueva ofensiva en Cataluña originaba la conquista de Barcelona el 26 de enero de 1939 y la llegada de los franquistas a la frontera francesa el 10 de febrero. Pasaban así a la historia las realizaciones de la revolución española de Aragón y Cataluña, ensalzadas posteriormente por innumerables historiadores en todas las lenguas. La zona Centro-Sur quedaba sola, aislada por tierra y bloqueada por mar. La situación de la población civil era desastrosa. El hambre ahora no tenía paliativos y se hacía cada vez más decisiva ante el curso de los acontecimientos. En este tiempo las colas para el abastecimiento de Madrid no terminaban nunca. Yo había vuelto al tal er de recauchutado, pero mi madre se veía obligada a permanecer muchas horas en las colas para recoger el aceite, las lentejas y otros elementos primarios de alimentación. Además, la artil ería enemiga hostigaba sin cesar zonas céntricas de Madrid. Escapé por poco de un ataque sobre la Gran Vía. Desde el suelo vi caer cerca de mí varios cuerpos de hombres y mujeres destrozados.

La resistencia republicana se desmoronaba. La situación de la población civil, hambrienta y desmoralizada era insostenible. En particular gravitaba sobre mi madre y yo la preocupación por mi padre, que estaba en los frentes de Levante, pero de quien no teníamos noticias. En mí la lucecil a interior no se había extinguido. Conocí a Lola, hermana de un compañero y salíamos juntos. Nos paseábamos por las calles heladas cogidos de la mano. A veces, al salir del

ateneo, pasábamos enfrente de un antiguo convento convertido en cárcel y atisbábamos los rostros que se asomaban fugazmente por las ventanas. Por aquellos días asistí en el local del sindicato de Espectáculos Públicos a una importante reunión del Movimiento Libertario, entidad constituida a tenor de los graves acontecimientos que nos cercaban. Yo era el más joven de todos los reunidos. No podía evitar una sensación de incredulidad ante el panorama sombrío que los compañeros describían en aquellas reuniones. Por su parte, Carabaño andaba implicado en misteriosas actividades y en los altibajos normales de sus relaciones con Vitoria.

Mientras seguía discurriendo 1939 los elementos libertarios aglutinados en el comité de enlace de las tres organizaciones, CNT, FAI y FIJL (Juventudes Libertarias), desarrol aban una actividad desesperada. Las reuniones se sucedían. El movimiento libertario, libre de las trabas del gobierno negrinista, constituía la espina dorsal de la zona Centro-Sur y pedía que regresaran a ésta las masas de militantes que se hallaban en Francia desde la pérdida de Cataluña. El regreso de Negrín a la zona Centro-Sur, junto con los jefes militares comunistas Líster, Modesto, Galán y el Campesino, embrol ó de nuevo el

panorama más de lo que ya estaba. Casado, jefe del Ejército del Centro informó a Negrín de que la situación era desesperada. La población estaba hambrienta.

No había materias primas ni medios de transporte, las industrias de guerra carecían de fuerza motriz, Los combatientes carecían de ropa y equipos y la moral se hal aba por los suelos. Luego, en febrero, nos enteramos de que franceses e ingleses reconocían al general Franco. Como se sabe, todo terminó en la zona Centro-Sur con la creación de un Consejo de Defensa que depuso a Negrín, considerando que éste carecía de base representativa, por depender sólo del apoyo comunista. En el Consejo de Defensa estaba todo el espectro de la izquierda, a excepción de los comunistas. Este resultado era el resumen final de un proceso en el que un partido había luchado con todos los medios a su alcance por el poder. . para quedarse finalmente solo. Cuando Negrín comprendió su situación se marchó en avión y su ejemplo fue seguido por los jefes militares comunistas que vinieron con él. Sin embargo, los hombres que siguen las consignas se quedan para intentar recoger ante la historia los frutos

propagandísticos derivados de la postura de una resistencia heroica. Aunque el pacto germano-soviético, objetivo primordial de Stalin en aquel tiempo se firmó en octubre de 1939, después de que la propia República fuera abandonada por él desde mucho antes.

El último mes de la guerra civil fue de pesadilla. El día 5 se dieron las primeras reacciones de los militares comunistas del II Cuerpo de Ejército al mando de Barceló. Una división con artil ería y tanques penetró hasta el centro mismo de la ciudad. Durante la semana que duraron aquel os hechos permanecí sin salir del ateneo, sito a cien metros de la cal e de Alcalá. Esperábamos un asalto en cualquier momento. Recuerdo aún el paso de las fuerzas de carabineros por la gran arteria madrileña, en dirección a la Cibeles. Desde la terraza del local, adornada con almenas, por su propio estilo arquitectónico, asistí al desfile incesante y oí los gritos de: «Negrín, Negrín». La noche era oscura y de vez en cuando bril aba en cualquier sitio un resplandor y el estampido de un disparo: los «pacos» de los fascistas emboscados. Algo surrealista. Habíamos recibido la sugerencia, de hecho y dadas las circunstancias una orden de defender el ateneo. El comité local de Defensa coordinaba los movimientos. En el ateneo había compañeros de otros ateneos periféricos gente muy mayor, o muy joven, casi todos fuera de la edad militar. Las luces del ateneo estaban apagadas y la sólida puerta de hierro de la entrada se hal aba cerrada. En la puerta del hal que daba a estancias interiores los compañeros habían amontonado sacos terreros, dejando una abertura para una

ametralladora traída horas antes. Al mando de la posición se hallaba José Vil alba, hermano mayor de Dolores, militante de la construcción, hombre joven pero afectado de tuberculosis, que moriría hacia 1945, poco después de salir de la cárcel. Nunca vi mejor orador que él en el movimiento libertario. Afable en su trato y muy solicitado por las mujeres, era absolutamente intratable en las situaciones límites. Nos reunió a todos abajo, en el hal y dijo: «Me han comunicado que aquí no entre nadie. Ya sabéis lo que quiero decir. Ahora, cada uno a su sitio». Volví a mi puesto de vigía, en la terraza, pero no tuve ocasión de intervenir, porque la columna comunista desfilaba hacia la Cibeles. En los días que siguieron Andresín y yo hicimos veloces incursiones en moto en las zonas ocupadas por el os sobre la

poderosa Norton de Andresín, con la que hacía su trabajo como motorista del ministerio de Aviación. Los del II Cuerpo de carabineros asistían asombrados a las rápidas penetraciones y en alguna ocasión sonaron disparos. Hacia el 12 de marzo la 14 División de Cipriano Mera, requerida por Casado, neutralizó la presencia de los partidarios de Negrín, que al fin se rindieron.

De hecho, todo aquello puso fin a la supervivencia de la República. Son sobradamente conocidos los detalles de la finalización de la guerra como para insistir ahora en ellos. El ejército prácticamente se disolvió y millares de hombres quedaron enfrentados a problemáticos destinos. El mismo día 31 de marzo, por la tarde, Mariano Cascales, delegado de la CNT en la Junta de Defensa nos informó de la situación real. Los elementos del Consejo nacional de Defensa habían salido para Cartagena con ánimo de embarcar. Había que procurar salvar el máximo de compañeros. Informó de que en Valencia o Alicante llegarían barcos extranjeros para hacerse cargo de quienes desearan abandonar el país. A mí me llevó aparte, me dijo que yo no estaba responsabilizado y debía quedarme. No lo pensé: dije que me iba también.

Sonrió y me dio una palmada: «como quieras», dijo.

Sobre las ocho de la noche abandonamos Madrid en un coche Studebaker, donde íbamos seis. Antes llamé a mi madre y le dije que no me esperara, pues iba a cenar en casa de Carabaño. No tuve valor para decirle la verdad. Por la noche, la propia madre de Carabaño le informaría de lo ocurrido. Partimos cuando ya los elementos de la quinta columna merodeaban alrededor del ateneo. El coche lo llevaba Andresín e íbamos además de él y yo, Carabaño, Ortiz, Sánchez y García Cascales. La huída hacia Levante fue fantasmal. En Aranjuez

nos detuvo un grupo de italianos. Nos contemplaron un instante, sonrientes y nos dejaron seguir. Pensaban que no iríamos lejos. En Valencia nos indicaron que debíamos dirigirnos a Alicante. Al llegar al puerto, casi al amanecer, no había nadie, pero al finalizar la jornada del 1 de abril, todas las dependencias se hal aban abarrotadas por una multitud de más de treinta mil personas, soldados, trabajadores, militantes de todos los partidos y sindicatos.

Al í, en medio de un ambiente de histeria, oscilando entre la esperanza de embarcar y el más negro desaliento, pasamos tres días increíbles. El cuatro de

abril, creo, tras 72 horas en que no probamos bocado, fuimos desalojados por el Regimiento de San Quintín y los italianos de la Littorio que nos llevaron al famoso campo de los Almendros, los cuales, como si hubiera caído sobre ellos una plaga de langostas, quedaron limpios del incipiente y verde fruto, tanta era el hambre que teníamos. Desde al í nos llevaron a Albatera, donde estuve ocho días en un campo de concentración, sin apenas comer. Me liberaron por tener menos de dieciocho años. Los compañeros tuvieron que llevarme por la fuerza hasta la entrada del campamento porque yo me resistía a abandonarlos. Ortiz, al que ya no volví a ver porque le fusilaron, me dijo: «Es mejor que te vayas, chaval. Fuera podrás hacer algo». Sólo la peripecia que me aguardaba en el tren abarrotado de refugiados que regresaban a Madrid desde Valencia, merecería un relato. Llegué hasta la estación del Mediodía casi dormido entre los topes de dos vagones. Cuando por fin llegué de nuevo al piso de la calle de Menorca n°

22, que va a ser un poco como el eje de esta historia y se abrió la puerta a mi l amada, mi anciana tía Gregoria no me reconoció. Llevaba yo una cazadora de cuero de un comisario de aviación que había encontrado en el puerto de Alicante y la prenda me llegaba por las rodil as. El estado de demacración y suciedad en que me hal aba me hacían irreconocible. Al fin, abriendo aún más los ojos asombrados, la anciana dijo quedamente: «hijo», y se echó a llorar. Mi madre lo había oído todo y se lanzó de la cama, enloquecida. Permanecí silencioso mientras me tenían entre sus brazos, en medio de lágrimas y de reproches. Al día siguiente, casi a la misma hora llegó mi padre, aún vestido de soldado. Se reprodujo la escena. Mi padre nos miraba en silencio, tranquilo y sereno.

POSTGUERRA Y CLANDESTINIDAD

Tras algunas semanas empecé a trabajar con mi padre de pintor. Le había dado trabajo un maestro que había sufrido en 1936 una imposición por parte de un grupo de pintores de la CNT, entre los que figuraban mi padre y los hermanos Abril, pero que luego pasó la guerra en una colectividad donde se le trató bien. Tuve que empezar de aprendiz a mis casi dieciocho años. El encargado me hacía encender fuego y calentar las tarteras de los oficiales. El primer día me negué y el encargado se lo dijo a mi padre: «tu chico se cree que es el príncipe de Gales. Dile que no haga el tonto». Mi padre se echó a reír y me explicó las reglas del juego.

Los días transcurrían rápidos. El famoso tempo interior se había acelerado, acaso porque se hal aba más falto de contenido. En ese período, acaso unos dos o tres años, vi a algunos amigos, también a Carabaño, a quien ya imaginé metido en líos graves. Efectivamente cayó preso al poco tiempo.

Temporalmente jugué al fútbol e incluso sufrí la fractura de una pierna. Conocí a dos chicas, que aportaron mucho a mi experiencia de la vida.

Se vivía mal, las tribulaciones de la guerra no habían terminado: se comía pan de maíz y racionado, lentejas y puré de San Antonio, pero íbamos adelante. La guerra civil me seguía llegando aún esporádicamente en rachas. Un día vinieron dos compañeros a buscarme a casa: José Díaz y Daniel Gómez, ambos del ateneo del Retiro y ex capitanes del ejército republicano. Salimos a dar una vuelta y tomamos unas cañas. Me hicieron reproches velados. Les habían dicho que me dedicaba a jugar al fútbol y a divertirme. Me dijeron que había cosas importantes que hacer: la guerra no había terminado, en realidad proseguía en distinta forma. Los compañeros se estaban organizando. No hice ninguna objeción. Al í empezó mi trabajo clandestino y terminaba el breve tiempo muerto. Me organicé a dos niveles: en el sindicato de la Construcción de Madrid y con elementos de las juventudes libertarias. En este tiempo efectué muchas

visitas a las cárceles para ver a antiguos compañeros. Como dije, Carabaño había caído y pronto cayó también José Díaz,

«Pepeíllo», así como Andrés Fernández y otro muchacho. Hacia finales de 1943 o comienzos de 1944 me pasaron de la cárcel de Yeserías un

plano de unas cajas con metralletas y munición enterradas por compañeros del ateneo de la Ciudad Lineal alrededor del antiguo emplazamiento de esta entidad.

Hicimos el trabajo de localización del armamento entre tres. Otro compañero y yo, cuyo nombre no recuerdo, desenterramos el alijo con ayuda del plano y nos lo llevamos en un tranvía hasta Tetuán. Al subir en la Ciudad Lineal nos metimos en la plataforma posterior y dejamos los dos sacos que llevábamos junto a unos guardias civiles que iban al í. En Tetuán, un amigo llamado Pedro y otro desconocido se hicieron cargo de los sacos, cuyo contenido pasaría posteriormente a poder de compañeros de Barrios Bajos a quienes la policía se lo ocuparía al poco tiempo. Estos compañeros fueron condenados a muerte y luego indultados. Mi nombre llegó a conocimiento de la policía pero entonces no supieron localizarme. Esta vez tuve suerte.

Estaba a punto de finalizar la Segunda Guerra Mundial y se dibujaba la derrota de las potencias del Eje. En los ambientes conspirativos y clandestinos había gran efervescencia. La CNT se había reconstruido en todo el país y en Cataluña había más de cuarenta mil compañeros organizados. La organización se adhirió a la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, que comprendía desde los cenetistas hasta los monárquicos, pasando por socialistas y republicanos. Posteriormente se adherirían también los comunistas. La Adhesión de Juan de Borbón a este pacto antifranquista le costaría la corona al Pretendiente. Los compañeros mayores sostenían la idea de que el período de la guerra continuaba. Enviaron ministros a los gobiernos del exilio. Los jóvenes veíamos la cuestión de otro modo. Para algunos de nosotros la guerra había terminado, así como los supuestos de la misma. Se iniciaba un período de lucha clandestina en el que debíamos recobrar la verdadera identidad de la organización. El final de la Guerra Mundial confirmó nuestras previsiones. Nos situamos frente al colaboracionismo político, máxime si éste era gubernamental. Yo era a la sazón secretario del comité regional de juventudes

libertarias del Centro y miembro del comité regional de la CNT. Se produjo un choque entre las dos actitudes señaladas y abandoné los cargos para constituir con un grupo de jóvenes y otro grupo de elementos específicos el Movimiento Libertario FAI-FIJL, cuya orientación era similar a la que venían manteniendo los compañeros del exilio, con los que tomamos contacto al poco tiempo. El colaboracionismo político fue bastante pertinaz y se extendió hasta casi los años sesenta para esfumarse del todo finalmente.

Mientras tanto habían ocurrido algunas cosas importantes en mi vida

personal. Mientras trabajada de pintor en una obra de la cal e Alcalde Sainz de Baranda conocí a una Chica, Belisa y al poco me uní con ella. Se vino a vivir con nosotros a la cal e de Menorca. Otro hecho decisivo es que deserté del ejército.

No me presenté después de una revisión médica en la que me daban útil total tras la baja temporal sufrida por el percance de la fractura de la pierna, y a poco fueron a buscarme a casa. Pero Belisa y yo nos habíamos trasladado al número 72 de la calle de Narváez, curiosamente llamada Casa Cuartel por sus dimensiones. Empezaba un peregrinaje en lo que sería una etapa decisiva en la vida de ambos.

Por otra parte, el movimiento libertario como nosotros lo veíamos, una reacción necesaria contra el colaboracionismo político en todos sus aspectos, inició un crecimiento vigoroso. Montamos una imprenta entre Carabanchel y el Camino Viejo de Leganés, en un paisaje urbano pueblerino a la sazón. Me habían nombrado secretario del comité Peninsular de Juventudes Libertarias y me encargué de lanzar, en la casita de una planta que alquilamos en el barrio, los órganos nacionales del M.L-FAI-FIJL, es decir, *Tierra y Libertad* y *Juventud Libre*. El montaje de la imprenta fue toda una historia, pero la que siguió al período de utilización de la misma fue todavía más singular. Apenas habíamos empezado cuando nos llegó como vecino, en la casa contigua, un sargento de la policía armada, llamado Julián, a quien acababan de trasladar desde Salamanca.

Me ayudaba un compañero del Retiro, Rafael Cayuela, quien venía a casa al término de su trabajo. Conseguimos hacer amistad con el sargento y durante un año, después de acondicionar la estancia donde teníamos la Minerva, pared por medio del dormitorio del guardia y su mujer, conseguimos tirar semanalmente

las ediciones de los dos periódicos, empaquetarlos y sacarlos a la calle para su distribución. En el interregno pasé dos veces a Francia clandestinamente por el Bidasoa para asistir a congresos de la emigración.

Me detuvieron a poco de regresar del congreso celebrado por el ML-CNT del exilio en 1947 en Toulouse. Fue consecuencia de la caída de un miembro de la organización, conectado con la guerrilla y a quien detuvo la guardia civil. Belisa y yo nos fuimos un mes a casa de sus familiares, en Madrigal de las Altas Torres, pero al regreso ya nos esperaban. Un grupo antiguerril a de la guardia civil había instruido previamente a Julián sobre quién era su vecino de la izquierda, pero él apenas podía creerlo. Creo que ocurrió el 6 de enero de 1948. Vi pasar

la gorra galoneada de Julián junto a la ventana de la cocina. Al ir a abrir para ver qué quería, un grupo de cuatro o cinco se me echó encima y me dejaron clavado en una pared del pasillo. Pardo, un comandante del ejército que mandaba el grupo, de unas ocho personas, me dijo mientras me apuntaba en el pecho con una pistola: «Un movimiento y te mato delante de tu mujer y de tu hijo». Porque en efecto, por aquel tiempo ya tenía un hijo. El niño había nacido hacía un mes y se hal aba en su cuna en la cocina. Abrieron la puerta del chiscón donde hacíamos los periódicos y allí apareció la Minerva y los paquetes recién hechos del último número de *Tierra y Libertad*. Los ojos incrédulos de Julián iban sucesivamente del chiscón a mí y viceversa y ello suscitó la risa del comandante Pardo. Posteriormente, en la comandancia de la calle de Almagro me preguntaron si Julián pertenecía al movimiento libertario. Lo decían como cha-cota, pero en realidad admirados de que hubiéramos hecho el trabajo de edición de la prensa por espacio de un año delante de sus narices sin que llegara a enterarse. Claro está, se hicieron con la imprenta y con los archivos de la organización, que también estaban allí. Me llevaron con el os y tres horas después detuvieron allí mismo a Cayuela, ocupándole una pistola Colt del 44.

Enfurecidos, los de la brigadil a le sacaron a la calle para aplicarle la ley de fugas, ante las miradas empavorecidas de las vecinas que fisgaban detrás de los visillos. Le invitaron a marcharse, pero Cayuela no se movió. Les dijo: “Si queréis matarme hacerlo aquí mismo, pero yo no corro». Cuando ya en Vallehermoso le

vi pasar delante de mi celda unas horas después, estaba tan desfigurado que casi no le conocí.

Estuvimos más de un año en Ocaña, hasta que nos juzgaron. En el expediente éramos cinco, incluidas dos mujeres relacionadas con el paso de fronteras, en San Sebastián. Un tribunal militar me condenó a treinta años de prisión por auxilio a la rebelión. El Tribunal juzgaba los delitos de Masonería y Comunismo.

A Rafael Cayuela le condenaron a doce años y un día, de los que extinguió casi cinco. Los demás obtuvieron penas menores (1). Las cosas no me fueron bien en el penal. La censura interceptó una carta que desde la cal e me enviaba un compañero de los que nos habían sustituido. La carta estaba escrita en tinta simpática. La revelaron delante de mí. Me dieron una paliza y me recluyeron seis meses en celdas de castigo. Sin verlo ni olerlo me gané la primera nota de peligrosidad del expediente, que ya me acompañaría hasta el final del encierro.

A poco más del año fui trasladado al penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia, adonde me siguió Belisa con el niño. Hallaron allí el calor y la ayuda de la familia de Progreso Fernández, veterano anarquista de la región que aún hoy, a sus ochenta y cuatro años, sigue militando en la CNT. Belisa se iba a trabajar y dejaba con ellos al niño, a quien pusieron de nombre Juan. No me extenderé demasiado en este período de casi quince años extinguidos entre muros. He escrito un libro de cuentos y una narración sobre el mismo, pero no he terminado aún con el tema del universo concentracionario, suficientemente complejo y sórdido como para merecer un libro, que me he prometido a mí mismo.

De manera paulatina, con el mundo exterior me fue ocurriendo lo que antes me había ocurrido con la guerra civil: al principio estaba omnipresente en mí, luego empezó a llegarme en ráfagas aisladas y al final, con el paso de los años, el mundo exterior quedó reducido a mera abstracción, su frontera se me fue debilitando hasta casi desaparecer y sólo me quedó, nos quedaba, la certidumbre alimentada por la razón y el hecho irrefutable que representaba para mí las visitas periódicas que me hacían Belisa y el niño. Pasé privaciones, por no decir hambre, pero aquí también viví medio envuelto en una atmósfera de tensión interna. Estudié mucho, leí cuanto me cayó en las manos, aprendí

inglés, alemán y posteriormente ruso, aunque estas dos últimas lenguas se me fueron desmoronando por falta de uso. Durante los quince años, en ningún otro período de mi vida me sentí más lúcido. Tengo en ocasiones una cierta añoranza de ese estado privilegiado de conciencia. A los compañeros les decía a veces, y se reían, que tenía razón Hamsun, que era el hambre lo que producía aquel estado excepcional de la conciencia. Pero ocurrieron asimismo otros dos hechos reales de enorme repercusión ante el futuro.

En 1957 participé en un intento de evasión en compañía de Juan Busquets, compañero catalán de los grupos de acción que operaron en Barcelona y de un preso común, de nombre Sebastián, a quien el primero comprometió en el proyecto porque disponía, por ser ordenanza, de llaves que necesitábamos. La evasión consistió en llegar a los tejados de la prisión, alcanzar la fachada de la iglesia que daba a un patio exterior, descolgarnos por la misma por medio de una cuerda hecha con tiras de lija de los talleres, pisar el patio donde estaba la guardia, escalar los pabel ones de la planta baja donde ésta pernoctaba y lanzarnos desde allí a la calle. He descrito la evasión en un relato, «Situación Límite», que se ajusta casi en todo a la realidad. En resumidas cuentas, Busquets y Sebastián llegaron a la cal e, aunque

el primero se rompió una pierna y le capturaron.

A mí me cogieron cuando me descolgaba por la cuerda. Allí vi la muerte muy de cerca otra vez. Me dieron una descomunal paliza a base de culatazos y patadas. Cuando me tenían roto en el suelo los civiles montaron los cerrojos de los fusiles para matarme. Me salvó un sargento, que los contuvo. Nunca vi tanta animosidad ni odio como en aquel as miradas. De resultas estuve otros seis meses encerrado en celdas de castigo. La historia de la carta en tinta simpática me tuvo en Ocaña un año encerrado. Enloquecí temporalmente, acaso por los golpes asestados en la cabeza por los guardias civiles y debido también a la presión sicológica. También debió influir en esta perturbación temporal de la razón la presencia en la galería baja donde me encerraron, de algunos falangistas presos por delitos de «exceso de patriotismo», que en ocasiones me insultaban por la miril a de la puerta de la celda. Por todo el o desarrollé una cierta sicosis persecutoria.

Naturalmente, perdí la redención de penas por el trabajo, me sometieron a otro proceso por intento de quebrantamiento de condena y el o en resumidas cuentas alargó en más de dos años mi permanencia en la cárcel. Permanecí en el departamento de fuguistas hasta mi traslado a Burgos en 1958. En este tiempo me comunicaron la muerte de mi padre. El otro hecho singular de este periodo fue mi paso a los tal eres de carpintería del centro, donde trabajé como administrativo por cuenta de los reclusos. Pero una huelga declarada por éstos se volvió indirectamente contra mí. Al buscar responsables, la dirección consideró que yo era uno de el os. Yo no había intervenido en nada, pero volví a celdas de nuevo por espacio de cuarenta días. Antes de cumplir la sanción me vino el traslado para Burgos.

Llegado a mi destino estuve ocho meses recluido en período de observación como resultado de las notas de peligrosidad acumuladas en mi expediente.

Mientras duró ese período sólo podía salir una hora al patio todos los días. Sin embargo cuando al fin pude participar en el régimen normal de los demás reclusos comprobé que éste ofrecía mayores ventajas que en ningún otro penal, sobre todo en el aspecto cultural. Allí leí por primera vez revistas que habían ido apareciendo en la calle paulatinamente y eran los primeros síntomas de la nueva situación que se iba creando en el país. Algunas de estas revistas eran *Ínsula, Índice, Acento*, y otras. En *Índice* leí por primera vez, con asombro, textos de contenidos marxistas, como los de Aumente y también

libertarios, estos últimos firmados por José Luis Rubio, a quien posteriormente, en la cal e ya, conocería en la editorial ZYX, de Madrid.

Permanecí cuatro años en este penal. Perfeccioné en él mi alemán, y aprendí ruso, como ya he dicho, con ayuda de algunos de los famosos niños españoles enviados en 1936 a la URSS y que regresados ya adultos muchos años después, caerían en redadas del partido comunista en Asturias y en el País Vasco.

En Burgos la población penal era mayoritariamente comunista. Los militantes del partido habían hecho de aquel establecimiento una especie de escuela de cuadros. En los dormitorios desarrollaban una actividad extraordinaria en el campo de la formación teórica. A poco de llegar yo lo hizo una expedición de

andaluces, casi todos campesinos, caídos en una amplia redada del PCE. La mayoría de ellos eran jóvenes y analfabetos, pero a las pocas semanas de su l egada, con el acerbo doctrinal que el partido les enseñaba, salían ya al patio a hacer trabajo de «masas» entre los que no éramos comunistas. En verdad era algo divertido. Llegaban a nosotros con las nociones recién aprendidas, pero con una convicción a toda prueba. Nos abordaban cuando se estaba desarrollando el XX congreso del PC de la Unión Soviética, donde nacería la desestalinización, pero ellos aún no lo sabían y nos hablaban con el mayor entusiasmo de Stalin. Dos o tres semanas después, asombrosamente, nos abordaban para informarnos de los crímenes que Stalin había estado cometiendo en la Unión Soviética. Les contestábamos diciendo que eso nosotros lo sabíamos hacía muchos años.

Yo ya había conocido con anterioridad otras redadas gigantescas del PC. Una fue la de los guerrilleros de Unión Nacional capturados por los soldados franquistas en los Pirineos. Conocí a varios centenares de el os en San Miguel de los Reyes. Otra, anterior a ésta, recaló también en Ocaña en 1948, compuesta toda el a por campesinos y guerril eros de la provincia de Toledo, en total unos doscientos individuos.

Parece que en la planificación de la lucha en aquel tiempo por parte de los comunistas se preveía la caída masiva de adherentes, a los que se comprometía y se formaba luego en las cárceles. Este hecho no dejará de influir al estudiarse la correlación de fuerzas en momentos ulteriores de la vida del país.

En Burgos contaban con intelectuales y cuadros importantes, como

José Luis Gallego, hoy fenecido, Marcos Ana, en realidad Fernando Macarro, dos de los poetas del partido, Manuel de la Escalera, Fábregas, Miguel Núñez, Mauricio, Cipriano García y otros muchos que hoy son diputados o personajes políticos (2). Eran también numerosos los disidentes, a los que sometían a un severo aislamiento que incluía además métodos de desprestigio genuinamente estalinianos.

Nosotros constituimos un grupo relativamente reducido, compuesto por unos treinta o cuarenta compañeros, animoso y absolutamente irreductible. Al í

conocí a Miñarro, Ruda, Galán y otros. Torregrosa y Marcos Nadal me habían precedido a Burgos desde San Miguel de los Reyes. Me encontré al í también con el entrañable Carabaño, a la sazón y asombrosamente, disidente del partido comunista, donde ingresara en el curso de su estancia en el penal de El Dueso, después de diversas y tristes circunstancias que habían concurrido en los últimos años de su existencia.

Salí en libertad de la prisión de Burgos una mañana del mes de mayo de 1962.

Era domingo. Abracé a los amigos y me hal é en las puertas del establecimiento, solo. Al alejarme llevaba en la maleta mis Cuentos Carcelarios, que había ido escribiendo durante la permanencia en este penal. Lo contemplé ahora desde la distancia, fríamente, sin emoción. Aquello tenía una significación espantosa, aunque sólo di en el o mucho después. Había perdido la facultad de reír. En la cárcel, al sonreír, lo más que lográbamos era esbozar unas muecas duras y crispadas. Más de un año después, hal ándome en Valencia en la entonces l amada Plaza del Caudil o en compañía de Juan, mi hijo, a la sazón un joven ya de dieciséis años, me reí a carcajadas de algo que dijo y me quedé admirado.

Comprendí que era el final de una situación frigorífica en la que había estado por espacio de años. Se iniciaba de alguna manera para mí una nueva e indescifrable vida.

Notas

(1)

Los demás compañeros eran Rogelio Leal, Antonio González, Martina

Jaurejuría y Matilde. Los dos primeros eran gallegos y hablan llegado del exilio, mientras las mujeres vivían en San Sebastián e Irún, respectivamente.

(2) Miguel Nuñez y Cipriano García fueron diputados hasta las elecciones del 28 de octubre de 1982. El segundo era uno de estos semianalfabetos a los que me he referido.

LIBERACIÓN Y RUPTURA

Al salir de Burgos me dirigí a la calle de Menorca, en Madrid, donde vivían mi madre y mi tía. Acababa de cumplir cuarenta y cinco años. Estuve tres o cuatro días con las dos entrañables mujeres, ya ancianas, antes de dirigirme a Valencia.

Al bajar del autobús que me llevó a la ciudad del Turia me esperaban Belisa y Juan. Ella me besó, mi hijo se fundió conmigo en un abrazo. Estas dos actitudes iban a ser en el futuro la pauta de nuestras relaciones.

A los quince días de estar en libertad me fui a trabajar al Hotel Avenida, de Benidorm, como recepcionista. Aquí también descubría reminiscencias de la guerra civil. Uno de los maîtres del Ateneo Mercantil de Valencia, que era compañero, me recomendó al dueño del mencionado hotel, don José, advirtiéndole quien era yo. Aquel hombre, absolutamente intratable en lo que a la relación con sus empleados se refería, ejercía un control despótico sobre el personal del hotel y se mostraba absolutamente inflexible con el más mínimo error. Pero conmigo se portó generosamente. Durante la guerra civil don José, como le llamábamos, había trabajado en una de las colectividades creadas por la CNT en el Levante español. Se le trató con respeto y no lo olvidó. En realidad y debido a mi tremenda desorientación en todas las cosas de la calle, mi situación en el hotel al principio fue caótica. Mi flamante inglés teórico apenas servía para lidiar con la clientela inglesa y, además, mi inexperto oído no captaba el acento de los nativos. Tenía además dificultades para distinguir el dinero y, sobre todo, las monedas. El pasmo de los extranjeros no era para descrito ante un recepcionista que examinaba las monedas una por una antes de darles el cambio. El jefe de recepción, Tomás Mañogil, a quien siempre estaré agradecido por su comprensión, sabía de qué iba la cosa. Sabía que en las cárceles no se usa dinero, sino los vales que hacen los economatos de los respectivos establecimientos penitenciarios. Alrededor de mí se tejió de inmediato un ambiente de expectación y también de suspicacia, dado que todos esperaban verme salir con la maleta de un momento a otro. Era rara la

temporada que el feroz don José no ponía en la cal e antes de terminar la temporada a maîtres, administrativos, conserjes, y aún directores. Al comienzo de este trabajo la situación llegó a hacerse casi insufrible para mí y hasta pensé que en muchos aspectos la cárcel era más llevadera que aquel infierno situado en la tierra misma del ocio y

el deleite. Entraba a trabajar a las ocho de la mañana, pero mi desconocimiento de las cosas era tal que a veces me daban las dos de la madrugada antes de haber puesto las cosas en orden. No obstante cumplí. Al transcurrir el primer mes empecé a hacerme con la situación ante la mirada benigna de Mañogil, que me ayudaba en lo que podía. Regresé a Valencia quince días antes de terminar la temporada, aquejado de fuerte pleuritis que me tuvo en cama cerca de dos meses.

Cuando aún no me había restablecido de esta dolencia Arturo del Hoyo me envió desde la editorial Aguilar de Madrid, para su traducción, *Moby Dick,* de Herman Melvil e. Yo le había visitado durante mi corta estancia anterior en Madrid al salir de la cárcel. Me dio unas líneas de presentación para él un buen amigo de presidios, Francisco Alcaraz, ya fallecido. Arturo me había recibido admirablemente y confió en mí a pesar de que yo no tenía la menor experiencia en el campo de las traducciones. Aquí me ocurría en realidad lo que con los hoteles, aunque estuviera mucho mejor preparado teóricamente para lo primero.

Moby Dick, la Bal ena Blanca, fue una primera prueba definitiva. Se trataba de una traducción de la versión original, con la carga filosófica que Melville deposita en el a y el laberinto de las descripciones técnicas de los barcos bal eneros en que se complace. El trabajo me llevó tres meses y del Hoyo me felicitó cuando lo tuvo en su poder. De este modo me iniciaba en esta nueva actividad. Hice después toda una serie de traducciones de autores americanos importantes para la Aguilar.

Pero aquello a Belisa la parecía muy extraño. Me veía aún como al ayudante de pintor que un día le dirigió la palabra en la calle de Sainz de Baranda, de Madrid, al salir de la obra. Nunca llegó a entenderlo. Yo sí entendí de inmediato que la dilatada separación nos había convertido en dos extraños.

Tras la enfermedad, como las traducciones no l enaban todo mi tiempo me coloqué en la Agromán de Valencia como vigilante nocturno. De este tiempo recuerdo una anécdota curiosa. Yo pasaba mi tiempo en el interior de un garaje cuyo cierre mantenía bajo. Una noche llamaron al cierre, serían las dos de la madrugada y yo lo levanté expectante. Eran dos personas jóvenes. Una de ellas se apresuró a tranquilizarme. Habían estado previamente en mi domicilio de la calle Encarnación donde Belisa, al verlos se había alarmado. Eran periodistas y venían sencil amente a comunicarme que había quedado finalista en el Premio Sésamo de cuentos con mi narración de

cárcel *La Gotera*. Recordé entonces que dos o tres meses antes la había enviado al concurso, pero me había olvidado de el o por completo. Los jóvenes me hicieron una breve entrevista, se marcharon y al día siguiente la entrevista apareció en un periódico local. A Belisa aquello tampoco le entusiasmó demasiado.

La siguiente temporada de hoteles, última para mí, terminó antes de lo que yo esperaba. Me habían aceptado como conserje segundo de un gran hotel recién terminado aquel año, 1964, creo. Venían a inaugurarlo a Benidorm autoridades valencianas y el propio ministro de la Gobernación, desplazado desde Madrid para tal fin. Aquel o me inquietó pues me hal aba en libertad condicional y la policía conocía en todo momento mi destino. No me equivoqué.

Cuando se aproximaba la fecha de la inauguración empecé a ver gente rara por allí. Era la policía. No pasó mucho antes de que me llamara el director para decirme, tras muchos circunloquios que lo sentía pero tenía que despedirme.

Yo me eché a reír y el hombre se inmutó. Repitió varias veces cuanto lo sentía, pero no me dio una explicación, ni yo se la pedí, porque la conocía.

Regresé a Valencia y estuve algún tiempo sin trabajo. Mis relaciones con Belisa empeoraron. Sus cambios de humor me desconcertaban. Trabajaba en un taller artesanal llamado Galas de Novias. Algunos días, a la hora de la comida, o por la noche, ya terminada la jornada, llegaba hermética, o bien hilarante, pero cargada de sarcasmos. Llegué a la conclusión de que de algún modo influían en su ánimo y acaso desde diversas motivaciones: la irregularidad de mis ocupaciones, mi dificultad para hal ar un empleo estable. Cierto que siempre hice algo durante este período, pues incluso en algunos momentos

trabajé también de pintor con un amigo, pero la verdad es que mi vida, la mía, se había roto. Cuando todos los hombres tienen ya una profesión definitiva, o un porvenir más o menos seguro, yo había pasado de una desadaptación radical a una incertidumbre total respecto a cualquier porvenir. Pero aquello no era suficiente. No era una razón para explicar una actitud que llegó a hacerse provocadora hasta el punto de exasperarme en algunos momentos. En ocasiones llegamos a situaciones de verdadera violencia. Inesperadamente y en medio de esta situación, en un momento decisivo y de manera deliberada, una mujer se cruzó en mi vida. Pero esto pasó y fue curioso que el a, Belisa, no le diera excesiva importancia. Insisto en que las escenas que se daban en casa no estaban motivadas por este

hecho, como se verá. Aquel as se daban casi siempre delante de nuestro hijo. Juan solía mirarnos, movía la cabeza y se iba a la calle. Al fin tomé la decisión de trasladarme a Madrid. Se lo hice saber a Belisa y al chico. Hasta que me marché el a estuvo extraordinariamente atenta y comedida. El chico me acompañó una mañana a la estación. Le dije que en Madrid tomaría una decisión definitiva. Le dí un abrazo. Al arrancar el tren ni él ni yo pudimos contener las lágrimas. A los tres meses de hallarme instalado en Madrid, vino Progreso Fernández a visitarme en el curso de un viaje rápido que hizo a la capital. Me dijo que Belisa esperaba mi regreso. Entonces le dije que le comunicara mi determinación de quedarme definitivamente en Madrid, decisión que les hice conocer también a Juan y a el a en carta expresa que les dirigí. Belisa se casó a los tres años poco después de unir Mari y yo nuestros destinos, con el dueño del tal er donde trabajaba. Para entonces yo ya sabía que era él quien había estado alimentado la guerra sicológica contra mí. Sus relaciones con Belisa eran conocidas por ciertas personas desde el tiempo en que yo no había sido todavía trasladado a Burgos. Al comunicarme un amigo de Valencia la noticia de su casamiento sentí gran alivio. Todo el tiempo de mi estancia en Madrid no había podido evitar cierto remordimiento, el de haberla abandonado a pesar de todo, dejándola de nuevo sola con nuestro hijo. Yo no podía ignorar, ni ignoro hoy su tremendo mérito. Me había seguido a Valencia con el niño al darse mi traslado, había trabajado en solitaria, ayudándome en lo que podía, a lo largo de muchos años. Había vivido su vida, sí, pero al salir de prisión, ni siquiera en los momentos más propicios le pregunté nunca lo que

había hecho todo aquel tiempo. No me sentí con fuerza moral para hacerlo. Yo los abandoné, eso sí, muy contra mi voluntad, a el a y a nuestro hijo, en un momento clave, para regresar a casa quince años después. Mi deuda con ella era extraordinaria y por eso me alegré de corazón al saber que no estaría sola en el futuro. El chico pagó las consecuencias inmediatas de la separación.

Estudiante superdotado de la Academia Castel anos de Valencia, tuvo que abandonar sus estudios y renunciar a proyectos que le eran caros. Se separó pronto de su madre y fundó a su vez una familia. Hoy, representante de comercio, es el resultado de las vicisitudes incontrolables de varias vidas.

OTRA VEZ EN MADRID

NUEVA CLANDESTINIDAD

Es por todo lo relatado, acaso con excesiva prolijidad para el fin esencial de este trabajo, que llegaba de nuevo a Madrid, a los cuatro años de mi liberación del penal de Burgos. Conté la historia como pude a las dos mujeres.

Se entristecieron, pero es indudable que agradecían mi presencia. Conecté de inmediato con numerosos amigos, muchos de los cuales me conocían desde mi primera militancia en las juventudes libertarias. Contacté asimismo con compañeros de la CNT de 1936. En fin, me relacioné de inmediato con Florentino Rodríguez, a quien conocía como ya dije, del sindicato de Industrias Químicas de Madrid, en 1938, con Pedro Almejeiras, Pedro Barrio, de la local de juventudes de Madrid en 1937. Solíamos reunirnos los sábados por la tarde en el domicilio del primero y allí hacíamos análisis sobre la situación. Volvió a plantearse el dilema organizativo: el dilema de ir con todas las consecuencias a la reorganización de la CNT, o asumir más bien una articulación descentralizada y a la vez multicéfala que impidiera nuevos desmantelamientos traumáticos.

Los compañeros citados habían estado todos ellos largos años en la cárcel. En general, la militancia veterana se resentía del trauma carcelario, de los sufrimientos padecidos. Se consideraba que un intento de reorganización a destiempo podía ocasionar un derrumbamiento definitivo del movimiento y se prefería la organización por grupos. De acuerdo con este punto de vista, los compañeros arriba mencionados y yo constituimos en Madrid el grupo Anselmo Lorenzo a la altura de 1967. En la primera parte de este trabajo me he ocupado de las actividades clandestinas de la CNT que se fueron espaciando hasta 1960.

Aquí se dio la última caída de un comité nacional de la CNT -diecinueve desde el triunfo del franquismo en 1939-compuesto en este caso por compañeros de Madrid, entre los que figuraban Fidel Gorrón, Ismael y otros. Uno de los hechos más importantes de esta oposición al franquismo fue la huelga general de Barcelona, en 1951, movimiento fundamentalmente espontáneo que se dio con

importante participación de elementos confederales. Como consecuencia de esta huelga 65 militantes de la CNT fueron condenados en noviembre de 1951 a condenas que oscilaron entre 8 y 30 años de reclusión (3). Poco después, ante la perspectiva de

aniquilamiento total de la organización, algunos compañeros propusieron una alianza a miembros de UGT en 1956 y así nació ASO (Alianza Sindical Obrera) que creó federaciones en diversas localidades del país y fue apoyada por la SAC (Svereiges Arbetares Centralorganisation), entidad anarcosindicalista sueca y posteriormente por la federación Obrera Metalúrgica y del Sindicato del Automóvil, ambas norteamericanas (4). Pero tampoco ASO

consiguió resultados positivos y pronto desapareció, no sin haber intervenido previamente con fuerza en las huelgas de la minería asturiana de marzo de 1958.

Poco después de 1960 se produjo un desfondamiento de la resistencia anarcosindicalista organizada. La militancia confederal y libertaria se había empleado a fondo en los períodos clandestinos iniciales y pagó las consecuencias. Sin apoyos exteriores importantes -aunque el exilio confederal se volcó en la ayuda a los compañeros del interior, realizando lo que estaba dentro de sus posibilidades-sin aparatos profesionalizados, no pudimos sostener en el curso de diez años clave, los de la década 65-75, la tensión permanente que nos hubiera situado de manera más favorable al comienzo de la transición democrática. No pudimos evitarlo. No podíamos proyectarnos por encima de las fuerzas reales de que disponíamos. A pesar de todo a lo largo de la fase clandestina de que ahora me ocupo se dieron intentos diversos de reestructuración a amplia escala y, de cualquier modo hubo casi siempre una presencia anarcosindicalista conectada con el exilio, aunque en gran parte nominal. Mas especulan con el infundio quienes aseguran que no existió una resistencia organizada contra Franco por parte de las organizaciones libertarias.

El movimiento libertario español fue el colectivo que mayor tributo de sangre pagó ante los pelotones de ejecución del franquismo.

En este tiempo, o acaso antes ya, empezaría a desarrollarse la activa presencia comunista en el país, de la que iba a derivar una correlación de fuerzas favorable para el os, dentro de la universidad y del movimiento obrero,

que se manifestaría al comienzo de la transición democrática. La clave estuvo, creo, en el dinamismo y en las posibilidades reales del aparato del partido, instalado en Praga primero, y luego en Francia. El partido envió al interior del país miembros del comité central con la misma prodigalidad con que había comprometido en años anteriores a las bases afiliadas o a los simples simpatizantes, y esta actividad de los revolucionarios profesionales, que contaron siempre con fuertes

apoyos exteriores tanto en lo económico como en lo político, resultó decisiva. La mitología comunista soviética no estaba aún oscurecida, la propaganda masiva con que habían sostenido ante la historia la imagen de un partido defensor a ultranza de la resistencia contra el fascismo, uno más de los mitos que hoy andan por los suelos, encontraba tanto en la universidad como en diversos estamentos sociales elementos receptivos.

En otro orden de cosas, apenas llegado a Madrid tuve suerte con el trabajo.

La traducción de *Moby Dick* me abrió las puertas de la editorial Aguilar en esta primera época de mi estancia en Madrid, en la que l egaría a desempeñar diversas actividades: traductor, redactor, escritor, pintor de brocha gorda y, finalmente, profesor de francés e inglés. Me fue imposible hal ar un trabajo fijo.

Por entonces ya tenía 46 años y había traspasado la barrera de los cuarenta que en aquel tiempo las empresas habían levantado en favor de los jóvenes con menos pretensiones y más baratos en cuanto a mano de obra. Arturo del Hoyo me encomendó nuevos trabajos de traducción. Estos estaban mal pagados, pero el trato personal que recibí fue inmejorable y en ningún momento fui objeto de discriminación, cosa que en muchos casos ya no ocurriría en el curso de la década. Empecé en la Aguilar con una obra de arte: *España: Historia y Arte*, de Bradley Smith, libro de gran presentación y en los meses siguientes traduje a Evelyn Waugh, Bromfield, Simone de Beauvoir, Bertrand Russel y Mazo de la Roche. Tuve la satisfacción de que en este tiempo no se me corrigió ni una sola línea y los textos se publicaron tal como los entregué. Más adelante dedicaré algunas líneas a esa curiosa especie que en las editoriales se llama corrector de estilo. Entre los traductores existe también otra especie no menos rara: la de los que tienen la pretensión de mejorar en sus versiones a los autores. Tuve la ocasión de comprobar que en la mayoría de los casos ni unos ni

otros eran capaces de escribir dos líneas propias, pero eso sí, hacían verdaderas

«fantasías» con los trabajos de los demás.

Notas

(3) (V. el interesante estudio Apuntes para una historia del

movimiento obrero español de la postguerra; años 1939-1970: Fondo de Documentación anarcosindicalista . No hay en el texto ningún otro dato, pero determinadas características del mimo hacen pensar que fue redactado por gente del exilio.)

(4) (Ibidem.)

LA EDITORIAL ZYX

EL DESPERTAR DEL MOVIMJENTO OBRERO

Fue en este tiempo que tomé contacto con la editorial ZYX, entidad que en lo sucesivo publicaría la mayor parte de mis libros. Tuve conocimiento de su existencia por el propio José Peirats, compañero universalmente conocido por sus libros de historia, sobre todo su obra en tres tomos La CNT en la Revolución Española y por El Anarquismo en la crisis española. Peirats vivía en Francia, adonde había l egado tras prolongado exilio en diversos países suramericanos.

Le conocí en ocasión de un viaje clandestino que hizo a España en 1946 para asistir a un pleno nacional de las juventudes libertarias que celebramos en una casa de comidas de la calle Velarde, de Madrid. En el congreso celebrado en 1947 por el ML-CNT en el exilio fue nombrado secretario general del mismo.

Mantuve con él entrañable amistad y relación epistolar permanente desde mi salida en libertad en 1962, hasta que acontecimientos posteriores del devenir confederal contribuyeron a interrumpir tal relación, si bien mi estimación por la persona sigue siendo en lo esencial la misma. No recuerdo cómo había llegado Peirats a conocer la existencia de esa editorial, a la sazón ubicada en la cal e de Abel, barrio obrero de la zona Alvarado-Tetuán, pero sí que me informó acerca de la insólita actividad por el a desplegada, sobre todo en el campo de la sociología y la historiografía.

El caso es que un día, picado por la curiosidad, los visité en el modesto piso en que se hallaban instalados. De aquel elenco originario recuerdo a Julián Gómez del Castil o, presidente de la editorial, a quien he seguido viendo hasta estos días, a José Malina, tesorero-gerente, hoy miembro del PSOE como otros muchos de entre el os, a Carmen Ruiz, que pondría a poco prólogo a mis *Cuentos Carcelarios*, y a varios más, que fueron desapareciendo dentro de las vicisitudes de la editorial. Me recibieron muy bien. En realidad se hal aban ante un tipo raro, un militante anarcosindicalista con casi quince años de cárcel a

cuestas que no parecía excesivamente quebrantado. Me hicieron innumerables preguntas tanto personales como relativas al colectivo al que pertenecía, el mítico anarquismo del que habían oído hablar y del que se hal aba en el ámbito de las preocupaciones que en aquel

tiempo les embargada. Creo que conmigo hicieron un descubrimiento. Resultado de este primer contacto fue la casi inmediata publicación de mis *Cuentos Carcelarios*, que les di a leer y les gustaron. Como he dicho, Carmen Ruiz escribió el prólogo del librito. La vi por espacio de varios años, en el interregno de mis relaciones con la editorial, pero ella también desapareció en un momento determinado e ignoro por cual de los caminos de la encrucijada se orientaría finalmente. Pero es conveniente tratar con cierta extensión este punto de mi relato, por la propia importancia que llegaría a tener en el desarrollo de los acontecimientos la editorial ZYX. ¿Qué era esta entidad? ¿Quiénes fueron los que la constituyeron en sus diversas épocas? En realidad, según supe de inmediato, se trataba de militantes de la HOAC, los cuales, tras ciertos enfrentamientos con la jerarquía católica integrista que aún permanecía en la estela de los obispos franquistas de la guerra civil, decidieron crear una forma permanente de expresión propia y decidieron fundar una editorial. ZYX fue por tanto el resultado de tales decisiones inconformistas por parte de un cierto cristianismo prístino que se había ido configurando.

Esta gente recién descrita no tardó en descubrir la historia de las clases trabajadoras en España y las distintas direcciones que siguieron en el siglo pasado. La orientación bakuninista y libertaria de los trabajadores españoles fue incorporada en primer lugar a sus publicaciones por la editorial ZYX con la edición del primer tomo de la obra de Abad de Santil án, *Historia del Movimiento Obrero Español (desde los orígenes a la restauración borbónica)* (5).

Esta obra causó por sí misma gran impacto por ser una de las primeras que aparecían sobre el tema tras un largo período de silencio. Quizás la de Casimiro Martí fue anterior cronológicamente (6). Pero una y otra revelaban sólo aspectos parciales del fenómeno, la primera por terminar en la Restauración (los siguientes volúmenes no se publicaron, ignoro por qué) y la segunda por referirse especialmente al anarquismo en Cataluña). Lo que con ello ocurrió es

que el interés expectante que ambas habían suscitado quedaba en parte frustrado por darse entonces una mayor curiosidad por el tema. Toda una generación que había crecido en el silencio y en el veto descubría entonces por primera vez aspectos insospechados de una historia apasionante, cuando no estremecedora, a cargo de las clases trabajadoras de este país.

Notas

(5) Ed. Zyx, Madrid, 1967.

(6) Orígenes del anarquismo en Barcelona. Centro de Estudios Históricos e Internacionales, Universidad de Barcelona, Editorial Teide, Barcelona, 1959.

EL MOVIMIENTO OBRERO

HASTA 1966-1968

Cuando llego a Madrid llevo detrás de mí los cuatro años de retraimiento de mi período valenciano, en que he sido mero observador, muy condicionado, de ciertos fenómenos de ese tiempo. Pero para entonces hay ya un largo proceso de inquietudes sociales que han ido cristalizando de manera diversa según los momentos y las regiones geográficas. Hay una CNT desfondada, dispersa, que no ha podido resistir la represión sistemática de cerca de veinte años, durante los cuales ha sido la protagonista máxima de la oposición al franquismo. Esto ya lo he dicho. Algo análogo, aunque de menor intensidad, ocurriría con las otras sindicales históricas del M. Obrero español, la UGT, cuyas últimas detenciones masivas se dieron entre 1953 y 1958. También Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV) había dado señales de vida en la primera etapa clandestina en el Norte y a mi llegada a Madrid mantenía relación con UGT y CNT.

Es el momento en que la iglesia española, que aparece a los ojos de los que han perdido la guerra civil como una de las fuerzas que han contribuido a la victoria de la cruzada franquista, empieza a organizar sus fuerzas sociales y a reemprender el limitado protagonismo que había tenido sobre los trabajadores en los años 20. Las primeras organizaciones católicas que aparecieron bajo el franquismo fueron la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), las JOAC

(Juventudes de Acción Católica), Vanguardias Obreras y el ME (Movimiento de Empleados). Si las mencionamos es porque algunas de estas organizaciones no cumplieron la función tutelar y de adoctrinamiento que la jerarquía católica tenía prevista sino que los condicionamientos de la realidad obrera de ese tiempo, iban ya a radicalizar de modo impensable estas entidades inicialmente confesionales. Paulatinamente, desde 1948 hasta 1975, sus locales llegaron a ser los únicos lugares de encuentro donde los trabajadores escapaban al control policial y al de las jerarquías verticalistas de la

CNS. Este movimiento no debe extrañar, pues es paralelo al que se da dentro de la iglesia católica, con la rebelión del clero joven que llega hasta asumir actitudes de ruptura con la sociedad establecida. Ya en 1951, durante la huelga general de Cataluña, numerosos militantes de la HOAC intervinieron de modo efectivo en el

movimiento, así como en las huelgas de mineros asturianos en 1958. Estos hechos provocaron problemas entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno y la primera intentó que las organizaciones bajo su control ingresaran en la CNS

como asociaciones obreras católicas, pero esto fue rechazado por los verticalistas porque ese precedente podía inducir a otras agrupaciones a seguir ese ejemplo. Los obispos se vieron obligados a recordar severamente a las organizaciones confesionales aludidas que sus cometidos eran espirituales, por lo que cualquier otro debería llevarse a cabo fuera de los locales. Pero las doctrinas, del compromiso temporal, ya desarrol ado en este tiempo hizo imposible frenar la decantación de esta militancia católica hacia la lucha activa.

Curioso fenómeno de este tiempo.

De la HOAC arranca también en 1958 la FST (primero Federación Sindical de Trabajadores y luego Federación Solidaria de Trabajadores), que se extiende por toda España y se afilia a la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos.

La FST lleva a cabo su «declaración de Asturias», fechada en 1958, en la que se dice: «Nuestra meta es la construcción de la democracia socialista para la promoción integral y colectiva del hombre hasta sus más radicales consecuencias». Al final se expresa que: «el Estado es el pueblo mismo organizado en orden institucional para que sea verdaderamente democrático y socialista y exija la autogestión desde la base popular. .» Y luego: «rechazamos cualquier forma de estatismo.» «Todo el poder radica en el pueblo”. No es de extrañar que las jerarquías eclesiásticas sintieran graves motivos de preocupación. Pero hay luego otros aspectos en que «estos ribetes de anarcosindicalismo son contradichos más adelante al aceptarse la tesis marxista de que el movimiento obrero está constituido por el partido político y el sindicato, con lo que se acepta implícitamente la dirección del primero, invalidándose todo lo anterior» (7). Acto seguido los autores de los apuntes afirman que el examen un tanto extenso que se hace se Justifica porque, además de ser FST la primera organización de extracción católica de ese tiempo, puede servir de referencia sobre las características generales de todas esas

agrupaciones.

Tras FST aparece en 1962 Unión Sindical Obrera (USO) y en 1964 las Vanguardias Obreras y el Movimiento de Empleados, bajo los auspicios de los jesuitas, crearán AST, de donde a no mucho tardar saldrán los maoístas de la ORT. También nace el SOC, que es el equivalente regionalista, para Andalucía, del STV, afiliándose ambas organizaciones a la Confederación Cristiana del Trabajo (8).

También ha nacido en 1958, y de raíces cristianas, el Frente de Liberación Popular, el famoso «Felipe», cuyos primeros militantes empezaron a aparecer en el penal de Burgos en 1960, cuando yo aún estaba allí. La ideología de este partido era marxista-leninista y en su primera declaración de principios se proponía tomar el relevo del PC y del PSUC, desde la clandestinidad, para llegar

«a la conquista violenta del poder por los trabajadores».

En 1958, el nuevo gobierno opusdeísta se había decantado por la estrategia de la estabilización y el desarrollo, lo que va a significar el fin de las subidas salariales generalizadas en el país, pues son un golpe frontal para la economía, según los inspiradores de la nueva doctrina y deciden que los aumentos salariales se hagan por sectores industriales, o bien por empresas. Así se promueve el decreto por el que nace la Ley de Convenios Colectivos.

Como consecuencia de esta nueva situación y de la anomalía que suponía para la estabilidad de los trabajadores, nace la nueva agitación de 1961-62, que culmina en los conflictos y huelgas de empresas como Vasconia, Empresa Nacional Bazán y Macosa, entre otras. En abril de 1962 se dieron las huelgas de la minería asturiana y se propagan a la industria eléctrica, metalúrgica, química y de la construcción del País Vasco, en León, Cataluña y Madrid. Cerca de medio millón de trabajadores paralizan los principales núcleos industriales del país (9).

Los conflictos se extienden a las minas de Río Tinto, en Andalucía, y a Puertol ano.

El gobierno se ve obligado a declarar el estado de excepción y lleva a cabo una actividad represora. Empezaba desde el gobierno la política de estabilización y desarrollo. Finalizaba por el contrario el período de autarquía que había permitido al Estado mantener a los trabajadores con un salario

mínimo a nivel de simple subsistencia. Espontáneamente surgieron

entonces las primeras comisiones obreras, al desconfiar los trabajadores de organismos como los sindicatos verticales. Al presentarse un conflicto los trabajadores procedían a nombrar de entre el os mismos comisiones de seguimiento del conflicto. Tales comisiones eran nombradas democráticamente y se disolvían al término de aquel. De manera que esta práctica de autodefensa y autoorganización obrera, llamada Comisión de Trabajadores, fue el primer eslabón organizativo originado por las huelgas a que se veía enfrentado el movimiento obrero en ese tiempo. Fue una práctica autonómica a la que después se irían uniendo las organizaciones sindicales y políticas clandestinas ya organizadas, como ASO (ugetistas y cenetistas), la STV, el PC, el FLP, la FST y la HOAC.

Aunque originariamente la práctica de las comisiones obreras se da en el Norte, el nacimiento de éstas como movimiento socio-económico y reivindicativo al margen del sindicalismo vertical se realizará en Madrid tras una masiva reunión de jurados y enlaces sindicales convocada por la jerarquía verticalista para llevar a cabo el adoctrinamiento de los trabajadores en los principios del sindicalismo oficial. En aquel a reunión, en la que estuvo presente el presidente el nombramiento de una comisión de una docena de trabajadores en representación de los enlaces sindicales del sector del metal de la capital. Las reuniones se llevaron a cabo hasta el mes de octubre. «Unos doscientos representantes de los trabajadores confirmaron esta comisión. Aquí está el embrión de lo que iba a ser Comisiones Obreras; partiendo de lo enumerado y de la Comisión de enlaces y jurados del sindicato provincial del Metal de Madrid, completamente ligado, como vemos, a la base de trabajadores» (10).

En diciembre, este precedente, ya establecido, culminaba en la declaración firmada por enlaces y jurados de las empresas, Perkins, Crass, Standard, Hélices, Casa, Ersel, Osram, Pegaso, Boeticher, ARG y otras, en que se afirmaba el carácter positivo de la comisión para el mejor logro de los objetivos centrados en los intereses de los trabajadores del ramo, siendo representantes y portavoces de éstos en las fábricas. Se aludía al hecho de que su acción había contribuido a la aprobación de un incremento del 20 por ciento de los salarios.

Estos movimientos, la jerarquía verticalista creyó que podrían ser resorbidos por el sindicato oficial, pero se equivocó. El documento aludido fue firmado a título personal por militantes del PCE y por las organizaciones sindicales FST, AST, UGT y finalmente UTS (Unión de Trabajadores Sindicalistas), grupo del que nos ocuparemos más adelante. Por fin las incipientes comisiones obreras, todavía en estado nebuloso, pasaron a establecerse en el centro social Mateo Alemán,

perteneciente a la delegación de Asociaciones del Movimiento y que se transformó en una especie de Casa del Pueblo, como afirman los desconocidos autores de «Apuntes para una Historia...» En ese local y tras cuatro meses de diálogos, militantes de FST, UTS, AST y PCE redactaron en un manifiesto la síntesis de sus intercambios, el cual constituiría una base de partida que fue aceptada por un centenar de militantes de los sectores del Metal, Transporte, Electricidad, Químicas, Construcción y Artes Gráficas, pertenecientes a las comisiones obreras. El manifiesto pasó a ser conocido como "el documento de los Cien" y sirvió para la promoción, ya acelerada, de nuevas comisiones obreras de enlaces, jurados y trabajadores en general.

El documento fue firmado en Madrid el 31 de enero de 1966 por cien trabajadores de diversos sectores y los primeros de la lista fueron: Julián Ariza, Marcelino Camacho, José Hernando, Diego Cureses, Ceferino Maeztu y Víctor Martínez Conde. El manifiesto se titulaba *Ante el futuro del sindicalismo*, hacía una serie de consideraciones muy generales, un llamamiento a la solidaridad, a la necesidad de no desentenderse de la lucha. No obstante, tras el introito, el punto 1 era decisivo en cuanto se rechazaba el sindicato vertical y no se aceptaba otra forma sindical que la horizontal, donde tomaba como base la realidad de la sociedad clasista. Los firmantes se decantaban en los puntos 6 y 8

por la Central Sindical Única. Esto favorecía indudablemente la previsión comunista y la estrategia del partido pero no obstante en aquel momento ese objetivo era explicable desde el punto de vista de los intereses esenciales de los trabajadores.

Las Comisiones Obreras se extendieron a todo el país, sumándose a esta experiencia otros grupos, como el FLP, el SOC y en algunos sitios USO. Pero no tardaron en manifestarse en el seno de las mismas las discrepancias que le

llevaban los militantes de los diferentes grupos. Al mismo tiempo, el poder empezaba a ejercer presión contra este movimiento que hasta prácticamente 1966 constituyó por sí mismo un vislumbre de sindicalismo libre. La tolerancia del poder terminó prácticamente tras las elecciones sindicales de 1966 y al no poderlo encauzar oficialmente se le empujó a la clandestinidad.

En el transcurso de 1966 las Comisiones Obreras dieron las primeras muestras de su capacidad. En las elecciones sindicales fueron al copo de puestos representativos de jurados de empresa y enlaces sindicales,

aunque esta táctica no demostraría ser definitiva en la lucha contra el sindicalismo vertical, convirtiéndose tras las rupturas de los grupos componentes de las Comisiones Obreras en el medio para que ciertos partidos, fundamentalmente el comunista, pusieran en práctica una política de penetración hasta la cúspide en el sindicato vertical. El 28 de junio, con ocasión de un escrito reivindicativo presentado por Comisiones de Madrid en el Ministerio de Trabajo en relación con algo que va contenido en el manifiesto de los Cien, se concentraron en apoyo doce o trece mil trabajadores ante el ministerio. Fueron detenidos 19

miembros de comisiones así como los comisionados que iban a entregar el documento. Entre el os aparecen Camacho, Hernando, Maeztu y Martínez Conde, que representan, respectivamente, a las tendencias que se integraban en Comisiones: marxistas, falangistas de izquierda, sindicalistas revolucionarios y sindicalistas católicos. Los cuatro militantes citados son liberados tras acciones masivas que se llevan a cabo. Camacho, Hernando y Maeztu fueron desposeídos de sus cargos sindicales. (11)

La ilegalización de las Comisiones se dibujaba inexorable. Entre 1966 y 1967

se produjeron en el país más de 150 huelgas, si bien no todas imputables a las Comisiones. Los movimientos más importantes de este tiempo eran en cierto modo acciones preventivas en contra de un posible regreso a la clandestinidad, pero la dinámica de esa lucha, paradójicamente, las empujaba hacia el a cada vez más. El 27 de enero de 1967 se produjo en Madrid una gran manifestación, a pesar del anuncio previo de que lo manifestantes serían detenidos. Resultan efectivamente detenidas 170 personas y los choques con la policía continuaron al día siguiente en la calle. En Barcelona hubo conflictos que terminaron en

derrota de los trabajadores, como el despido de ocho jurados en la Hispano Olivetti. La oleada de huelgas en Vizcaya produjo una nueva declaración de estado de excepción, a pesar de lo cual y durante siete meses se mantuvo la huelga de la empresa de Laminados de Bandas en frío de Echevarri. Esa gesta obrera pasó a la historia como la «Huelga de Bandas». La represión fue dura y a los 163 días los trabajadores se reintegraron al trabajo quedando despedidos 150 compañeros.

El verticalismo contraatacó por medio de los expedientes de desposesión de militantes de comisiones situados en puestos de enlaces y jurados después de las últimas elecciones sindicales. Pero las

elecciones también contribuirían a crear en el seno de las comisiones graves divergencias de criterios entre los militantes componentes de las mismas. Los comunistas integrados en ella fueron acusados de fraudes y de actividad partidista en la segunda vuelta de las elecciones, hechos que también se imputaron a la burocracia vertical. Esto provocó la separación en las comisiones de Madrid de los militantes de FST, UTS

y de algunos núcleos socialistas, afirmándose por su parte que «el espíritu del Documento de los Cien había sido violado». (12) A partir de este momento se produjo la criba dentro de las comisiones y el PCE empezó a hacer de esta organización su sindicato, como lo es en nuestros días. En realidad «el partido por antonomasia de la clase obrera» obraba como le correspondía y era difícil esperar del mismo algo que no se adecuaba a su idiosincrasia ni a sus principios.

Tuvo en cambio el apoyo de AST, futura Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), que hasta entonces no había participado en las comisiones, siendo el PC y este grupo los que animarían en lo sucesivo a comisiones hasta la finalización misma de la dictadura. En este período aparecieron en Comisiones grupos ultraizquierdistas de orientación trotskista y maoísta, que corrieron suerte diversa.

Después de 1966, tras su retirada de comisiones ciertos sectores intentaron la creación de un Frente Democrático Sindical. Tales Sectores fueron FST, UTS, USO y UGT, pero el intento no cuajó. Casi todas estas organizaciones de siglas novísimas hicieron hasta cierto punto planteamientos sindicalistas revolucionarios. Tanto las siglas que procedían del falangismo de izquierdas

como de las organizaciones católicas tenían conciencia de su orfandad teórica y era normal que en su radicalización en defensa de la clase trabajadora dieran con las ideas-fuerza preexistentes del sindicalismo revolucionario, o si se quiere precisar más, del anarcosindicalismo. Había empezado ya en el país la subrepticia pero poderosa circulación de la literatura libertaria y anarquista del período y su influjo se constataba claramente.

Un caso claro de este mimetismo fue UTS: esta organización había aparecido en 1964 y su principal inspirador fue Ceferino Maeztu. Hacia 1966 hizo en uno de sus boletines una declaración de principios en la que, en el punto 13, se dice expresamente: «Nuestra ideología está profundamente enraizada en las tradiciones del sindicalismo revolucionario, que tan gloriosa tradición tiene en el país y en todo el mundo”. En el punto 10 establecían el concepto de autonomía e

independencia, al formular que el os no consideraban que la clase trabajadora fuera correa de transmisión de ningún partido. En general consideraban a todas las organizaciones presentes en la clase obrera como

«agrupaciones de militantes que proponen a la totalidad de los trabajadores de una fábrica, de una rama de industria, o de una ciudad, planes de acción que pueden ser secundados o rechazados por la mayoría de los compañeros (13). A lo largo de la declaración, que consta de 14 puntos, hay una implícita y continuada alusión a la unidad sindical o de los trabajadores, que se afianzará en los años posteriores. En realidad, no se puede decir, que haya en este programa una definición sindicalista revolucionaria clara, ni mucho menos aún, por supuesto, anarcosindicalista No hay en él ninguna declaración neta de principios ni de fines, ni tampoco de medios. De hecho, todo estaba implícito en estado potencial. En este grupo obrero o sindical aparecieron buenos militantes, entre ellos Maeztu, como he dicho promotor del proyecto. Volveré a hablar de él más adelante (14).

Otra organización también aparecida en la clandestinidad y que siguió una trayectoria parecida a UTS, fue el FSR (Frente Sindicalista Revolucionario), creada como la anterior por originarios falangistas de izquierda que en la militancia obrera abandonaron de manera irreversible sus posiciones de partida.

Por su parte, USO (Unión Sindical Obrera) apareció en 1962, impulsada por militantes cristianos de la JOC. Hacia 1968 se proclamó aconfesional y en el punto 1 de su declaración programática se definía como entidad para promover un auténtico sindicalismo de masas, moderno y revolucionario; el punto 2 la disponía en favor de la gestación de la gran central sindical democrática de los trabajadores, en cuyo seno USO se disolvería llegado el momento. El punto 3

preveía la lucha por las libertades democráticas y el 4 la participación como trabajadores sindicales en la construcción de una auténtica alternativa socialista. Además de con militantes de JOC, USO nutrió sus filas de otros procedentes de UGT, sobre todo al darse la formación de ASO en Barcelona.

Con posterioridad y hasta 1965, USO colaboraría en las tareas de la Alianza Sindical Obrera. Esta organización se adscribiría durante años y ya en el período democrático, a la fórmula del socialismo autogestionario y, en algunos casos, como en Cataluña, pretendería llenar el espacio y asumir los contenidos propios de la CNT histórica (15).

Podemos afirmar que dentro de un marco como el que acabamos de trazar a grandes rasgos se dan la infinidad de hechos que al entremezclarse irían formando los hechos constitutivos del presente: Otro elemento de una importancia decisiva de este tiempo sería la fermentación estudiantil y universitaria que ha contribuido a establecer una cierta correlación de fuerzas en los estamentos que determinan hoy la vida cultural y socio-política del país.

Notas

(7) – (13) Apuntes para una historia. .

(14) Con posterioridad, ya en e período democrático, UTS se convertitiría en CTI (Confederación de Trabajadores Independientes) siendo sus rasgos más definitorios aquellos que la presentan como una organización autónoma e independiente de los partidos, pero claramente alejada ya de cualquier rasgo afín al sindicalismo revolucionario.

(15) Esto lo han pretendido diversos grupos recientemente, como las Comisiones Obreras de Cataluña o el SOC maoista en Andalucía. Los representantes de USO en Cataluña llegaron a decir que el os eran como la CNT, pero en serio, afirmación que en modo alguno se podía tomar así. Las peripecias de USO en los últimos tiempos, hasta el presente, son conocidas por todo el mundo.

DE NUEVO LA EDITORIAL ZYX

La situación social y política en el país era tal como la he resumido en las últimas páginas cuando llegué a Madrid en 1966. Tal resumen no podía faltar en este relato. Volviendo ahora a la editorial ZYX después de este inciso, la publicación de la primera edición de *Cuentos Carcelarios* se llevó a cabo en enero de 1968. A los dos o tres meses de estar en la calle el librito Julián Gómez del Castillo, presidente de la editorial, me hizo una proposición insólita: trasladarme a Dos Hermanas, Sevil a, para hablar de anarquismo ante un auditorio de cristianos que celebraban en aquel a localidad unas jornadas de estudios. Acudirían elementos heterogéneos, desde curas jóvenes, que llegarían clandestinamente sin conocimiento de la jerarquía eclesiástica y buen número de elementos seglares, hombres y mujeres, procedentes de pueblos de la provincia de Sevilla. Le dije que le contestaría al día siguiente. Ahí era nada: un anarquista hablándole a

semejante auditorio. Aquel o reflejaba en primer lugar la tremenda impresión que ejercía en aquel as gentes, como ya he dicho, la historia de un movimiento obrero español hasta entonces desconocida para ellos. La historia de ZYX fue semejante a la de otros grupos, sometidos durante este tiempo a cambios y a diversas evoluciones: es indudable que la primera etapa de ZYX se vio grandemente influida por los antecedentes del anarquismo hispánico. Una segunda etapa estaría marcada por la influencia marxista en la editorial, y una tercera, perceptible hasta el final, con predominio de las tendencias consejistas y de autonomía obrera.

Ante la proposición de Gómez del Castil o no dejé de considerar lo que habría hecho en ese caso Anselmo Lorenzo y no tuve dudas al respecto. Imaginé luego el gozo de un Bakunín pudiendo explayar su ideología ante semejante auditorio.

Comenté el caso con los compañeros del grupo Anselmo Lorenzo precisamente y la opinión de todos ellos fue la misma: debía ir. Así que tras un largo viaje llegué al centro de Dos Hermanas donde ya me esperaban. Hablé al í del anarquismo en medio de considerable expectación y se originó un debate que duró cinco a seis horas, sobre todo por las numerosísimas preguntas que se me

hicieron desde todos los puntos de la sala en que nos hallábamos, abarrotada por varios centenares de personas. Alguien aludió a la violencia que ha acompañado ciertas fases episódicas del anarquismo y un joven teólogo, entonces ya famoso en los medios cristianos, afirmó que la violencia era lícita cuando suponía una respuesta a la violencia congénita que domina a la sociedad actual. La curiosidad y el interés de aquel a gente no tenía fin. Me rogaron que me quedara con el os el día siguiente, pero no podía hacerlo y emprendí viaje de regreso a Madrid. Me despidieron calurosamente.

Era el tiempo clave del movimiento cristiano de base defensor de la

«promoción humana”. Entendieron todos mis argumentos.

A poco de este episodio llegó a Madrid con su compañera Abel Paz, de verdadero nombre Diego Camacho, autor de una de las obras más decisivas que se han escrito sobre la guerra civil y la revolución española: *Durruti, el pueblo en Armas*. (16)

Sentados alrededor de un velador mientras tomábamos una cerveza en la calle de Narváez, les referí la aventura de Dos Hermanas. Cuando terminé Abel Paz me miró en silencio y dijo: «Cuando vuelva a Francia

no se lo diré a nadie».

Yo me eché a reír y le dije que podía contárselo a todo el mundo sin el menor inconveniente. Le hice asimismo el relato de este viaje a José Peirats en una de mis cartas dirigidas a su domicilio, en la Llanura de los Astros, Francia. Su respuesta fue diferente: «Grada y yo (Gracia es su compañera) hemos leído lo que nos decías y hemos llorado. Pensamos en las andanzas de los Cordón, Salvochea y otros, en los tiempos heroicos de nuestras ideas en Andalucía».

Poco después de este acontecimiento, que no fue único, porque a partir de entonces y ya hasta el propio relanzamiento de la CNT participé en innumerables charlas, conferencias, mesas redondas, controversias en las que

"el tema central fue siempre el anarquismo, poco después, digo, la editorial ZYX

me hizo el encargo de escribir un libro sobre el anarcosindicalismo español. Lo hice aprovechando una de mis frecuentes pausas en el trabajo de traducción. *La Historia del Anarcosindicalismo Español* (17) la escribí en ocho semanas escasas.

Utilicé la bibliografía de que disponía en aquel momento y di una versión propia

sobre el tema. El libro no representaba un trabajo de investigación original, en primer lugar porque no tenía medios para realizarlo, y luego porque hallándome en la interioridad misma del problema, no necesitaba empezar por hacerme una idea sobre él, para luego tratar de describirlo. En cierto modo mi ventaja estribaba en haber nacido prácticamente en ese medio y en no haber en mí, cuando menos, diletantismo. Es decir, no se trataba del trabajo de un aficionado. Posteriormente, éste y otros libros míos chocarían con criterios de otros autores que se amparaban en doctorados o títulos universitarios y que habían dispuesto para sus trabajos de tiempo libre, becas, o ayudas especiales.

Desde esta posición ellos nos veían a su vez a los demás, a los militantes que desde dentro de los temas hacíamos historia, como aficionados. Se creía que los historiadores «oficiales» tenían sobre nosotros la ventaja de la objetividad, pero ésta no siempre quedó patente porque con frecuencia y en distintos períodos, tras la historicidad y el oficialismo no dejaban de apuntar criterios comprometidos y formas partidistas de hacer la historia. Pero volveré

sobre este hecho más adelante, cuando el orden cronológico de la narración lo reclame.

Escribí pues el libro de un tirón, en medio de una atmósfera hecha de concentración y sueños. El tiempo empleado era casi un record, pero posteriores experiencias me confirmarían en que en circunstancias determinadas y bajo obligaciones imperativas aún se podía hacer mucho más, como demostraré más adelante. ¿Cómo califico este libro, el primero que con carácter general y en su género se hacía en el país en el período franquista? Lo considero un libro clásico en cuanto a su contenido y enfoque se refiere. Se trata de la vicisitud histórica del anarcosindicalismo español vista desde un ángulo objetivamente crítico, el correspondiente a un joven que ya en su sindicato de Oficios Varios de Madrid, en 1938, había levantado su voz contra la colaboración política de la CNT en los gobiernos republicanos de ese tiempo.

¿De qué vivía mientras tanto? Creo que la editorial ZYX me hizo un pequeño anticipo con el que subsistí mientras escribía el libro. Acaso sea menester decir que nunca se me ocurrió venderlo, es decir, reclamar derechos de autor. Dadas las circunstancias extraordinarias y el riesgo asumido por la propia editorial,

sólo consideré entonces el gran mérito y responsabilidad que esta última contraía y la formidable contribución histórica que la edición del libro podía suponer. De manera que en cierto modo me sentí agradecido hacia aquel a gente que así permitía que se relanzara la historia y la dramática vicisitud de un movimiento disperso y sacrificado. La editorial ZYX, luego Zero, haría cinco ediciones de este libro, dos de el as clandestinas -aún no sé por qué-y otra edición en forma de libro de bolsillo, ésta ampliada y corregida, en 1978 (18).

Nunca exigí derecho de autor y sólo recuerdo haber solicitado una pequeña cantidad hacia 1970 en una ocasión difícil para mí. Mi manera de ver las cosas en aquel tiempo me impedía en conciencia demandar ningún derecho. La experiencia me demostraría posteriormente lo problemático que resulta obtener de las editoriales en general los derechos que en rigor corresponden a los escritores. De esta afirmación no habría que excluir a la editorial ZYX tras una oscura suspensión de pagos que llevaría a efectos alrededor de 1979, o antes. Lo que digo del «Anarco», como dio en llamarse al libro en los medios de la editorial, es válido para los demás textos que en el a publiqué, es decir *El Apocalipsis* (1969), *Sociología e Historia* (1973), *La Primera Internacional en España* (1974), sin excluir *La Historia de la FAI* (1977).

Pero no debo olvidar ciertas anécdotas, algunas tragicómicas, que acompañaron la edición de *La Historia del Anarcosindicalismo Español*.

Estábamos en tiempos del Fraga aperturista, quien con su ley de liberalización de prensa inició un proceso que ya no se detendría en el interior mismo del sistema. A pesar de todo en la editorial se esperaba con gran tensión y alarma la decisión final del departamento de censura del entonces Ministerio de Información y Turismo respecto al libro. Este salió adelante en medio del silencio administrativo. Esto significaba que el libro podía ser decomisado en el momento mismo de llegar a la editorial. El silencio administrativo terminaba a las doce de la mañana de uno de los primeros días del mes de enero de 1968.

Había buen número de gente concentrada en la sede de la editorial, que a la sazón ya no estaba en Abel 13, sino en la cal e de Lérida 80, también en Tetuán.

Al llegar las doce sin que se viera el menor vestigio de policía administrativa en el local de ZYX, estal ó un clamor en medio de felicitaciones generales: el

«Anarco» había pasado y el hecho se festejó con el descorche de unas botel as de sidra achampanada, que se consumieron en medio de gran regocijo. El

«Anarco» tuvo una gran acogida y me atrevo a afirmar que constituyó un acontecimiento y marcó un hito en la historia social de ese tiempo. El libro tendría influencia en el relanzamiento del anarquismo, el anarcosindicalismo y las corrientes libertarias en la clandestinidad franquista y en el inmediato período postfranquista. La gente de la editorial puso en 1977 el siguiente comentario en la portada posterior de la última edición en libro de bolsillo ya aludida: «Historia del anarcosindicalismo español llega en nuestra editorial a la 4a edición. Hace ya tiempo, cuando la dictadura estaba en pleno apogeo, este libro fue uno de los primeros elementos de análisis que tuvimos de la verdadera historia de nuestro pueblo. En el a el «Anarco» -como familiarmente se le llamabal enaba la tremenda laguna y el total desconocimiento de uno de los movimientos populares y obreros más arraigado en nuestro pueblo: el anarcosindicalismo. A muchos este libro nos ha servido para comenzar y buscar un compromiso con nuestra historia y con la realidad de explotación de la sociedad establecida.

Algo parecido sostendrían los editores de otra edición del «Anarco», esta vez los de la editorial Aguilera (19). En el curso de los últimos

años innumerables personas, algunas insospechadas, se han acercado a mí para decirme que leyeron en su día el «Anarco» y que el o no había dejado de influir de alguna manera en sus vidas. El o fue suficiente satisfacción para mí y confirmaba, por lo menos, el acierto de haberlo intentado. Pero también era lógico pensar que hubiera excepciones. Raramente se da en algo una aceptación universal.

A ciertos compañeros del exilio no dejó de sorprenderles la publicación del libro. Primero se preguntaron cómo se podía publicar ese texto en plena vigencia del franquismo, y luego cómo y por qué lo publicaba una editorial de origen cristiano. De manera que supongo que incluso me pondrían en tela de juicio. Menos mal que el contenido del libro resultaba intangible, hablaba por sí mismo, incluso desde el punto de vista de la más exigente ortodoxia y no por ninguna otra razón sino porqué respondía simplemente a mis propios criterios.

Pero era explicable. Los compañeros estaban en realidad sólo al otro lado de los

Pirineos, pero estos implicaban de hecho una distancia muy considerable entre ellos y los que estábamos a este lado de la cordillera en el enjuiciamiento y apreciación real de las realidades internas, como veremos claramente más adelante. El formidable proceso en curso de rechazo del franquismo por parte de las nuevas generaciones en todos los campos de la vida nacional, tanto económicos como sociales, políticos y culturales, se les escapaba. Los equívocos provocados por esta situación fueron bastante tenaces, sobre todo por parte de quienes no me conocían personalmente ni sabían que ya en 1945, en lo más crudo del franquismo, había sido uno de los pocos que habían puesto en marcha el Movimiento Libertario FIJL-FAI para garantizar la supervivencia de nuestras ideas.

Este fue el caso de un individuo, a la sazón joven, que ha colaborado en diversas publicaciones anarquistas internacionales. Solía y aún suele asistir a foros europeos donde intervienen militantes de diferentes países pero sin que nunca siga una consecuencia práctica en ningún campo de actividades. Este individuo envió al boletín de CIRA (20) un comentario sobre la *Historia del Anarcosindicalismo* bastante peregrino. Había en el análisis cierta sorpresa ante el desarrollo del libro, bastante ajustado a la ortodoxia anarcosindicalista, según le permitía estimar su conocimiento del tema, pero terminaba con una conclusión insólita: la de que a pesar de todo la maniobra opusdeísta de quien había escrito el libro estaba condenada al fracaso (!) Escribí al boletín del CIRA y la compañera Marianne Enckel , directora de la institución, me contestó pidiendo excusas, dado que tampoco el a me

conocía. Quedó en dar noticias mías al flamante crítico. Este, según me comunicaron compañeros de Francia colaboraba con Ruedo Ibérico y le escribí directamente allí. Imagino que su pasmo ante el chasco debió ser de órdago. Me contestó y no dejó de reconocer su error, pero el resquemor ante el patinazo dado no dejaba de traslucirse en su respuesta en forma de reticencias. De manera que me olvidé por completo de su nombre. Creo que algunos años después-acaso mucho antes-, al darse el relanzamiento de la CNT en el ámbito nacional debió comprender hasta qué punto había perdido entonces una espléndida ocasión de permanecer callado.

En la historia del «Anarco» hubo todavía una vicisitud entre melodramática e histriónica. Esta ocurrió en 1972. Permítaseme el salto cronológico indispensable en este caso para conservar la unidad en las temáticas del relato.

El caso es que en 1972 un individuo llamado José María Aroca, desconocido para mí, publicó en la editorial Acervo, de Barcelona, de orientación fascista, un libro titulado *Las Tribus* (21) en el que el autor describía en una primera parte las andanzas de las milicias confederales por Aragón, en 1936, mientras en una segunda parte «trazaba» el quehacer del anarcosindicalismo en la retaguardia republicana hasta el final de la guerra civil. Compré el libro al ver en la portada una fotografía de milicianos confederales desfilando por Barcelona y debajo, el subtítulo del libro: «Los anarquistas en el frente y en la retaguardia». Picada mi curiosidad leí el prólogo en el que el citado Aroca se presentaba como elemento en su día afiliado a las juventudes libertarias, amigo de Pestaña y de una hija adoptiva de éste, con la que finalmente se acostaba, según el propio Aroca. Esto es la introducción al libro: cuando empieza a hablar de sus aventuras en Aragón con una columna confederal, en la que era «comisario político». Pero antes nos ha dicho que el comienzo de la revolución le produjo una sensación de náusea.

En todo el proceso no ve más que asesinatos de guardias civiles y ataques a monjas. Toda la primera parte, como digo, la dedicada a los anarquistas en el frente, exigió de mí una disponibilidad de paciencia casi heroica. En varias ocasiones estuve a punto de cerrar el libro. Aquel elemento, Aroca, no había visto más que el siguiente espectáculo en Aragón: milicianos locos e indisciplinados, cuando no borrachos. Jefes irresponsables, bacanales, asesinatos sin fin de falangistas, soldados, prisioneros; luego incendios, piras en las que se quemaba a las víctimas. Toda la primera parte era un cuadro macabro y sobrecogedor de destrucción y muerte. No había otra cosa en el panorama descrito por aquel individuo. Cerré el libro al finalizar la

primera parte con verdaderas náuseas.

Mari, de quien también hablaré, me las vio en el rostro.

No sé qué fue lo que me hizo reabrir el libro en la página siguiente. Allí leí: Segunda parte. Crónica política del anarcosindicalismo durante la guerra civil (22). Con gravísimas aprensiones leí las siguientes palabras: «En Barcelona, el

anarcosindicalismo se impuso desde las primeras horas» Diablos, dije para mí, y continué: «Las tropas se habían lanzado a la calle y acampado en las plazas de España, Universidad y Cataluña, a la par que ocupaban los principales edificios. .

(23) Me interrumpí, pasé casi nerviosamente a la página final y allí, como culminación del libro se habla de Julián Besteiro, un estoico junto a otros estoicos, que quedaba en Madrid, mientras en el 4 de abril una gran conmoción sobresaltaba a los fugitivos del puerto de Alicante, donde entraban las unidades menores de la escuadra nacionalista. Y el final: «Por otra parte, el día 1 de abril el ejército vencedor había dictado el último parte: la guerra había terminado»

(24). Sin todavía acabar de creerlo pasé las hojas, comprobé los capítulos, reconsideré el texto. Quedaba claro: aquel individuo había incluido como segunda parte de «su» libro mi texto íntegro correspondiente al anarcosindicalismo español durante la guerra civil desde el alzamiento militar hasta la publicación del último parte de guerra franquista. El sujeto había metido mi texto íntegro, sin cambiar una sola coma, en total ciento cinco páginas. Lo canallesco del caso es que había acoplado mi texto objetivo sobre el quehacer anarcosindicalista en la retaguardia, con su protagonismo incontestable en la Revolución Española, a su nauseabunda primera parte referente a la actividad anarquista en el Frente de Aragón, donde por supuesto no había visto una sola de las quinientas colectividades creadas por los revolucionarios: sólo asesinatos, indisciplina, vesania.

Al día siguiente informé a la editorial ZYX y me aconsejaron que procediera contra el plagiario. Lo primero que hice fue comunicar el monstruoso plagio a la editorial Acervo, rogándoles que entregara mi carta al autor de *Las Tribus*. El título respondía precisamente a la denominación que el comunista catalán Comorera había adjudicado a las columnas confederales, en el contexto de la lucha a tres bandas que se daba en el país entre fascistas, revolución y contrarrevolución, señalada ya por Payne en su *Historia de la guerra civil* (25).

Imagino que apenas leída mi carta, los encargados de la editorial Acervo empezarían a ver claro ciertas cosas, como era, por ejemplo, la inexplicable y abismal fractura entre la primera y la segunda parte de *Las Tribus*. Tan absurda resultaba la contraposición de ambas que al comienzo de la segunda parte y en

nota a pie de página (26), la editora ponía de relieve la diferencia de los contenidos, justificándola por el hecho de que al estar el autor todo el tiempo en el frente viendo los horrores ya aludidos, era imposible que pudiera tener una visión objetiva de lo que había sido el dominio anarcosindicalista en la retaguardia republicana. Mi texto resultaba tan positivo en general que los editores se veían obligados a aceptar que de cualquier modo había habido algunas cosas favorables por parte de los anarcosindicalistas, dentro del contexto de sus desaciertos y errores fundamentales. De manera que en esta historia también había una nota jocosa.

Al cabo de varios días recibí una carta de Aroca. El hombre me pedía disculpas y me «invitaba a resolver el asunto» personalmente, sin l egar «a más». A los dos días recibí otra carta del mismo Aroca en la que volvía a manifestar la misma salida a la cuestión. Deduzco que pretendía neutralizarme con alguna compensación, acaso por consejo de la editorial. El abogado a quien consulté, Jaime Gil Robles, me aconsejó proceder por vía legal de inmediato.

Me fui a casa pensándolo y me sentí asaltado por fuertes escrúpulos.

¿Cómo podía yo denunciar a una persona, que acaso y de resultas podía ir a parar a la cárcel? Llegué dispuesto a renunciar a la alternativa de la denuncia, sin saber qué actitud adoptar. Una vez en casa tomé en mis manos Las Tribus, empecé a releer el drama de la primera parte y el furor se apoderó de mí nuevamente. Ya no me acordé siquiera de la segunda parte, escrita por mí y añadida a su repugnante panfleto. Entonces decidí proceder contra él con todas las consecuencias. Al fin y al cabo la justicia franquista sería benigna con él.

Todo lo más tendría que pasar algún mes en la cárcel. Yo había pasado casi quince años por luchar en favor de la libertad. Una pequeña temporada en la sombra no podía venirle mal a aquel desvergonzado. De manera que procedí. El Aroca fue citado a comparecer -considerando que realmente le citaran-y posteriormente se nos informó de que no se había presentado. Ya nunca más volví a hablar de él. Vagamente me llegó la noticia de que se había marchado de España. Ya no me preocupé más del caso y supongo que la causa

sería archivada. También supe que Las Tribus había sido comercializado en América.

Algunos estupefactos compañeros de por aquel as latitudes me hablaron del

libro. Yo les informé. Doy por sentado que los posibles lectores del mismo no podían llegar sino a considerar las extrañas características y contradicciones del anarcosindicalismo español. Pero el hecho me hizo asimismo considerar hasta qué punto una cierta mafia operaba dentro, por debajo o por encima del honorable campo de las artes gráficas. Posteriormente no me faltarían razones para dar una base tangible a este criterio.

Notas

(16) *Durruti: le peuple en armes*. Editions de la Tete de Feuilles, Paris, 1972; edición española de Bruguera en 1978; autor asimismo de Paradigma de una revolución, 10 de julio de 1936 en Barcelona, París, 1967.

(17) *Historia del anarcosindicalismo español*; ed. ZYX, 1968, Madrid, segundo de los libros míos publicados en esta editorial.

(18) Historia del anarcosindicalismo español; Edición corregida y aumentada con Epilogo hasta nuestros días: *La España del éxodo y el llanto*, que comprende hasta el relanzamiento de la CNT en 1975.

(19) Editorial Aguilera, Padilla 54, Madrid. También esta edición llevaba Apéndice 1936 - 1977.

(20) Anagrama de Centre International de Recherches sur l'Anarchisme, Centro Internacional de Investigaciones sobre el Anarquismo, con sede en Ginebra.

(21) José María Areca: Las Tribus. Los anarquistas españoles en el Frente y en la retaguardia; Ediciones Acervo, Padua 95, Barcelona, 1972.

(22-24) Las Tribus, p. 121.

(25) Stanley Payne: La Revolución Española. Ed. Ariel, Barcelona, 1970.

(26) Las Tribus, p. 123.

MARI: MI UNIÓN CON ELLA

Llegado este momento, a esta altura del relato he de hablar de Mari. He dicho que desde mi llegada de Valencia, y ya prácticamente en lo sucesivo, hice o alterné trabajos diversos: las traducciones, el de redactor para ciertas empresas editoriales de las que también hablaré, y el de profesor de idiomas.

Durante dos o tres años di lecciones de francés y de inglés. Por haber hecho la escuela en Francia mi francés es perfecto y mi inglés, aunque no tanto, rayaba a buena altura, sobre todo en el conocimiento académico del mismo. Según las épocas, tales clases las daba en mi casa de la calle de Menorca o a domicilio, o en academias y casas de otras personas. En ocasiones llegué a simultanear estas tres formas. Era un trabajo duro que me exigía gran esfuerzo, sobre todo por que en ocasiones tenía problemas con la garganta. Hallándome flojo de trabajo leí un anuncio en el periódico por el que se solicitaba un profesor de inglés en la cal e de Menéndez Pelayo, muy cerca de mi propio domicilio. Me presenté a la mañana siguiente. Me abrió la puerta una mujer extraña, y con aspecto de no regentar una academia precisamente. Noté asimismo el carácter estrafalario del vestíbulo, empapelado con colores chillones que casi agredían la mirada. El caso es que llegué a un acuerdo con la mujer, Nieves se llamaba y empecé de inmediato las clases con un grupo de cuatro chicos de doce a una de la mañana y con una chica y un chico de seis a siete de la tarde. A los dos días de estar allí Nieves me dijo que iba a presentarme a una joven que a partir del día siguiente tomaría una clase de inglés de siete a ocho. La joven estaba allí y se llamaba Mari-Carmen. Tenía treinta años, pero era de apariencia aniñada y de contextura frágil. Empezamos al siguiente día normalmente. Mari, como llegaría a llamarla en lo sucesivo, trabajaba en una pequeña empresa de recambios automovilísticos y ya tenía conocimientos de inglés. Su interés era grande y no se manifestaba en modo alguno inhibida, manifestando mayor madurez de lo que reflejaba su juvenil presencia externa. Todo fue bien hasta que al llegar el fin del mes me di cuenta

de que iba a tener dificultades para que Nieves me

pagara. Esta era soltera, me entretenía con exceso una vez acabadas las clases hablándome de cosas sin mayor interés. Mi madre y la tía Gregoria me animaban a cultivar su favorable predisposición, pero la verdad es que aquel o exigía una vocación de sacrificio un tanto excesiva por mi parte. Además, el hecho esencial es que Nieves no cumplió lo acordado en lo que a remuneración se refiere y lo dejé. Tuve que comunicárselo a Mari, que lo sintió. Creo que era a finales de septiembre de 1967. Bajamos juntos a la cal e y la acompañé un trecho del camino en dirección a la parada del autobús nº 26, que la dejaba en Tirso de Molina. Ella vivía en la calle de Toledo. Antes de llegar nos despedimos.

Por última vez la llamé Miss Mary, tratamiento de circunstancias que había adoptado y que la hacía reír. Regresé a casa pensando que una vez más tenía que rehacer mis planes en la dura lucha por la supervivencia. Unos días después, Arturo del Hoyo, de la Aguilar me confió sucesivamente las traducciones de dos obras de Louis Bromfield, *Possesion* y *From my Experience* (27), trabajo que hice con verdadero placer, además de que me liberaba de una incertidumbre que ya no dejaría de planear sobre mi vida en lo sucesivo.

En octubre, a los quince días de interrumpir las clases, Mari me escribió una carta atentísima para reiterarme su sentimiento por la anulación de las clases, ya que estaba contenta con mi sistema de enseñar. Me rogaba que si alguna vez volvía a dar clases se lo hiciera saber, porque, en ese caso tendría mucho gusto en volver conmigo. Le puse unas líneas de agradecimiento, pues me enviaba su dirección y los teléfonos de su casa y su trabajo. Luego me sumergí de nuevo en Bromfield.

En este tiempo murió la entrañable tía Gregoria a los noventa y dos años y mi madre y yo nos quedamos solos en el piso. Terminé de traducir *Possesion* (*Dominación*) y llegamos al final del año. Cerca de las navidades recibí una tarjeta de felicitación de Mari. La llamé por teléfono y quedamos en vernos. Nos reunimos en la plaza de Tirso de Molina, Madrid, y nos sentamos en una cafetería cercana. Ahora ya sé que a la sazón yo era un raro ante sus ojos. Un individuo mayor, al parecer soltero, aficionado a la literatura, a primera vista un tanto hermético. Pasamos un par de horas juntos. Su padre era un profesional de banca que aborrecía su trabajo y se sentía atraído por las letras; era un

poeta y narrador que había publicado algunos trabajos. Mari sentía

adoración por su padre. Además de la madre, Mari tenía también dos hermanas, ya mujeres, asimismo aficionadas a la literatura. Nos vimos de nuevo a la siguiente semana y entonces le regalé mis *Cuentos Carcelarios*. Le conté toda la historia de mi vida, lo que aquí he narrado sobre la marcha, sin omitir nada: las ideas, Belisa, el hijo, la cárcel, la separación. Pensé que iba a salir corriendo en cualquier momento, pero no, seguía mi narración ensimismada, sin decir una palabra, con los ojos bril antes, intentando desentrañar aquel a rareza indiscutible que el a había adivinado en mí no sé por qué. Nos separamos con el compromiso de llamarnos de nuevo. Pensé que ya no volvería a saber de el a.

Pero me llamó, y ya no dejamos de vernos hasta que unimos nuestros destinos.

En su casa estaban sorprendidos e inquietos. Ella no ocultó que salía con su antiguo profesor, un hombre de historia increíble y que le llevaba dieciséis años.

A las dos o tres semanas, vino con una hermana que le seguía en edad, quien me escrutaba mientras hablábamos. Aquel a avanzadil a familiar se marchó favorablemente impresionada. Pero el problema seguía. Se trataba de una familia de la clase media baja, liberal y creyente. ¿Y quién era yo? Un desconocido que para empezar decía haber pasado casi quince años en la cárcel, que pertenecía a un clan bastante raro que pretendía cambiar el mundo de forma radical, trastocándolo de abajo arriba. Además, un individuo en el que se daban otras anómalas coincidencias: había vivido con una mujer que le había dado un hijo, que a la sazón contaba ya diecinueve años. Luego salía de la cárcel, vivía cuatro años con ella y la dejaba. Y además, y éstas eran consideraciones del padre y de la madre, ¿quien garantizaba que fuera verdad cuanto decía?

¿Quién decía que no estuviera casado, que no hubiera cometido delitos graves que justificaran los quince años de cárcel, porque éstos eran demasiados años, de cualquier modo?.. Mari creyó en mí desde el primer momento.

Decidió apostar por mí sin reserva alguna, con todas sus consecuencias. La muchacha frágil en apariencia, que no en la realidad, se lo jugó todo a una sola carta. Y se jugaba mucho porque yo no podía ofrecerle sino un porvenir

problemático, cargado de interrogantes. Cuando subí a su casa de la calle de Toledo, la familia me dispensó la misma acogida favorable.

Poco después mi madre enfermó de tuberculosis y fue internada en un sanatorio de la sierra madrileña, de manera que me quedé solo en casa. Pasó tiempo y Mari y yo decidimos unirnos. Pero, ¿qué unión? Por supuesto yo seguía siendo partidario de la unión libre, y aún lo soy hoy, pero mi ya considerable relación con Mari me había hecho conocer a fondo su mentalidad.

Acaso hubiera podido llegar a una solución semejante a mi experiencia anterior, pero hubiera tenido que doblegarla. Sus creencias eran en parte semejantes a las de mi madre: una fuerte concepción cristiana deísta, pero más unida a sus representaciones institucionales en el mundo. Por respeto a sus convicciones y a su denodado valor al aceptarme, cedí en las mías. He dicho que el balance entre lo que dimos y recibimos ambos se inclinaba abrumadoramente de su parte y no dudé en el momento de decidir. La posibilidad de un matrimonio civil estaba excluida en aquel tiempo. Por otra parte, hasta entonces este dilema no había tenido solución para infinidad de compañeros a quienes las circunstancias habían obligado a contraer matrimonio canónigo. Incluso muchas parejas unidas libremente tuvieron que aceptar aquella solución, dadas las complicaciones que la legislación franquista originaba tanto para los niños como para la supervivencia de las propias familias. Los no casados se encontraban con que no podían cobrar los puntos o, por decirlo de otro modo, los subsidios familiares previstos en las leyes. Los compañeros hicieron de tripas corazón y se casaron porque no podían estar solos en medio de la corriente, sin por ello ceder en sus convicciones personales más sinceras. ¿Se planteaba aquí una cuestión de principios? Evidentemente sí, pero hay que tener en cuenta que ya estaba planteada desde los primeros meses de acabada la guerra civil, pues los reglamentos de prisiones aplicados estrictamente en los mil ares de cárceles establecidas en la geografía del país, exigían la asistencia obligatoria de los presos a la misa dominical y de días festivos. Primero a los presos anteriores (delitos de guerra), y luego a los posteriores (delitos de asociación clandestina) nos formaban obligatoriamente los domingos por la mañana y al son de tambores y cornetas nos hacían desfilar por los patios y entrar formados en las

iglesias para asistir a las misas. En determinado momento, a toque de corneta y en los momentos culminantes de la liturgia teníamos que arrodillarnos, hasta que otro toque nos ponía de nuevo en posición erecta. Yo estuve por espacio de casi quince años asistiendo, como el resto de los presos, a tales celebraciones.

Creo que fue en 1963 ó 1964, después de mi salida de Burgos, cuando la población penal obtuvo un estatuto de libertad de conciencia, lo

que les permitía o no asistir a las celebraciones religiosas.

Los problemas de conciencia tenían su origen en esta situación y se nos presentaban en los primeros tiempos. Algunos compañeros llegaron a hablar de rebelión contra los reglamentos, formaciones y actos religiosos. Consideraban que si decidíamos no estar en las cárceles, no querer estar en las cárceles, no hubiera habido fuerza humana capaz de mantenemos al í. Esto era cierto, como demostraron hace algún tiempo los prisioneros del Ulster que llegaron a morir por mantener ciertas actitudes. Pero no lo era menos lo de quienes afirmaban que el o hubiera significando nuestra destrucción, es decir, había que disponerse a morir, a ser eliminados, porque las cosas no son como nosotros las queremos muchas veces. Habíamos perdido una guerra, habíamos aceptado la condición de vencidos y ello implicaba el sometimiento y la humillación. Al no haber asumido la numantina decisión de morir antes de la rendición de abril de 1939, no tenía sentido intentar aplicarla posteriormente en los presidios franquistas. Los compañeros acabaron considerando que debíamos acumular la suficiente fortaleza para sobrevivir y, llegado el día, recobrar la libertad.

También se llegaba a la conclusión de que los hombres y los pueblos no pueden estar siempre en tensión, a un nivel sublime, por el hecho simple de que el o no forma parte de la naturaleza humana.

Esta disquisición no explica el problema, ni mi decisión respecto al mismo. Lo hice exclusivamente por Mari porque para el a tenía un significado. El acto de pisar una iglesia había dejado de tener para mí la menor significación ritual.

Había pisado el umbral de las iglesias carcelarias más de ochocientas veces en el curso de mi reclusión y el acto de ir «una vez más», en aquel nivel de los tiempos, tenía para mí el carácter de una formalidad rutinaria en cierta manera similar a la de llenar las previsiones de la seguridad social o del carné de

identidad. Visto el problema desde este pasado, lo que hice por Mari fue bien poco. Quizás el a había ganado ya el primer día que me conoció por la desmesurada y ciega confianza que puso en mí. Quince años después, 1982, seguimos ambos en la misma tesitura. Ahora bien, hubo una transacción: al cura le informaron de mi caso y me ahorró pasos enojosos. Todo lo que hice fue presentarme el día indicado en el sitio indicado para el trámite final, cumplido el cual Mari y yo nos trasladamos a la calle de Menorca n° 22 donde iba a iniciarse una nueva etapa de nuestra vida.

Posteriormente, ya en el tiempo primigenio del relanzamiento anarcosindicalista, algún joven me manifestaría su extrañeza por el hecho relatado. Les dije que se trataba de una postura personal ante una situación concreta y que mi visión profunda del mundo no se había modificado en lo más mínimo.

Amigos de otros campos también se equivocaron. Hacia 1979, Carlos Díaz, prolífico autor de temas libertarios de quien me ocuparé con posterioridad por otras razones, me criticaba en la revista *Historia Libertaria* por mi manera de enfocar lo cristiano cuando en otro tiempo mi postura había sido más dúctil y favorable, a raíz precisamente de casarme con una cristiana. Le hice ver en el número siguiente de la revista que mi consideración no era hacia lo cristiano, pues participaba y sigo participando en este punto de las opiniones de Nietzsche y de Stirner, sino hacia los cristianos concretos de base a quienes una iglesia responsabilizada en la cruzada franquista llenaba de angustia y resquemor y empujaba a la rebelión contra el constantinismo. Precisamente esa responsabilidad compartida que nos forzaba a asistir de forma obligatoria a los oficios religiosos rutinarios y desvalorizados fue lo que me permitió un día asistir «una vez más" (y ya nunca más) al objeto de obtener un "certificado»

para inaugurar una vida nueva al lado de Mari sin prácticamente problemas de conciencia.

Nota

(27) Louis Bromfield, Obras Completas, tomo V, Aguilar, 1968.

LA CUESTION DEL CINCOPUNTISMO

Por este tiempo intervine en la cuestión del cincopuntismo, es decir, la motivada por conversaciones mantenidas por militantes de la CNT en Madrid con elementos de la Organización Sindical del régimen, tema éste suscitado durante mi estancia en Valencia. No se trataba en realidad de individuos de la línea de mandos, sino más bien intelectuales, periodistas adheridos a la central nacional-sindicalista. No obstante, las conversaciones habían asumido un carácter oficial, al menos por parte de un sector de la CNT constituido en aquel momento y habían levantado un clima polémico. El proceso no era en general muy conocido y ello dio lugar a una gran confusión, sobre todo fuera de España.

Llegaron entonces a mis manos dos números de la revista *Comunidad*

Ibérica, editada por Fidel Miró en Méjico (28) en los que se hacía una exposición favorable al pacto ya aludido. Creo que ésta se debía a compañeros exiliados, los cuales, desde la lejanía no comprendían la problemática y daban su visto bueno a algo que, según se les daba a entender desde Madrid, podía contribuir a forzar una apertura del régimen franquista. Ante la confusión reinante envié un artículo a Fidel Miró, quien lo publicó en el número 32 de *Comunidad Ibérica* (29). Intenté al í desmontar la argumentación de los favorables al pacto y presenté una visión diametralmente opuesta al mismo. Yo les decía que acaso los trabajos de apoyo moral anteriores publicados en la revista podían tener sobre todo, aparte de ciertas razones socio-ideológicas, una motivación sentimental. Salía luego al paso de que tanto los autores del pacto como quienes los apoyaban aquí fueran presentados genéricamente como «los compañeros de España» o «los que están allí, en el interior» o, más precisamente, como la «militancia confederal de Madrid». Yo afirmé algo que respondía a la verdad, es decir, que los partidarios de las conversaciones tendentes al pacto constituían franca minoría, aunque la «coherencia que puede reflejar el agrupamiento alrededor de una actitud determinada, muy espectacular, por cierto, así como las facilidades para reunirse que se les daban, pueden dar la falsa impresión de una preponderancia». De aquí infería que la cobertura y el apoyo incondicional que se daba a aquel grupo identificado con

«la militancia en general» significaba una grave falta de consideración para los

mil ares de hombres dispersos que jamás confiaron en la colaboración ni en el diálogo apuntado, ni en la posibilidad de una democratización espontánea o inmanente de las instituciones franquistas, incluidas la organización sindical. La mayoría que estaba en contra, decía yo, creía que no podía haber garantía en ninguna ley promulgada por el régimen franquista, porque era un flagrante contrasentido que el Estado pudiera «dictar» una ley sindical y que de ese

“dictado” pudieran derivar la democratización, la autonomía y la libertad de los sindicatos oficiales.

Luego citaba yo en el artículo las declaraciones del ministro Solís en el Club Internacional de Prensa el 1 de noviembre de 1967 en contestación a una pregunta sobre el sindicalismo español. Dijo el ministro: «El sindicalismo español no quiere una independencia política porque ello sería renunciar a sus mejores conquistas. Los sindicalistas queremos seguir formando parte del concierto político en bien de una patria mejor. Somos una de las partes mas importantes del

concierto político en bien de una patria mejor. Somos una de las partes más importantes de la participación del pueblo en la política». Con anterioridad Solís había dicho “Prácticamente el sindicalismo español está configurado. No hay sino perfeccionarlo». La designación unas semanas antes de 150 nuevos procuradores en cortes, confirmaba la vocación estatista del sindicalismo vertical integrado. A mi juicio y al de los compañeros que mayoritariamente lo compartían, los cinco puntos nacieron en un momento coyuntural de dificultades para el régimen franquista, con las fuertes presiones de la OIT y del Mercado Común y su cláusula política del Tratado de Roma.

Ponía luego de relieve que no se darían concesiones espectaculares y que los cinco puntos propuestos en Madrid por militantes de la CNT, quedarían trasladados a las calendas griegas, pese a su ensalzado realismo En fin, tras un largo análisis de la situación conflictiva dada en numerosas empresas, que ya desbordaba los cauces legales, llegaba una definición de los cinco puntos y de lo lejos que se hal aban en realidad de los contenidos confederales. Los había definido ya en otra parte como la consecuencia de un largo proceso de degeneración-corrupción iniciado durante la guerra civil española con la intervención gubernamental de la CNT. Contraponiéndolos al sentir

reivindicativo que manifestaban ya incipientemente los trabajadores en la cal e, los cinco puntos se caracterizaban en lo fundamental por los siguientes rasgos: Por un lado, Primero :

a) Era un sindicalismo esencialmente reformista.

b) Eludía clarificar el problema de la lucha de clases, cuando no lo negaba del todo.

c) Creía fundamentalmente en el diálogo y en el desarollo democrático, por inmanencia, de las propias instituciones franquistas.

d) En consecuencia, había perdido el contacto vital con las masas trabajadoras.

e) Sentía veleidades de integración a todas las estructuras de la sociedad capitalista -sociedad no integrada, irreconciliada-y a todos los niveles. Era integrador y colaboracionista. Desconocía el carácter del capitalismo actual.

f) Sentía la veleidad de integrarse a todos los niveles en los centros estatales o gubernamentales donde se producen «las decisiones de poder».

g) Se hallaba enfeudado a una solución continuista de la situación que hal aría su desarrollo máximo en una especie de Estado sindical, aséptico y libre de toda realidad de grupos o partidos políticos.

Esta visión, enmarcada en el contexto de la Central Sindical Única podría conciliarse con las declaraciones del ministro Solís, mas entonces y por otro lado, tendríamos: Segundo:

a) Ese sindicalismo no podría ser radicalmente independiente ni autónomo respecto a las estructuras capitalistas, de las instituciones ni del Estado.

b) No sería libre ni democrático. Por tanto no podría conquistar el derecho a administrarse libremente, a darse sus propias formas orgánicas, o a regir su cuantioso patrimonio sindical, extremos éstos previstos en los cinco puntos (30).

Terminaba el trabajo afirmando que en aquel momento el tema del pluralismo político era ya desbordante en la España en que vivíamos. El tema era omnipresente en los periódicos y en las revistas. Por eso deducía yo finalmente que la vida sindical y política en nuestro país iban indisolublemente ligadas y que si había aperturas y libertades democráticas éstas existirían para todas las manifestaciones de la vida del país. Como colofón, las indispensables conquistas democráticas no se conseguirían en la espera, en la pasividad.

«Porque la espera es el continuismo, o lo que es igual, el franquismo» (31). Otra conclusión, precisamente la final, era la de que «la pluralidad política determinaría necesariamente la pluralidad sindical».

Era la primera vez que desde España l egaba una clara respuesta crítica al cincopuntismo incubado en el interior. Esta respuesta tuvo amplia repercusión.

En el número siguiente de “Comunidad Ibérica» el editorial de la revista se hacía eco de estos planteamientos y en lo sucesivo, la influencia cincopuntista que hasta entonces había sido importante en ciertos ámbitos del exterior, prácticamente desapareció, al menos en su espectacular proyección anterior.

Los ecos de esta nueva situación fueron apareciendo en las páginas de *Comunidad Ibérica* y algo ayudaron a que compañeros como Abad de Santil án y Pedro Herrera, y otros, reajustaran profundamente sus criterios. Por supuesto que el exilio confederal en Francia y en otros puntos había puesto de inmediato la proa al intento cincopuntista en

estas líneas brevemente analizado.

Notas:

(28) Números 30 y 31 correspondientes a los meses finales de 1971.

(29) El trabajo se titulaba “Carta abierta a Fidel Miró sobre el problema sindical español, con intentada objetividad”.

(30) Número 32 de *Comunidad Ibérica*, correspondiente a los meses de enero y febrero de 1968.

(31) Publicado en 1969 en Paris.

EL MAYO-JUNIO FRANCES Y EL EUROCOMUNISMO

A TRAVES DEL GRUPO ANSELMO LORENZO

El mayo-junio francés tuvo una gran repercusión en este país, como lo tuvo universalmente. La oleada libertaria promovida por los acontecimientos gestados en París, tenían que llegar por fuerza hasta aquí y condicionar muchas cosas. Su influjo fue muy considerable en la universidad, en el mundo del trabajo y en el editorial. Apareció la obra de Carrillo, «Nuevos Enfoques», que pretendía dar una versión nueva de los gigantescos problemas del paso al socialismo y una imagen renovada del partido dirigente. Fue entonces cuando el Grupo Anselmo Lorenzo elaboró un estudio: Manifiesto Libertario, cuyo subtítulo era: Problemas presentes y futuros del sindicalismo revolucionario en España (32).

Lo enviamos a Francia para su impresión. El Manifiesto suscitó algunas reservas, como ocurría en general con los planteamientos hechos en el interior, lo que ya he manifestado. Pero para empezar en el Manifiesto hacíamos también una exposición teórica clásica y original al mismo tiempo. Releído doce años después de su elaboración, sorprende por la justeza de gran parte de sus análisis, empezando por la sociedad consumista y las previsiones de ésta en la España postfranquista a la que se aludía. Los peligros de una integración al sistema de los partidos de la izquierda, efectuada ya

hoy, estaban previstos en los análisis del Manifiesto. Este preveía una serie de alternativas dentro del movimiento obrero. Se tocaban los problemas que empezaban a preocuparnos en aquel tiempo sobre la unidad o la pluralidad de los sindicatos obreros. El partido comunista ya había puesto en marcha por entonces su estrategia unitarista y empezaba a operar sobre el tinglado de los sindicatos verticales, trabajando desde dentro de los mismos e intentando preparar las condiciones para la central única, que al fin consiguieron en Portugal, con la revolución de los Claveles. Nosotros defendíamos como alternativa una alianza Sindical

Generalizada sin jerarquización ni burocratismo, profundamente federalista y democrática; o en su lugar esa misma alianza con corrientes plurales de base susceptibles de iniciar una gran obra autogestionaria sobre la base del control del patrimonio sindical, que introduciría un sector económico cooperativo y socializado y sería administrado por los trabajadores. Preveíamos las dificultades del intento que, de no realizarse, debería significar la potenciación de las centrales sindicales en su acción plural y entre ellas, la de la CNT. En el Manifiesto se tenía en cuenta la historia de la Internacional en nuestro país en el siglo pasado desde su iniciación. Desde 1870 hasta finales de siglo, los descendientes de la Federación Regional Española (Internacional Hispánica) asumieron otras tres denominaciones, si bien los contenidos libertarios, que llevaban el germen del sindicalismo revolucionario o anarcosindicalismo, se mantuvieron en lo esencial iguales a sí mismos. Es decir, para los compañeros del grupo Anselmo Lorenzo lo importante era asegurar la pervivencia de los principios.

Dentro de la misma línea de preocupaciones de cara al futuro, se definía el papel del anarquismo dentro de la izquierda en ese período. Era el momento universal de la Nueva Izquierda potenciada de algún modo por Marcuse y otros teóricos izquierdistas. Entendíamos que la Nueva Izquierda aparecía como alternativa a la vieja izquierda la conocida tradicionalmente, la integrada en todas las variedades del capitalismo democrático occidental, y a la otra izquierda tercerista (partidaria de la tercera internacional), que había confirmado las presunciones anárquicas de que cualquier intento de llegar a la sociedad sin Estado y sin clases por la conquista del Estado era una contradicción en los términos que sólo podía llevar a nuevos tipos de sociedades totalitarias. La historia de los últimos sesenta años, hasta las experiencias de Hungría. Checoslovaquia y últimamente Polonia (1982), así lo confirmaban. Entonces era necesario poner en marcha un nuevo proyecto revolucionario para la izquierda que incluía el rechazo de los sectores totalitarios. Vivíamos con fuerza el síndrome

del mayo-junio francés y teníamos a la vista la hostilidad del PC francés hacia la extrema izquierda estudiantil, intelectual y obrera, que con su defensa del «orden» ayudó a De Gaul e a

restaurar una situación que los acontecimientos habían desbordado. En el Manifiesto se defendía la postura sostenida por sectores anarcosindicalistas de la CNT a partir de 1934 respecto a un plan inequívocamente revolucionario para todo el proletariado, muy bien definido por Orobón Fernández. Se propugnaba en el Manifiesto la postura oroboniana de la Democracia Obrera Revolucionaria, es decir, la voluntad mayoritaria del proletariado, sin partidos guías ni Estados transitorios destinados a frenar el proceso revolucionario, el cual implicaría la socialización inmediata de la producción y el control de la misma en régimen autogestionario.

En realidad entreveíamos la Nueva Izquierda como una fuerza anárquica de impulsión. La Nueva Izquierda no podía ser sino antiautoritaria, debía actuar como un fermento, como elemento permanente de impregnación. A la sazón ya se reconocía por parte de todos que un sedimento anárquico es necesario para que la sociedad se renueve de modo constante. Los regímenes marxistas-comunistas, decíamos, que erradicaron las corrientes libertarias «se mutilaron a sí mismos, privándose de centros dinámicos de impulsión dialéctica y de crítica viva. En verdad el anarquismo es lo que le falta al marxismo para realizarse, una especie de conciencia lúcida e insobornable» (33). En realidad, la Nueva Izquierda, expectativa para un momento determinado pronto se desvaneció.

Era un fermento anárquico que hoy aún permanece vivo en movimientos marginales como el feminismo, el ecologismo y el pacifismo.

En el Manifiesto del grupo Anselmo Lorenzo se hacía asimismo un análisis actualizado del marxismo. En ese tiempo había aparecido «Nuevos Enfoques», de Carrillo. Fue un elaborado intento de «aggiornamento», pero fallido, porque la mentalidad y la educación de Carrillo eran todavía estalinistas-leninistas, como lo era su práctica en los organismos decisorios del partido. En Nuevos Enfoques se proponía también un tránsito global al socialismo, pero de una forma peculiarmente programada. En el texto se ofrecía una muestra acabada de la filosofía dirigentista y se confirmaba en los análisis que la teorización política del marxismo es absolutamente primitiva porque continúa las tradiciones autoritarias de toda la historia conocida: ciertamente, se tendía a una transformación de las relaciones económicas hacia formas colectivistas,

pero éstas se encuadraban dentro de relaciones estatistas y jerárquicas dominadas por una noción fundamental: los estamentos «dominantes y dirigentes». La relación de contigüidad entre dos vocablos aparecía constantemente en el texto de Carril o. Este ofrecía la posibilidad de paso al socialismo por vía de colaboración de grupos o partidos plurales, que constituirían la fuerza «dominante» si bien, precisaba Carrillo, una vez establecido el nuevo sistema, el Partido Comunista, por ser el partido marxista-leninista de la clase obrera asumiría la responsabilidad de dirigir la edificación del socialismo. Y afirmaba seráficamente que los colaboradores en la nueva construcción «deberían» comprender que ello estaba en la "naturaleza de las cosas". Aquí es donde Carrillo hacía delicadas maniobras para conciliar las fuerzas dominantes y las dirigentes, los grupos dominantes y el partido dirigente. Tales disquisiciones se encaminaban a no asustar a los grupos

«dominantes» colaboradores, pero como se decía en el Manifiesto, mucho más explícito, «tan alambicadas reflexiones no aciertan a encubrir esta verdad: domina el que dirige» (34).

El Manifiesto se preguntaba sobre la posibilidad de una desmitificación de ese automitificarse que son precisamente todos los textos del marxismo-leninismo. ¿En razón de qué la mitificación marxista-leninista si todos los regímenes inspirados por el a han terminado hasta el momento en sociedades totalitarias? Tras afirmar las dificultades del empeño carrillista, por aquello de que todo lo que es tiende a ser, algo que conocemos desde los tiempos de Parménides (por lo que el autoritarismo tiene a perpetuarse y a crear las condiciones de su supervivencia), se apuntaba sin embargo que el policentrismo que se acentuaba ya entonces, 1969, dentro del comunismo, como consecuencia de los antagonismos nacionales de algunos países comunistas, podía considerarse como una mutación. Al í estaban entonces para demostrarlo los casos de Yugoslavia y Checoslovaquia. Y también el caso chino y el albanés.

"La mutación es un fenómeno histórico y biológico de observación frecuente. La iglesia romana ha experimentado también profundas mutaciones" (35). Las mutaciones se han confirmado en estos días. Las crisis dentro del partido comunista italiano y dentro del español, con las numerosas escisiones,

impensables en aquel tiempo, lo ponen de relieve. Pero la mitificación dirigentista sigue siendo el obstáculo esencial para la democratización genuina de ese partido y de cualquier partido. Gran parte de la gente que se sumó al PCE en la clandestinidad y empezó a oír hablar de

democracia fue en buena medida el origen de esa mutación porque se creyeron a pie juntillas el contenido radical del vocablo democracia. Pienso hoy, a los doce años de la redacción del Manifiesto, que fue una contribución importante. Y es útil constatar en qué medida se han cumplido -o mejor repetido-lo que en la fechas del mayo-francés eran sólo previsiones de futuro. Además de ese mayo-junio, en agosto de 1968 las tropas soviéticas y del Pacto de Varsovia habían aplastado la llamada primavera de Praga La previsión marxiana del *Manifiesto Comunista* relativa a la desaparición progresiva del Estado se esfumaba en el horizonte visible y contribuía a encender en el campo comunista las pequeñas luces de la rebelión que posteriormente se convertirían en llamas.

Notas:

(32) Publicado en 1969 en París.

(33) Manifiesto Libertario, p. 33.

(34) Manifiesto Libertario, p. 33.

(35) Manifiesto Libertario, p. 44.

EBULLICIÓN EN EL PAÍS

REORGANIZACIÓN CENETISTA

Por otra parte, la agitación ya iniciada en años anteriores en la Universidad no remitía y Franco decretó el cierre de la de Madrid desde marzo hasta mayo de 1968. Al mismo tiempo ordenaba el bloqueo terrestre de Gibraltar y en agosto de 1968 decretaría el estado de excepción en Guipúzcoa que en enero de 1969 haría extensivo a todo el Estado español, y que duraría hasta el mes de marzo. La lucha de Eta en el País Vasco se había iniciado ya con dureza.

Entre 1967 y 1969 hay un importante esfuerzo reorganizativo por parte de la CNT. Tras la detención en 1960 del último de los 18 comités nacionales reprimidos por la dictadura se había dado un vacío organizativo de cinco años, pero los militantes dispersos se reorganizan en grupos y a nivel regional desde 1945 en diversas zonas, como son Centro, Andalucía-Extremadura, Levante, Cataluña, Norte y Asturias. Estos reagrupamientos mantienen contactos entre sí, a excepción de Norte y Asturias, que lo mantienen exclusivamente con la organización en el exilio y se manifestarán desde el principio contra el comité nacional de Royano, constituido para sostener el intento cinco puntista y también contra el organismo nacional del que parte la iniciativa de crear ASO

como entidad fusionadora de CNT y UGT. Mantienen una pura latencia hasta 1967 en que aparece una Comisión Nacional de Relaciones que, apoyada por el Secretariado Intercontinental de la CNT de España en el Exilio, creará las condiciones para la celebración en junio de 1967 de un Pleno Nacional de Regionales, que iniciará sus tareas el 12 del citado mes, con asistencia de las siguientes delegaciones regionales: Centro, Cataluña, Andalucía-Extramadura, y Levante. Hay asimismo presente una delegación del Secretariado Intercontinental de la CNT exiliada. Por deficiencias en los contactos no estuvieron presentes Asturias, la comarcal Montañesa y Norte; pero hay grupos organizados en estas regionales como también en Aragón y Galicia.

El primer acuerdo adoptado por el pleno fue el de proceder a una intensa labor de robustecimiento de la organización clandestina confederal a escala

nacional, invitando a los que no han podido asistir a aunar su esfuerzo para el trabajo común; fortalecer asimismo los comités regionales, provinciales, comarcales y sindicatos de la CNT en todas partes; y

trabajar para hacer sentir la presencia de la CNT en todos los ámbitos de España, entre la clase trabajadora y el pueblo. (36)

En la segunda sesión del pleno se inició un fuerte debate sobre la reestructuración orgánica, manifestándose dos criterios dispares, fundamentalmente el de Andalucía-Extremadura, contrario a la creación de un comité nacional, que podría de nuevo dar lugar a desmantelamientos destructores, como en el pasado, y la actitud de las demás regionales que asumen la responsabilidad de creación del comité nacional con todas las consecuencias. Prevaleció esta actitud, por lo que el pleno pasó al nombramiento de un Comité nacional. En relación con la reestructuración se acordó que las regionales del interior tendrían su relación con el comité Nacional, que representaría al todo orgánico del interior, respetando al mismo tiempo la organización de España la estructura orgánica que se hubiera fijado la organización del exilio en sus plenos y congresos y al organismo representativo Intercontinental. Se preveía el contacto de las posibles regionales de origen en el exilio con las regionales del interior y, por supuesto, la relación del Interior y el Exterior como «cuerpo indivisible de una CNT única, con autonomía de desenvolvimiento orgánico».

Se acordó también en este pleno la publicación preferente del órgano nacional «CNT» y el de «Solidaridad Obrera», cuando hubiera medios.

En otro orden de cosas, el pleno desautorizaba las actividades del cincopuntismo y se dirigía un saludo a los compañeros exiliados y a los presos.

En un lugar X de la geografía española terminaba el 13 de junio este nuevo intento reorganizativo de la CNT en España. Hay que añadir que el pleno reafirmaba los principios, tácticas y finalidades de la CNT y los acuerdos «de sus congresos magnos, el último el de Zaragoza en 1936». Se advirtió asimismo algo que caracterizaba desde siempre a la organización anarcosindicalista, es decir,

«que el comité nacional no podría tomar ninguna determinación de

trascendencia que no hubiera sido acordada previamente por la organización o para la cual la organización no hubiera sido consultada». (37) Pese a su determinación de influir el máximo posible en la vicisitud obrera del momento, dadas las circunstancias, la organización no pudo reasumir su protagonismo de anteguerra, a excepción de regiones como Asturias y el Norte en que dentro de la Alianza Sindical se mantuvo una presencia importante en las

reivindicaciones del movimiento obrero hasta 1971 y 1972. ¿Cuál era la composición humana de la CNT que asume la dura responsabilidad de un relanzamiento en 1967? El sector predominante es el compuesto por militancia veterana que ha hecho la guerra civil y tiene una experiencia diversificada de campos de concentración y cárceles. Es decir, se trata de una militancia ya traumatizada, cuyo afán de relanzar la CNT, empero, no deja de ser realmente heroico. El elemento juvenil ya empieza a incorporarse en este momento, pero de manera muy minoritaria. Aquí conviene señalar que la masa humana que había empezado a militar en las organizaciones sindicales de nuevo cuño estaba compuesta por gente en general joven, absolutamente intacta y sin experiencias traumatizantes, si bien algunos componentes de este sector ya empezaban a sufrir los embates represivos del franquismo.

El intento de reorganización confederal aquí reseñado se mantuvo con altibajos hasta 1972 más o menos, dentro de la línea apuntada. Hacia esta fecha empezarían a darse situaciones nuevas por la aparición de nuevos núcleos y la presión de las primeras avanzadas de la oleada juvenil que empieza a formarse y que acudirá tumultuosamente en el momento del relanzamiento desbordado y multitudinario de finales de 1975. En 1972 hay nuevamente impasse en la CNT

y otro período de confusión organizativa.

Pero lo que señalo es una anticipación de lo que aún es devenir histórico, porque reasumiendo el hilo narrativo de los acontecimientos por orden cronológico, en 1969 y tras haber descartado a don Juan de Barbón de las previsiones sucesorias por las conspiraciones de éste con la izquierda clandestina a finales de los años cuarenta, Franco procedía en julio de 1969 a nombrar como sucesor suyo al príncipe Juan Carlos. Ponía así en marcha el

fantástico e inimaginable proceso que iba a conducir por sus pasos contados a la anulación de lo que había sido obra del propio dictador: los resultados de la rebelión contra el pueblo y contra el sistema democrático de 1936, para volver al mismo sistema cuarenta años después de meter al país en el lodazal de sangre y miseria de la guerra civil. Si bien se piensa, no es extraño que muchos nostálgicos no acaben aún de creérselo o puedan llegar a imaginar que estaría soñando. (38)

En octubre de 1969, para continuar con estas notas de orientación histórica, diré que Franco constituyó su noveno gobierno, que en este caso tenía cariz opusdeísta. Luego, durante 1970 y 1971, en una

España en estado ya de abierta ebullición se ve obligado a aplicar una vez más el estado de excepción en el País Vasco y la suspensión del Habeas Corpus, mientras recibe a De Gaul e y a Nixon en Madrid. En diciembre de 1970 son condenados a muerte nueve vascos en Burgos. En 1971 el dictador restablece el Habeas Corpus y faculta a Juan Carlos para reemplazarle en caso de ausentarse de España. La Universidad también fermenta. En este tiempo la visito para dar dos conferencias seguidas de coloquios, donde se discute abiertamente el tema del anarquismo.

En estos años se da también la pleamar de libros sobre temas libertarios, de los que tratan de la guerra civil española y analizan, en su contexto, el fenómeno de la Revolución Española. Empiezan los autores anglosajones de un modo preponderante, aunque los catalanes no les van a la zaga, aparte de los que ya se les han adelantado en el período anterior: Casimiro Martí, con *Los Orígenes del Anarquismo en Barcelona*; Balcells: *El sindicalismo en Barcelona* (1916-1923); Vergés Oriol: *La Primera Internacional en las Cortes de 1871*; Vicens Vives: *Historia Social y Económica de España*. En Madrid, Juan Maestre Alfonso se adelanta con *El Movimiento Anarcosindicalista*, *Revista del Trabajo*; l egan las obras de Gerald Brenan, James Joll, Raymond Carr, Jackson, Burnet Bol oten, Hugh Thomas, George Orwel , Payne, Malefakis, Richard Vernon…

Luego llega toda una pléyade de autores de otras latitudes, de dentro y de fuera de España, imposibles de recoger en su totalidad en este trabajo: Clara E.

Lida, con su *Anarquismo y revolución en España* y *La Mano Negra,* autora que

desciende en trabajos posteriores; Víctor Alba, Díaz del Moral, un histórico, con su famosa *Historia de las agitaciones* campesinas andaluzas; V.M. Arbeloa, actual Presidente de la Junta Foral de Navarra, antiguo sacerdote, con un libro esencial: *Primer Congreso Obrero en España*, 1870; Abad de Santil án, ya mencionado, con diversos libros; José Peirats, autor de un clásico: *La CNT en la Revolución Española*, uno de los libros más leídos en todo este tiempo, que nos llega sobre todo a través de Ruedo Ibérico, aunque ya la CNT en el exilio ha hecho una edición anterior, también filtrada hasta nosotros; Carlos M. Rama, autor libertario recientemente fal ecido, con su meritoria: *Crisis Española en el siglo XX*; Luis Romero: *Tres Días de Julio*, crónica impresionante de los hechos revolucionarios de julio 1936 en Barcelona, libro, aunque diferente, en la línea de *Homenaje a Cataluña*, de Orwel y de *Mayo Sangriento, Barcelona 1937,* de Manuel

Cruel s. Y aún más catalanes: Heleno Saña: *El anarquismo de Proudhon a Cohn-Bendit* ; Fernando Romeu: *Las clases trabajadoras en España*; José María Bricall: *Política económica de la Generalitat*; Albert Pérez Baró: *30 mesos de Col ectivismo a Catalunya*, vistos desde el oficialismo de la Generalitat; Antoni Jutglar: *Ideologías y clases en la España contemporánea* (1874-1931); y autor de otras obras entre las que destacamos también *Federalismo y Revolución*; Maximiano García Venero: *Historia de los Movimientos Sindicalistas Españoles* (1840-1933); *Historia de las Internacionales en España*. Se trata de un trabajo documentado y es una visión del movimiento obrero desde el movimiento nacional; Luego, Álvarez Junco, que en este tiempo tiene en su haber *La Comuna en España* y otra obra importante de la que me ocuparé posteriormente. También, entre otros muchos más, Carlos Serrano Eeco: *Asociación Internacional de los Trabajadores*. *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Reglón Española*.

El aluvión se venía preparando desde antes de los años sesenta, primero con cuentagotas y luego de manera desbordante. Es un factor de primer orden que ayuda a entender la larvada evolución hacia la democracia, la desintegración del franquismo y la toma de posiciones de los grupos con un protagonismo importante, entre los cuales los que llegarán en avalancha a la CNT y al Movimiento Libertario.

Como ya he señalado, la editorial ZYX tuvo también una gran importancia en este proceso. En los años 1970 y 1971 su producción de textos libertarios, en forma de libros y de fol etos es importante, aunque luego, de inmediato ya, llegará asimismo el período marxiano y después el del consejismo y la autonomía obrera, los cuales guardan relación con los cambios originados por las luchas y las tensiones internas que se dan por el control de la editorial. Hacía ya tiempo que en el a se había dado también la voz de alarma contra la proliferación del libro libertario. Ciertas presiones se efectuaron en este sentido por personalidades como Alfonso Carlos Comín, posteriormente fallecido, y Ramón Tamames, así como por el propio Robles Piquer, entonces director general de Cultura Popular y de quien dependía en aquel momento la censura.

Sin embargo, tales presiones nunca se impusieron. Incluso en las etapas marxianas y consejistas de ZYX, con el predominio del grupo Liberación dentro de la editorial, ésta siguió publicando gran número de textos anarquistas y, a partir de 1975, según creo, los pertenecientes a los clásicos.

Estos hechos ponen de relieve que el fenómeno ZYX, consecuencia de una serie de hechos concomitantes dentro de una época, no estuvo

orientado a un fin determinado y unilateral, sino que de la propia entidad arrancó un pluralismo de tendencias diversas que se iban orientando hacia alternativas diferenciadas. Creo que fue en 1970 y 1971, o acaso antes, que conocí en ZYX a Enrique Barón (39), a Amando Cabrero, futuro dirigente de la hoy extinta ORT, a la sazón todavía inseguro respecto el camino que iba a seguir; y al padre Gamo, que a poco se orientaría nada menos que hacia el trotskismo. Otro cura, un extremeño cuyo nombre no recuerdo, se proclamaría anarquista. Algún otro se secularizó, como Manuel Merchán, autor de varios trabajos editados por la editorial y con posterioridad director de Posible y miembro del PSOE. Ya he hablado del proprio Arbeloa, historiador del movimiento obrero y hoy personaje político de gran relieve, igualmente integrado en el PSOE. En este tiempo de profundos cambios subterráneos en que el franquismo se iba disolviendo sin tener clara conciencia de su propia suerte, conocí también a Ramón Tamames en la editorial ZYX. Fue en el curso de una especie de mesa redonda sobre cuestiones históricas que tuvo lugar en una dependencia de la

editorial. Llegó Tamames con dos o tres amigos y se puso a hablar de la revolución rusa en el estilo que cabía esperar de un hombre de su disciplina política de aquel tiempo. No se esperaban lo que siguió: al í había gente que sabía bastante más que él, y desde antes, sobre la revolución rusa y sus significados. Creo que se marcharon bastante contritos, entre las miradas de inteligencia que algunos de los presentes cambiaban entre sí. Después afirmaría, según me dijeron, que a aquella reunión habían asistido «pesos pesados" pertenecientes a diversos grupos. No deja de ser dramática la vicisitud posterior de hombres como éste, triturados por razones políticas y filosóficas que a la sazón aún desconocían. Pero ya digo, fue aquel un período clave en el que estabanse configurando las diversas corrientes que aparecerían tras la finalización insospechable del franquismo.

Esta época de plenitud en cuanto a la literatura revolucionaria se refiere incubaba ya en realidad la onda acrática del relanzamiento libertario y anarcosindicalista de 1975. Los jóvenes leían aceleradamente a Cohn Bendit, a Proudhon, a Anselmo Lorenzo, en la edición de *El Proletariado Militante* publicada en el exilio y disponían ya de la enormidad de textos que he citado en pasajes precedentes.

Notas:

(36) Actas del Pleno Nacional de regionales celebrado los días 12 y 13

de junio de 1967.

Elementos para la comprensión correcta de 40 años de Exilio Confederal y Libertario. París, 1978.

(37) Elementos para la comprensión correcta de 40 años de Exilio Confederal.

(38) Mientras se escriben estas líneas, octubre de 1982 el PSOE ha ganado mayoritariamente las elecciones generales y se prepara para gobernar el país.

(39) Ministro de Transportes socialista.

LAS ELECCIONES SINDICALES DE 1971

LA HGP Y LAS ESTRATEGIAS PARA EL FUTURO

Precisamente en este tiempo el grupo Anselmo Lorenzo hizo dos estudios casi simultáneos. En uno se analizaban las perspectivas futuras del sindicalismo revolucionario (40) y en el otro se hacía un estudio sobre las elecciones sindicales convocadas en 1971 por el sindicalismo vertical. (41) Cuando en mayo de 1971 los poderosos medios franquistas de información pusieron en marcha la campaña de las elecciones sindicales, graduando la presión sobre los trabajadores para no ocasionar por parte de éstos reacciones airadas, la tensión social estaba bastante acentuada en el país. Se daba a la sazón el conflicto de los médicos interinos asturianos, así como el de los profesores auxiliares universitarios. Poco antes, quince ingenieros de una gran empresa habían sido despedidos. Los profesionales empezaban a comprender que dentro del sistema ya no había estatus privilegiados y que los golpes indiscriminados del capitalismo, bancocrático y salvaje, caían por igual sobre los trabajadores y los profesionales. No teniendo éstos últimos como en los países del resto de Europa asociaciones de defensa de sus intereses, pusieron en juego la solidaridad de todos contra la arbitrariedad y obtuvieron buenos resultados.

Por parte de los trabajadores, la situación más delicada en aquel momento era la de los mineros, la de los obreros de la fábrica Standard de Madrid, junto a la de los 150.000 trabajadores del metal de la capital, que pugnaban por arrancar un difícil convenio. Este conflicto repercutió fuera de las fronteras y diversos sindicatos belgas y holandeses del metal asumieron las reivindicaciones de los trabajadores madrileños del metal. El juego de los patronos era sencil o: se limitaban a decir NO y esperaban a que el Estado, en el peor de los casos, aplicara el laudo o normas de obligado cumplimiento que siempre favorecían a la empresa.

Pero el sindicalismo vertical, que se hallaba próximo a celebrar sus famosas elecciones sindicales, con todos los triunfos prácticamente en las manos, declaró que se evitaría la solución laudatoria, inevitable cuando se encontraba resistencia por parte de los trabajadores, pero la fecha de las elecciones ya estaba fijada, de manera que la Sección «social», los funcionarios del sindicato, y la económica, los patronos,

acordaron aplazar la resolución del problema de los 150.000 metalúrgicos hasta después de la celebración de las elecciones.

Estas se llevaron a efecto en un clima de intimidación, con el artículo 18 del fuero que regulaba la arbitrariedad de las detenciones domiciliarias suspendido.

Se inició la campaña propagandística por parte del aparato franquista moderadamente, pero pronto se extendió con fuerza a la televisión, a la prensa y a los murales en la calle. Había empero ciertas precauciones en los medios oficiales de propaganda, conscientes de una oposición sindical auténtica a la que no convenía exasperar en exceso. Pero la oposición sindical clandestina no podía contraatacar con efectividad.

Al darse al fin las elecciones, García Ramal (42) proclamó una participación entre el 80 y el 85 por ciento de los trabajadores, pero la verdad es que, a pesar de las coacciones, la participación no excedió del 50 por ciento. En Madrid, sobre todo en la rama editorial, la abstención fue casi general. Curiosamente, el PCE se sumó a la campaña participacionista, aunque esta vez no se atreviera a pegar carteles en este sentido, limitándose a defender la participación en sus publicaciones clandestinas.

A pesar de su impotencia, los trabajadores no eran estúpidos. Sabían lo que podían esperar del sindicato en connivencia con la empresa. Esta utilizaba al enlace sindical y al jurado como medio para comunicar sus dictados a la base obrera, en tanto que parte afecta a la sección de personal de la propia empresa.

El enlace y el jurado estaban previstos por la ley, institucionalizados, formaban parte del derecho y la normativa del orden jurídico establecido y la empresa aceptaba lo legislado porque el o era un buen medio para tener controlado y neutralizado al personal.

El enlace sindical y el jurado de empresa estaban sujetos por dos tipos de lealtades que le habían sido impuestas contra natura. No podían comunicar a los obreros nada que, aún afectando directamente a sus intereses, fuera considerado de carácter secreto por la empresa. Si llevado por la lealtad a sus compañeros el jurado o el enlace caían en la veleidad de ser «desleales» a la empresa, ésta podía expedientarle y despedirle. Por otra parte había la

«lealtad» a la organización sindical del régimen. De acuerdo con las reglamentaciones de 1948 y de 1971, el enlace sindical podía ser

expedientado y despedido por deslealtad hacia la O.S. La deslealtad la definía la línea de mando y casi siempre era opuesta a la lealtad que entre sí se debían los trabajadores. Estas dos libertades alienantes implicaban una tercera lealtad: la debida al sistema político.

Estas tres lealtades se mantenían operantes por medio de la policía. La relación entre empresas, sindicatos y policía era estrecha. Era la tríada que mantenía sujetos a los trabajadores. Un caso típico, entre centenares de ellos, fue el de Standard de Madrid precisamente, en el tiempo a que nos referirnos: 6.000 trabajadores pararon por solidaridad con un compañero despedido al que se acusaba de propaganda clandestina. Poco después fueron expedientados una veintena de trabajadores y las sanciones económicas empezaron a aplicarse en masa. Finalmente, Ana Fraga Iribarne, hermana del ex ministro Fraga Iribarne (43) y oveja negra de la familia, arengó a los trabajadores en una asamblea y fue detenida por la policía. Este era el proceso: así trabajada la tríada.

Antes de analizar las incidencias de las elecciones sindicales franquistas de 1971, importantes por las estrategias que ante el as mantuvieron los diferentes grupos de la oposición, haré desde el punto de vista sociológico un análisis de la situación en que quedaban dentro del sindicato vertical los nuevos jurados de empresa y enlaces sindicales elegidos. Tomo los datos del folleto: *Cuestiones del Sindicalismo: la ley sindical y las elecciones sindicales*. Como he dicho, este fol eto, que bien merecería ser reeditado hoy, lo redactó el grupo Anselmo Lorenzo y fue publicado en el exilio.

Hay que advertir que en las elecciones de 1971, sólo fueron elegidos un 50

por ciento de los enlaces y jurados, puesto que permaneció un 50 por ciento de los elegidos en anteriores elecciones. Este 50 por ciento eran los que más sabían de la empresa y del sindicato vertical. Llevaban muchos años en sus puestos y sabían de qué iba. Conocían el poder real de la empresa y lo que ésta esperaba de el os. Sabían que dentro del marcaje férreo de los trabajadores y de los reglamentos verticalistas, el democratismo orgánico franquista necesitaba a la sazón, por razones exteriores, dar una cierta impresión de liberalismo. Este mismo deseo fue el que llevó a los jerarcas verticales a intentar la maniobra cincopuntista con elementos de la CNT. Aquel os jurados y enlaces a que nos referimos habían visto desaparecer a sus compañeros más activos y enérgicos, unos despedidos, otros encarcelados. La mayor parte de los que permanecían habían optado por coexistir con la empresa. Esto les creó graves problemas con sus

compañeros de base, de los que, por otra parte, se hal aban separados por las reglamentaciones. La gente de base los consideraba con menosprecio en la mayoría de los casos: muy tibios, cuando no vendidos a la empresa. Acaso no lo estaban todos -una parte sí-pero se veían obligados a actuar como si lo estuvieran. De manera que los componentes del 50 por ciento que permaneció se podían considerar efectivamente como empresa o prolongación de la misma.

A las elecciones del 71, decía el documento ya citado, se presentó buen número de elementos jóvenes, entre los que había bastantes mujeres. En la mayoría de ese grupo era preciso admitir autenticidad, deseos de hacer algo, pero también falta de madurez y experiencia nula (44). La experiencia empezarían a obtenerla de inmediato: en la primera reunión del jurado de empresa, en la que, sin más, solían empezar a plantear innovaciones y cosas que podían hacerse. Los primeros obstáculos eran sus propios compañeros del 50 por ciento anterior. Estos los disuadían, le quitaban «hierro» al entusiasmo juvenil. Los jóvenes, sin ir más lejos, salían con la moral más baja de esta primera reunión. Cuando contaban sus primeras impresiones a trabajadores de la base éstos se limitaban a sonreír.

En general, se decía en el fol eto, los «mejores» no se presentaron. Queremos decir el obrero consciente, el militante de los grupos del neosindicalismo, el militante veterano del movimiento obrero, los que en verdad sabían lo que era y lo que no era sindicalismo auténtico sabían también que la empresa fichaba de inmediato a los enlaces y enviaba relaciones a los sindicatos oficiales, los cuales a su vez las remitían a la policía. Los mejores hombres tenían que trabajar en la sombra por necesidad. Desde al í orientaban a sus compañeros, los esclarecían, se esforzaban por luchar contra la corriente aplastante del sindicalismo oficial y de la empresa. Luego tuvieron que luchar también contra los aliados de última hora que le habían salido a la empresa, a los que aludiremos con posterioridad.

Era un momento favorable para presentar batalla al sindicalismo vertical por la referida situación conflictiva en el mundo del trabajo y el desprestigio casi total de aquel, confirmado en el mero 50 por ciento de participación sindical.

Los grupos sindicales y políticos clandestinos que aspiraban a un sindicalismo genuino y representativo, consideraron que se debía rechazar cualquier colaboración en los estamentos verticalistas. Colaborar en aquel a situación, además de traicionar a los trabajadores que tenían problemas, significaba fortalecer al sindicato oficial, dándole legitimidad. Se consideraba que os trabajadores

debían dejar que el sindicalismo franquista, cómplice de las empresas y de los resortes de represión, se les pudriera entre las manos a los promotores, organizando el boicot al mismo y la lucha auténtica desde fuera. Se recordó entonces que fue así como la táctica estudiantil de repudio a las organizaciones universitarias estatales culminó en el hundimiento de esas entidades. El SEU se vino abajo y los estudiantes forzaron concesiones de fondo.

Sin su decidida acción en aquel momento el SEU se hubiera eternizado. Además había los antecedentes de ciertas luchas obreras de ese momento: Standard, Los Certales, Harry Walker, con su epopéyica huelga de 45 días, los profesores auxiliares, los trabajadores del metro de Madrid que se niegan a poner en marcha los convoyes. A partir de ese momento el gobierno decreta la militarización, los trabajadores ceden, pero el convenio que estaba paralizado se pone en marcha y aquel os obtienen parte de sus reivindicaciones. Otro

ejemplo irrebatible de acción directa -olvidada en los tiempos actuales de la transición démocrática-fue el del Hospital Francisco Franco, de Madrid, donde se dio la movilización de los siquiatras en protesta contra la decisión de la diputación provincial de reducir la asistencia médica en esta especialidad. La solidaridad y la acción directa de los médicos del Hospital Francisco Franco y de otros varios mil ares de médicos en todo el país hizo que el 21 de octubre (1971), capitulara la diputación. Aquí las famosas posibilidades legales quedaban superadas. Neutralizados y manejados los enlaces sindicales y los jurados de empresa, la realidad conflictiva de base quedaba reducida a los elementos básicos de la lucha de clases: la empresa y los trabajadores. Así lo manifestaban los sindicalistas del País Vasco en un manifiesto de mayo de 1971

(UGT, CNT, USO, CRAS). En Madrid y en el mismo período sale a la luz otro manifiesto de alcance nacional firmado por UGT, CNT, FST, OSO, UTS.

Pero el PCE y su apéndice sindical CC.OO se decidieron por la participación en las elecciones y por la utilización de los medios legales. El PCE y las CC.OO (que entonces sólo eran de clara obediencia comunista en Madrid y en contadas regiones) habían iniciado un proceso de penetración y toma de posiciones dentro del verticalismo conducente a ocupar posiciones hegemónicas dentro del mismo. La estrategia comunista final consistiría en conquistar el verticalismo desde dentro, dando así un paso esencial en la constitución de una central sindical única de obediencia comunista, semejante a la que consiguieron posteriormente en Portugal al

advenimiento de la revolución de los Claveles. Se iniciaba ya la dura confrontación que se prolongaría hasta el final del franquismo y la aparición de la transición democrática entre unitarismo y pluralismo sindical. Como es lógico, un gran sindicato unido y homogéneo manipulable por la estrategia política del partido era el gran objetivo a lograr por los comunistas españoles. No lo consiguieron, pero no obstante, el o les ayudó a construir un futuro importante para las Comisiones Obreras. Lograron captar a cierto número de vocales nacionales de ramo que habían intentado hacerse un porvenir dentro de las estructuras del sindicalismo vertical, además del trabajo de sus propios elementos dentro de las estructuras verticales. Una parte de éstas pasaron enteras a las Comisiones Obreras una vez inaugurado el

período democrático. Esto explicaría también en parte la facilidad con que los sindicatos llamados mayoritarios han pasado a integrarse en el sistema en nuestros días de manera concluyente: enterrando la lucha de clases, pactando condiciones leoninas en favor de las empresas, vaciando casi por completo de contenido el concepto histórico de huelga, que hoy sólo cumple en las previsiones del sindicalismo burocrático la función autojustificativa de los líderes cuya profesión es la de funcionarios sindicales.

El partido comunista argumentó la participación con la conveniencia de llevar a los jurados de empresa y a los puestos de enlace a los mejores obreros (como si éstos, como ya hemos visto, no estuvieran al í totalmente condicionados); evitar así que tales puestos fueran ocupados por elementos verticalistas y de la empresa. El Boletín de Información de la organización del PCE de Madrid dio una argumentación bastante peregrina contra la no participación: resultaba sospechosa de por sí, se decía, la coincidencia entre estos sectores neo del sindicalismo y ciertas personas liberales y burguesas que recomendaban al partido la abstención. Pero a éste no le resultaba sospechosa, afirmaba el fol eto que comentamos, la coincidencia total entre franquismo y comunismo ante el hecho electoral. Curioso método de actuar del método dialéctico de interpretación de la realidad, concluía el escrito (45).

Pero poco después, hacia octubre de 1971, el PCE preparaba la Huelga General Política (HGP), que ya el año anterior había provocado el despido de centenares de trabajadores que habían ido a aquel a huelga sin la menor garantía. Ante la, inminencia de la de 1971, el partido empezó a pintar letreros en algunas paredes y estaciones del metro concebidos así: «Luchad por el socialismo con el partido comunista». O bien: «A la huelga general con el partido comunista».

Había también ciertos hechos que causaban zozobra dentro del partido: mientras éste se esforzaba por aparecer como campeón de todas las acciones contra el sistema, la URSS caminaba hacia el establecimiento de relaciones con el régimen de Franco. La cosa empezó con la llegada sucesiva de bal ets y grupos artísticos soviéticos. Antes se habían dado las remesas de carbón polaco

y de otros países del Este en ocasión de las huelgas mineras del norte de España. Los ballets y grupos artísticos pronto empezaron a asistir a celebraciones oficiales y religiosas del régimen, como en Murcia o en Barcelona.

En esta ciudad, las carrozas del famoso Circo Ruso formaron a la cabeza de las celebraciones de la Merced, en septiembre de 1970. Un bal et ucraniano participó en las demostraciones sindicales que el régimen celebró en el estadio Santiago Bernabeu, de Madrid, el primero de mayo, mientras Breznev afirmaba en la Plaza Roja de Moscú que el primero de mayo era la fiesta revolucionaria de los trabajadores de todo el mundo. Poco después, los coros del Ejército Rojo se plantaron en la frontera española para venir a deleitarnos, pero para afrenta de los mismos, el gobierno franquista no los dejó pasar (46). No obstante, a pesar de todo, a la sazón se hallaba en Madrid el Ballet de Moscú, el más bello espectáculo de la URSS, según los carteles de propaganda.

Pero en realidad estas historias, que ponían en evidencia e inquietaban al partido no eran sino la consecuencia inevitable de las razones de Estado, que en todos los tiempos y circunstancias están desprovistos de motivaciones éticas.

Por otra parte, como dije con anterioridad, había empezado a gestarse la mutación táctica del eurocomunismo originada sin duda por la erosión del sistema democrático liberal dentro de un partido que, al fin y al cabo, comparte con los socialistas y socialdemócratas la creencia en la capacidad del voto para provocar el tránsito al socialismo. El PC impulsaba también su política de presencia: en el sindicalismo, en la universidad, en los medios de comunicación, en las editoriales. Creo que fue por este tiempo que coincidí con Antonio Elorza en la Universidad madrileña, en una especie de mesa redonda a la que fui invitado para un tema histórico. Mantuvimos discrepancias, porque él figuraba ya por entonces en el “Frente de la Cultura” del PCE, pero tuvieron escasa relevancia, cosa que no ocurriría con posterioridad, como comprobará en su momento el lector.

En este tiempo y en los medios editoriales, el marxismo-comunismo se

hal aba desbordado por la riada de las publicaciones sobre temas libertarios y anarquistas. El anarquismo tenía entonces sobre los comunistas la ventaja de la tradición histórica y, por ende, la temática que despertaba el interés

apasionado de los estudiosos. De manera que a partir de entonces debió organizarse la ofensiva teórico-propagandística contra el anarquismo, fuerza insólita que el militantismo de Bakunín y Fanelli habían implantado en España, aquel país de frailes y mendigos que no inspiraba a Carlos Marx el menor interés por no darse en él las condiciones estructurales para la revolución mundial. El anarquismo-anarcosindicalismo, la primera fuerza obrera revolucionaria del país hasta 1939, era ya a partir de este momento un adversario a combatir.

Notas:

(40) España 1970: porvenir del sindicalismo revolucionario.

(41) Cuestiones del sindicalismo: la ley sindical y las elecciones sindicales. Tanto este folleto como el anterior se editaron en Francia por compañeros exiliados.

(42) En aquel tiempo ministro de Relaciones Sindicales del gobierno franquista.

(43) En este momento jefe de la oposición después de las elecciones del 28 de octubre de 1982.

(44) Cuestiones del sindicalismo: La ley sindical y las elecciones sindicales (45) Cuestiones del sindicalismo: La ley sindical y las elecciones sindicales, p. 24-25.

(46) Cuestiones del sindicalismo: La ley sindical y las elecciones sindicales pgs. 24-25.

EL MUNDO DE LAS ARTES GRÁFICAS

Mi vida profesional seguía desenvolviéndose dentro de las Artes

Gráficas. No pude conseguir una situación estable en el sector. En 1969 cumplí cuarenta y ocho años, una edad ya temible a los efectos referidos. Era el tiempo en que tener más de cuarenta años suponía una dificultad insuperable para hal ar un empleo, como creo haber dicho. Seguía trabajando como traductor, dando clases de idiomas y además hice trabajos de redacción en diversas empresas.

No recuerdo quien me puso en contacto con Vicente González Giner, un editor de origen valenciano, pero madrileño de adopción y por el estilo. Era amigo de Eduardo de Guzmán, antiguo redactor de *La Tierra* y director de *Castilla Libre*, órgano de la CNT de Centro durante la guerra civil, novelista y escritor prolífico.

Con Giner hice diversos trabajos de traducción, *Los Papeles de Pickwick*, de Dickens y *Robinson Crusoe*; y también trabajos de redacción de un diccionario francés que creo que no llegó a terminarse. Giner era un antiguo republicano, magnífica persona, con un conocimiento universal de los problemas, las personas y las cosas y una manera muy personal de llevar los negocios. Se defendió un tiempo, pero no llegó a levantar cabeza. Durante el tiempo de mi relación con él me presentó a diversas personas. Una de el as fue Enrique Badosa, escritor y poeta, uno de los fundadores del "Premio Leopoldo Alas"

para libros de cuentos. Fue Badosa un poeta de primera fila en ese tiempo, ganador de algunos premios y muy en boga. Con los años su personalidad se fue difuminando, según creo y es uno de los hombres que sonaron mucho y se hallan hoy, como otros de ese período, en perfecto anonimato. Por mediación suya traduje tres o cuatro libros de literatura norteamericana, de ediciones G.P., de Barcelona, distribuidos por Plaza Janés. Libros de aventuras y entretenidos, pero sin ningún valor especial. Vi a Badosa en diversas ocasiones y también guardo de él grato recuerdo.

A finales de 1969 pasé a formar parte del equipo del *Reader's Digest*, de Madrid que había emprendido la redacción de un *Gran Diccionario Enciclopédico Ilustrado*, que terminamos en 1970 y salió al público un año más

tarde (47). Creo que mi colaboración en este equipo se dio por medio de un antiguo amigo y compañero, Gregorio Gallego, periodista y escritor, militante libertario que había pasado en la cárcel tantos o más años que yo. A la sazón yo ya tenía en mi haber dos o tres libros y numerosos trabajos de traducción, de manera que me adscribieron a la tarea de redactar los temas de sociología e historia y las biografías

relacionadas con estos temas. Debo ocuparme de los amigos con los que tuve el placer de colaborar durante casi dos años en *Selecciones*. El equipo lo encabezaba, como director, el poeta y académico de la Lengua, Luis Rosales, cuya personalidad no es necesario destacar. Otros compañeros fueron el citado Gregorio Gallego, José Luis Gallego, ya fallecido, viejo conocido de mis tiempos de Burgos, de filiación comunista. Poeta de gran calidad, de producción espaciada y poco prolífica. Recuerdo asimismo de ese equipo de *Selecciones* a Francisca Aguirre, compañera del poeta Félix Grande, ella misma poeta y escritora, ambos amigos de Rosales; a Olga y a Joaquín Fernández, compañero de la escritora María Luisa de León. Se notaba en el grupo la dirección de Rosales, pues el propio Joaquín era también poeta. Había además dos o tres chicos y chicas, personas jóvenes, que trabajaban en correcciones de pruebas y otras tareas. Si no recuerdo mal trabajaba asimismo en plan de colaborador, Fernando Quiñones, paisano y amigo de Rosales.

En aquel tiempo el *Selecciones* de Madrid acogía a cierto número de elementos destacados en la literatura y en la poesía. José Hierro era entonces otro personaje incluido en la nómina del *Selecciones*, aunque no colaboraba en el *Gran Diccionario*. Luis Fiesta fue otro poeta, canario, que conocí al í también.

Su presencia estaba rodeada de cierta expectación, pues los conocedores del tema le auguraban un futuro en el campo de la poesía. Pero Fiesta fue otro de los que se desvanecieron: Todos sabemos que eso no ocurriría con José Hierro, convertido en nuestros días en uno de los grandes de la poesía contemporánea española. Independientemente del valor personal del poeta, es indiscutible que determinados grupos políticos en alza en aquel tiempo, hoy muy venidos a menos, colaboraron en gran medida a su lanzamiento con un inteligente trabajo de promoción. Este fue el caso de los grandes poetas clandestinos Blas de Otero, Gabriel Celaya y otros. El Frente del Trabajo y la Cultura del PCE

desarrol ó entonces una función activísima en ese terreno. La permanencia en el *Reader* la considero en general positiva para mí y conservo buen recuerdo de ella.

Sobre todo, lo importante es que nadie puso cortapisas a mi trabajo. Este, como indiqué, me permitía tocar la temática de la sociología y la historia, la referida al movimiento obrero en el plano universal y, sobre todo, en nuestro país. Ya manifesté que el trabajo se hacía extensivo a las biografías de personajes destacados y ello me permitió llevar a las páginas del *Gran Diccionario Enciclopédico* las de los

hombres y mujeres que, desde antes y después de la Internacional aportaron su esfuerzo al afán emancipador de nuestro pueblo. Numerosos militantes de la Internacional de memoria imperecedera, tanto marxistas como bakuninistas, figuran en las páginas del Diccionario, y ello a pesar de que a mi llegada al *Selecciones* el *Gran Diccionario* se hallaba ya bastante avanzado.

Al término de mi contrato en *Selecciones* para la obra citada trabajé algún tiempo en Guadiana Ediciones, donde también traduje. El os me pusieron en contacto con el grupo que editó posteriormente *La España Ausente* (48). Yo toqué en el libro el aspecto de los políticos y militares ausentes. Otros autores tocaron los restantes aspectos, es decir: los escritores, científicos, arquitectos, pintores y escultores y otros intelectuales ausentes. Colaboré en esta obra con Francisco Umbral, Nicolás Retana, José María Ballester, Tomás Arco, Armando Vázquez y José Manuel Losada Antibón. De todos el os sólo tuve la posibilidad de conocer a Francisco Umbral. Hice en este libro la problemática de los exiliados como yo la veía entonces, tomando como bases los criterios ya esbozados en otros textos (49).

Notas:

(47) *Gran Diccionario* Enciclopédico Ilustrado, 8 tomos, *Selecciones del Reader's Digest,* Madrid. 1971.

(48) *La España Ausente*. Ediciones 99, S.A. Madrid, 1973.

(49) España 1970. Porvenir del Sindicalismo Revolucionario, - Toulouse - 1971.

LA MAFIA EN LAS ARTES GRÁFICAS

EL CÍRCULO DE AMIGOS DE LA HISTORIA

Si la mafia es un fenómeno omnipresente en el mundo de nuestros días es normal que esté también presente en las Artes Gráficas. (La mafia es la consecuencia del carácter constitutivo de la empresa capitalista, por un lado y de la aportación que a la misma hacen las personas que en el a confluyen con sus propios fines individuales). Esta es la primera aproximación al tema, pero tendré que retomarlo en alguna otra ocasión.

No recuerdo cómo llegué a tomar contacto con el Círculo de Amigos de la Historia, sito en Madrid, hacia 1971, según creo. Todavía no habían pasado al local de Conrado del Campo, cerca de la Ciudad Lineal y tenían un amplio piso en el centro de Madrid. Esta entidad trabajaba al parecer simplemente para su red de asociados y al í constaté los primeros casos escandalosos de lo que en el trabajo editorial se denomina corrección de estilo. Este tema corre paralelo en el campo editorial al de los traductores que tienen la pretensión de mejorar a los autores. Esto último dio pábulo, no siempre ciertamente, pero sí en muchos casos, al aforismo de "traducción, traición». Ya había encontrado en *Selecciones* a alguno de estos traductores. Lo curioso del caso es que muchos de ellos no son capaces de escribir ni un folio original, pero en materia de tergiversación de trabajos ajenos son una verdadera maravilla.

En el Círculo de Amigos de la Historia no se trataba de traductores, sino de correctores de estilo que ni siquiera lo eran. Allí creo que corregía, entre otros, un señor que l evaba también la responsabilidad del departamento de traducciones. Yo había entregado una traducción relativa a un tema histórico de la Francia, prerrevolucionaria y fui a que me liquidasen el trabajo. Se me ocurrió entrar en el departamento en que se hal aba el responsable de quien acabo de hablar y vi que éste escribía sin parar, con afán terrorífico, en los folios mecanografiados que se hallaban sobre su mesa de despacho. No tardé en comprobar que estaba "corrigiendo el estilo" de mi traducción. Le rogué que

dispensara, tomé varios de los folios dispersos por la mesa y quedé atónito: el individuo se había entregado a las correcciones más inconcebibles. Tras constatar varias de estas correcciones le dije que el texto no decía absolutamente nada de lo que él iba añadiendo. Sin inmutarse, el hombre me dijo que así quedaba más bonito. Yo estal é, di el mitin delante de bastantes subordinados de aquel individuo que circulaban por allí y se miraban entre ellos pasmados, y luego me marché, teniendo conciencia de que mi trabajo como traductor en el Círculo se había terminado. Y en efecto, ya no me l amaron para hacer más traducciones. Estoy seguro de que el «corrector» en cuestión pondría de relieve mi incompetencia ante las instancias superiores del Círculo en lo que a tareas de traducción se refería.

Sin embargo, hacia 1972 me llamaron de nuevo, pero ahora para un menester de más envergadura, es decir, para escribir textos sobre diversos temas históricos, destinados a los suscriptores de la sociedad: Con las consiguientes reservas me dirigí al nuevo local del Círculo, ahora ya ubicado en Conrado del Campo, cerca de la Ciudad Lineal,

como dije y al í me presentaron al encargado de la sección de libros de historia. De inmediato me instruyeron acerca de los propósitos editoriales en curso. El responsable era Florentino P.

Pérez, persona que en todo este tiempo se portó correctamente conmigo.

También Florentino era comunista, pero participaba de aquel a honradez constitutiva que habíamos apreciado en distintas ocasiones y tiempos en el militante de base del partido, marginado en todo de la estrategia que persigue a cualquier precio y por cualquier medio, la conquista del poder político.

El primer trabajo que me pidió Florentino fue un texto sobre el *Frente de Aragón*, previniéndome de que, como era habitual en la casa, los redactores no firmarían el original. Tuve que aceptar porque a la sazón me hallaba mal y con necesidades perentorias. De modo que escribí el libro, el cual, al editarse fue atribuido editorialmente a un tal Jacques De Gaul e, que por supuesto no existía (50). Aquel fue mi primer trabajo como «negro», efectuado a tanto el folio, que significaba algo más de lo que me pagaron por la primera traducción, pero no mucho más. Otra dificultad del trabajo fue la tremenda premura y la presión constante a que estábamos sometidos para culminar el trabajo. Me dieron un

mes para hacer un libro que contaría al final 296 páginas. Lo hice en veintisiete o veintiocho días, en un clima parecido al que me acompañó en la gestación de *Historia del Anarcosindicalismo Español*, con llamadas telefónicas diarias por parte del Círculo en que me recordaban que tenía un mes de plazo. Trabajé en medio de una especie de fiebre, me despertaba por las noches y me levantaba para tomar notas o redactar pasajes no previstos en el plan general que me había propuesto. Luego soñaba con el libro y volvía a despertarme pensando en él. Ello exigió una concentración increíble de todas mis capacidades. En lo sucesivo, todos los libros que hice para esta gente se gestaron de igual modo.

Con posterioridad me preguntaría cómo pude hacerlo. Y la revisión de los textos me confirmó además que los libros escritos en aquellas condiciones se hallaban entre los mejores que había hecho. Esto me llevó por asociación de ideas a dar por sentado que la persona tiene en sí misma facultades desconocidas que se manifiestan en las circunstancias excepcionales. Tal consideración fue asimismo en cierta

manera una respuesta al dilema que muchas veces me había planteado respecto a cómo pude sobrevivir tras los desastrosos resultados de la evasión efectuada años antes en el penal de San Miguel de los Reyes. En aquel a ocasión, llegué a considerar, sólo la concentración excepcional de todas las facultades anímicas y nerviosas de que disponía pudo salvarme del aluvión de golpes y de culatazos al que hube de hacer frente absolutamente desasistido de medios. Unos años después, en este tiempo que relato llegué a comprender la excepcionalidad de las facultades que residen en la persona y que en muchos casos pasan por completo desconocidas por falta de ocasión de manifestarse.

Antes del término del plazo fijado, *El Frente de Aragón* estaba terminado.

Sugerí a los responsables del Círculo la conveniencia de citar a pie de página los textos de los autores consultados. Hasta entonces esa norma no se había seguido. Existía más bien en los libros de esta editorial una licencia absoluta para entrar a saco en los textos ajenos con tal de presentar a plazo fijo un libro para los estudiosos de la historia. Este mi primer libro del Círculo resultó para mí de gran interés, dentro de las circunstancias a que me he referido. Porque independientemente de la crónica militar, que empieza con la reducción del alzamiento en Cataluña y el posterior avance de las milicias revolucionarias por

Aragón y que termina en la contraofensiva nacionalista muy posterior que llega a los límites de Cataluña y secciona a esta región del resto de la España Republicana con la llegada de las tropas al Mediterráneo por Benicarló y Vinaroz; al margen de esto, digo, tuve la oportunidad de reconstruir el proceso revolucionario y colectivista que había acompañado la progresión de las columnas anarcosindicalistas y las demás agrupadas en Cataluña. También tracé los rasgos esenciales de la Barcelona revolucionaria y los procesos contrarrevolucionarios que se gestaron en lo que sería precisamente retaguardia del Frente de Aragón (51).

Del misino modo escribí para el Círculo, que publicaba los libros por medio de unas Editions Ferni, de Ginebra, lo que acaso dejaba columbrar cierto multinacionalismo empresarial, otro texto titulado *Hacia el Final* (52), es decir, el relato del derrumbamiento de la zona Centro-Sur de la República, abandonada a sus fuerzas. Relato de una tragedia a la que asistí en momentos agónicos en Madrid, como ya dije al principio, con sus inmediatas consecuencias, la represión franquista. Este libro también lo firmó un señor llamado Jacques de Gaulle, aunque quien lo escribió fuera otro que se levantaba soñando por las

noches para continuar escribiendo bajo apremios a la mañana siguiente. Claro está, mis planteamientos se basaban en los análisis libertarios de la guerra civil. Estos mismos planteamientos los esbocé en otra obra que esta vez redactamos tres personas de las que trabajábamos para el Círculo. El libro se tituló *La Política Española y la Guerra Civil* (53). La obra eran dos tomos de cerca de 300 páginas cada uno. Los redactores fuimos F. Ribes Monblanch, Florentino P. Pérez, jefe de producción, como he dicho ya y yo mismo. Esta vez la aparición del nombre real de los autores en la obra acaso se debiera al hecho de haber colaborado directamente en el a uno de los miembros calificados de la empresa. Sin embargo, aparecíamos sólo en tanto que "colaboradores" del prolífico e incansable Jacques de Gaulle, que permanecía como autor en la parte superior de la portada. Creo que a Florentino l egué a decirle con alguna sorna que por qué no se ponía decididamente como autor responsable de los libros al mismísimo Charles De Gaul e, lo que hubiera sido de mucho mayor efecto. .

Pero en la retaguardia de todo el tinglado había un individuo llamado Martínez Benítez, director del Círculo, al menos en Madrid, que también jugaría un papel decisivo en mis relaciones con la entidad. El tal había pertenecido a un sector de la izquierda radical, de orientación trotskista, aunque nunca supe cómo había llegado a la dirección del Círculo. Creo que mis enfoques, que reflejaban objetivamente realidades de la historia última de nuestro país, no le entusiasmaban. Todo el o se pondría de manifiesto con posterioridad en una situación concreta.

Tal situación se presentaría año y medio después de publicada *La Política Española y la Guerra Civil*. Estuve cierto tiempo sin saber nada del Círculo y me hal aba preparando una Historia del Anarquismo que empecé a hacer por encargo de Giner, pero el proyecto no finalizó, como ocurría con algunos de los emprendidos por el buen amigo. Este nuevo episodio con el Círculo altera el orden cronológico de esta narración, pero si lo incluyo ahora es en beneficio de la coherencia del relato.

El caso es que volvieron a llamarme del Círculo para encomendarme la biografía de un político de rango en la historia de nuestro país: me dieron a elegir de la trilogía formada por Cánovas, Antonio Maura y Pablo Iglesias. Sin dudarlo un instante me decanté por este último. Las razones eran obvias: el Paulino Iglesias de la Primera Internacional Hispánica era para mí un personaje familiar y de mayor interés que cualquiera de los otros. De manera que puse manos a la obra, que tuve acabada poco más o menos a los cuarenta días. La hice con preocupación y respeto por la persona. Pero no resultó ni podía

resultar, una obra hagiográfica, sino constructivamente crítica. Para entonces yo ya había escrito La Primera Internacional en España (Estudios y Documentos) (54), pero este libro era refundición de dos trabajos que publiqué anteriormente en *Cuadernos* de la Cátedra de Derecho del Trabajo, de la Universidad de Valencia (55), publicación dirigida por Luis Enrique de la Vil a.

Me movió a hacerlo el libro de Josep Termes: *Anarquismo y Sindicalismo en España. La Primera Internacional* (56). Obra positiva en cuanto a documentación y al serio esfuerzo realizado en el campo de la Internacional en España. Pero Termes terminaba su análisis del Primer Congreso Obrero,

celebrado en Barcelona en el Teatro del Circo el 19 de junio de 1870, afirmando que de este comicio no había salido la directriz o proyección de ningún partido marxista, lo que al parecer debía interpretarse como un fracaso que iba en detrimento de la Internacional Hispánica. Mi ensayo tuvo como fin explicitar las razones que habían determinado ese hecho. Mi conclusión era que de una proyección libertaria no podía resultar una realización marxista. Por consiguiente, Pablo Iglesias estaba desde el principio comprendido en la historia del grupo madrileño originario de la Internacional, junto al grupo barcelonés de la misma.

Por consiguiente, mi biografía de Pablo Iglesias, uno de los libros que más me han satisfecho, si se tiene en cuenta las condiciones en que tenía que trabajar para esa gente del Círculo, asumía al joven Paulino más allá de su difícil infancia y juventud y a través de su militancia internacionalista ; hasta el momento en que sus férvidos compañeros y admiradores le enterraron el 13 de diciembre de 1925, en el cementerio civil de Madrid, tras el desfile de un enorme cortejo fúnebre que llenaba, en palabras de Morato “todo el ancho de la calle de Alcalá, sobre la que flotan al viento, en aquel a mañana soleada, unas doscientas enseñas rojas. Una muchedumbre que marcha recogida, que no deja oír sino un rumor como de río caudaloso y hondo” (57).

Pero todo ese devenir de Pablo Iglesias era historia que se desarrol aba en un contexto: primero en la España decimonónica y luego, en la cuarta parte inicial del siglo veinte. En este contexto está la situación del movimiento obrero, la existencia del anarquismo y el anarcosindicalismo que no dejará de influir -y ser influido-en las vicisitudes del socialismo español, el cual, tras la federación de los Nueve y el viaje de Lafargue a España, nacerá de la escisión de la Primera Internacional y asumirá la forma de PSOE en 1.879. Quiero

decir que yo veía e interpretaba a Iglesias inmerso en lo que constituye la vida social, económica y política del tiempo en que vivió. Por consiguiente, en el trasfondo de la historia, junto a los acontecimientos políticos culminantes, estará siempre la presencia de los amigos y seguidores de Anselmo Lorenzo, Borrel, Farga Pellicer, Tomás González Morago, Viñas y tantos otros militantes que siguieron las huel as de Fanelli y Bakunín. Bien, hay en el libro una contraposición, no virulenta, sino

más bien un acotamiento que ayuda a comprender al personaje, al político, al líder, en el sentido actual que hoy tiene el vocablo. Por ejemplo, al hablar del entierro en olor de multitud de Pablo Iglesias, no puedo menos de recordar otro similar, el de Anselmo Lorenzo, cuyo cortejo «se abre paso en 1914 por la calles barcelonesas invadidas por un proletariado entristecido» (58). Por todo lo expresado muy sobre la marcha, al releer hoy la biografía de Pablo Iglesias (59), reafirmo su condición de libro útil, objetivo, no hagiográfico, de ahí precisamente su validez para la gente de nuestro tiempo. Aquí se dio el caso de que el Círculo, considerando que era un tanto escandaloso cargar a la cuenta del famoso Jacques de Gaulle este libro, prescindió de todo autor y lo dio a la publicidad así, sin más. Creo que después vio la luz otra biografía, en este caso la de Antonio Maura y aquí apareció otro nombre en calidad de autor: Marcos Sanz Agüero, persona que, de existir, era desconocida para mí.

Pero la biografía anónima de Iglesias, que espero que algún día me agradezcan sus correligionarios, originó un pequeño cataclismo en el Círculo.

Un par de semanas después de la entrega de aquella, Florentino P. Pérez, responsable del Departamento, me informó del disgusto que al director, Benítez, le había originado la lectura del texto sobre Iglesias. Me entregó un escrito redactado por alguien a instancias del director, con pretensión de juicio técnico y crítico sobre la obra. Es decir, el individuo que permitía el plagio flagrante en casi todos los textos publicados por el Círculo, que hacía trabajar bajo presión insufrible a los redactores, a quienes compraba su trabajo a precios irrisorios; que además los reducía a condición de «negros», es decir, la gente que hace el trabajo real para que otros firmen con sus nombres, o simplemente con nombres fantásticos, como era aquí el caso; el responsable en suma de esta explotación vergonzosa y cínica, se permitía ahora hacer redactar un informe a un indocumentado para juzgar mi libro sobre Pablo Iglesias.

Sumamente incómodo, o así lo creí al menos, Florentino Pérez me

entregó el escrito que leí por encima, y entonces le manifesté mi deseo de hablar con el director, el inefable Benítez; Florentino informó a éste por teléfono de mi pretensión. Benítez contestó con voz tan irritada que oí perfectamente a través del teléfono su respuesta. Le conminaba a que me echase de al í, advirtiéndole

que si no lo hacía, él mismo llamaría a la policía para que ésta lo hiciera.

Entonces intenté dirigirme a las dependencias del director Benítez pero Pérez y otros que se hallaban presentes me rogaron que no lo hiciera por los problemas que podían originarse. Era cierto. Yo tenía allí diversos amigos y en aquel instante, dada mi excitación no sé lo que hubiera podido ocurrir al enfrentarme a Benítez, antiguo trotskista y en aquel momento testaferro de una multinacional que explotaba de manera sangrienta a trabajadores españoles.

Las semanas que siguieron fueron malas para mí. Se me pasaron en oscuras rumias que Mari contribuyó a paliar o a desterrar de mi imaginación.

Posteriormente y durante algún tiempo me mantuve vigilante, deseando encontrarme algún día con un maleante llamado Benítez, que fuera director de una entidad llamada Círculo de Amigos de la Historia y había querido hacerme expulsar del mismo por medio de la policía franquista. En mi fuero interno todavía espero encontrármelo. Mas este tipo de experiencias no habían terminado para mí, como se verá más adelante.

Notas

(50) *El Frente de Aragón*, 1936-1938. Jacques de Gaul e, Editions Ferni, Ginebra, 11173.

(51) V. los siguientes texos: J. Peirats: *La CNT en la Revolución Española*, Ed. CNT. 1951 y Ruedo - Ibérico en 1971. *El anarquismo*, Gallimard, París, 1968; Gastón Leval: *La España Libertaria*, 36.39. Paris, 1971.

(52) *Hacia el Final*, Jacques de Gaulle, C.A.H., Ginebra, 1972.

(53) *La política española en la guerra civil*, 2 tomos. Circulo de. Amigos de la Historia; Editions Ferni, Ginebra, 1973,

(54) *La Primera Internacional en España*; Estudios y Documentos; Ed. Zero, Madrid, 1974.

(55) Cuadernos de Cátedra de Derecho del Trabajo, Valencia, Números 3 y 4 pertenecientes a los semestres de junio y diciembre de 1972.

(56) Josep Termes: *Anarquismo y Sindicalismo en España* (1864-1881). Ediciones Ariel, Esplugues de Llobregat, Barcelona, 1972.

(57) Juan José Morato: *Pablo Iglesias, educador de muchedumbres*, Madrid, 1931.

(58) *Pablo Iglesias*; Círculo de amigos de la Historia, p. 244.

(59) Verano de 1982.

1972-1973: CRONOLOGÍA DECISIVA.

RUMBOS DE LA CNT Y DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO

Los acontecimientos más importantes del país, entre 1972 y 1973, en el orden político, fueron los siguientes:

1972: marzo, tercer plan franquista de desarrol o; desórdenes en el Ferrol, con dos trabajadores muertos; 15 septiembre, acuerdo comercial España-URSS; 18 de julio, Franco designa al almirante Carrero Blanco como futuro jefe de gobierno.

1973: Los Príncipes de España visitan los Estados Unidos invitados por Nixon; 8 de junio, Franco nombra jefe del gobierno a Carrero Blanco; 20 de diciembre, asesinato de Carrero Blanco; 29 de diciembre, Franco designa a Arias Navarro sucesor de Carrero Blanco al frente del gobierno. En el curso de este bienio se siguió proyectando febrilmente la acción clandestina en todos los campos. Fue entonces que acudí a dar unas conferencias sobre anarcosindicalismo y movimiento obrero a las Hermandades del Trabajo. Estas conferencias eran escuchadas con atención por los asistentes debido al extraordinario afán de clarificación que se daba entonces en todos los ámbitos, incluidos los del asociacionismo católico o cristiano. Creo que fue allí donde conocí a Altable, militante de la HOAC, quien en 1975-76, en ocasión del relanzamiento de la CNT, estuvo con nosotros, como tantos otros. Creo también que fue por mediación suya que publiqué unos trabajos en el Boletín de la HOAC en enero y abril de 1972. Por supuesto, toda mi proyección hacia el exterior de este tiempo se orientó siempre y en todos los casos a la promoción de las ideas anarquistas y libertarias. La

receptividad de algunos medios de comunicación se debía al incentivo que tenían unos antecedentes históricos y unos planteamientos teórico-ideológicos por el os ignorados con anterioridad. Con mis dos trabajos del *Boletín* de la HOAC ocurrió ahora lo ocurrido poco antes con los *Cuadernos de la Cátedra de Derecho de Trabajo*, de Valencia, al publicar mis dos ensayos aislados sobre la Internacional, que luego se convertirían en opúsculo editorial.

Es decir, se convirtieron en un librito de 104 páginas editado por Zero-ZYX (60).

Se contenían en él dos temas: *El anarquismo en España y la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)* (1922-1972). El primer tema era de candente actualidad en aquel momento en el país y había sido suscitada por Drieu La Rochelle en la *Nouvel e Revue Française* tras una visita a la Barcelona revolucionaria en 1936 y posteriormente por Jean Bécarud y Gil es Lapouge en *Les Anarchistes Espagnols* (61). Primero La Rochel e y luego sus compatriotas se interrogaban sobre por qué el anarquismo y no el marxismo en España en los albores del movimiento obrero y hasta una fase muy adelantada de su desarrol o, y precisamente cuando el anarquismo se batía en retirada en el plano universal ante la pleamar marxista. Así llegó la respuesta acogida de manera complaciente en los últimos tiempos: el anarquismo hispánico revelaba un indudable trasfondo religioso, era algo así como una parusía de la fe prístina, la transustanciación en los medios revolucionarios de un afán de reforma y perfeccionamiento religioso que no halló cauces en la historia de nuestro país.

Para resumir, el anarquismo habría sido una manifestación tardía de la reforma luterana bajó cobertura anárquica. La tesis era sugestiva y halló amplia resonancia. Fue relanzada y ampliada por Gerald Brenan en *El Laberinto Español* (62) y luego por Woodcock y James Jol . Un autor libertario español, Heleno Saña, también aludiría a esta interpretación en una serie de artículos (Revista *Índice*, 1968).

Tras rebatir sumariamente esta tesis, adelanté mi visión de ese problema originariamente hispánico. Habría a mi juicio tres razones esenciales para el predominio del bakuninismo sobre el marxismo en España. Primera: el militantismo de Bakunin y Fanel i, anticipándose a Marx y Lafargue en España.

Segunda: aislamiento y marginación de España con relación a Europa. Tras el triunfo prusiano sobre Francia en 1870 se produce un fortalecimiento del Estado moderno en todos los países con preponderancia de los estados mayores y las burocracias. Aumenta la

centralización en todos los terrenos, que en gran parte persigue nuevas aventuras bélicas y todo el o favorece objetivamente el desarrollo acelerado de los partidos marxistas, cuyas estructuras jerárquicas se acomodan a las de las instituciones burguesas o a las

de los grandes partidos de la burguesía. Tercera: mejor adecuación del anarquismo en relación con el marxismo respecto a las realidades de la condición obrera y campesina, y esto incluso en las zonas industrializadas del país, como Cataluña. El ensayo desarrol aba estos tres puntos. Posteriormente escribí otro que no llegó a publicarse por venirse abajo la editorial que lo tenía en su poder y lo había presentado ya en censura (63).

En 1973 seguía funcionando en la capital el "Grupo Anselmo Lorenzo", cuya presencia se había dejado sentir en los últimos años por diversos trabajos analíticos y teóricos. Tras el Manifiesto Libertario había seguido el folleto *España 1970: porvenir del sindicalismo revolucionario*. A esta publicación siguió, como hemos visto, el informe sobre las elecciones sindicales de 1971. Ahora, el

"Grupo Madrileño", como lo definían, acaso por falta de datos, los editores de *Apuntes para una historia del Movimiento Obrero* de la posguerra, llevó a cabo un estudio teórico titulado *El mito del Partido*, que fue publicado por la revista *Ruta*, radicada en Caracas, Venezuela. Constituyó este ensayo la segunda parte de un trabajo, «Escucha, Marxista», a cargo de una Federation of Libertarian Students de Inglaterra. El trabajo abarcaba el tema teórico esencial del tránsito final a la sociedad sin Estado y sin clases, que llevaba aparejado otro no menos esencial, el de la correlación y coherencia estricta de los fines y los medios. El trabajo enfatizaba algo que la experiencia histórica ha demostrado de manera inequívoca: que el acceso a la sociedad sin Estado y sin clases, jamás se daría erigiendo Estados supuestamente provisionales que, en razón de la naturaleza misma de las cosas y por el axioma de que todo lo que es tiende a ser, propenden a crear las condiciones para la propia supervivencia. Como hecho anecdótico he de subrayar que este trabajo del grupo de Madrid que anteriormente había utilizado el seudónimo de Anselmo Lorenzo, firmaría ahora *El Mito del Partido* con el de otro famoso militante anarcosindicalista de los tiempos modernos, Orobón Fernández, muerto en plena juventud en Madrid, en la primavera de 1936.

He de insistir en que la ebullición en el país era extraordinaria y cada vez más evidente. Se daba tanto en la universidad como en los medios obreros o en los medios de comunicación. Seguía frecuentando la editorial ZYX; a la sazón Zero,

en la que se daban igualmente sin cesar procesos diversos y cambios. Hacia finales de 1973 se había producido una renovación de equipos, con presencia ahora mayoritaria de los grupos Liberación, tampoco estáticos, porque dentro de su marco se daban también cambios frecuentes. En el terreno de las organizaciones políticas y sindicales clandestinas diré que la agitación se mantenía en todos los sectores. Los comunistas, tras las escisiones habidas en Comisiones Obreras, disponían del control completo de éstas y hacían fuerte propaganda con los encarcelados del proceso 1.001.

En lo que se refiere a la CNT, a partir del relanzamiento ya señalado de los años 1968-69, la organización se había mantenido con una representación muy minoritaria y hacia el bienio de que ahora me ocupo entró en una etapa de estancamiento. Se había mantenido a pesar de todos los riesgos una vertebración a nivel de todo el país, con un comité nacional residente en Madrid. Como digo, hay una cierta atonía y aparecen problemas en algunas regiones, como en Cataluña. En este tiempo, los compañeros responsabilizados del comité nacional en Madrid quisieron que el grupo Anselmo Lorenzo se hiciera cargo de este organismo. Tal proposición era en sí misma anómala, dado que en la CNT cualquier organismo de representación supone una elección previa y, de igual modo una resignación de los cargos por los compañeros salientes ante quienes tienen la capacidad de elegir. Pero los integrantes del Grupo Anselmo Lorenzo, en aquel os momentos un grupo más entre los muchos que se movían ya en los ámbitos libertarios a todos los niveles, teníamos entonces un criterio diferente sobre el trabajo organizativo. Veteranos de los presidios franquistas y con larguísimas estancias en los mismos todos nosotros, nuestra estrategia era favorable a la organización de los compañeros en grupos, al margen de las clásicas estructuras confederales, por conocidas mucho más vulnerables. Creíamos además que un resurgir brioso de la CNT en aquel momento, por lo que de amenaza contra el sistema suponía, llevaba implícita la casi certeza de un nuevo desmantelamiento implacable y acaso definitivo.

Nuestro designio era contribuir a la creación de un clima que hiciera posible una reagrupación multiforme y omnipresente en todos los sectores a base de grupos encargados de llevar las ideas fuerza y la visión anarcosindicalista a los

más diversos lugares sin ofrecer un sólo cuerpo, sino más bien un entramado acéfalo, pero susceptible de recobrar de inmediato las formas organizativas normales en una situación de garantías y de normalidad.

En realidad, eran ya muy numerosos por esta fecha los grupos confederales o específicos que se movían en todo el país de manera un tanto autónoma. No obstante, la CNT como tal seguía manteniendo en Asturias la Alianza Sindical con la UGT, hecho esporádico y un tanto formal, hasta que el CRAS (64) se diluye y pasa a reforzar la CNT. Pero hay un hecho importante: empiezan a aparecer grupos antiautoritarios, autónomos e independientes, que se afincan en barrios, empresas y proliferan en todas la regiones. «Estamos realmente ante la levadura que pronto potenciará a la nueva CNT, aunque este hecho no es claramente comprendido por los comités que mantienen una representación nominal y se muestran alérgicos a las manifestaciones autónomas» (65).

En este período me encontré con antiguos compañeros y conocí a bastante gente nueva. Mientras me ocupaba en la editorial ZYX de la edición de uno de mis libros coincidí allí con Félix Carrasquer, que había sido secretario de uno de los comités nacionales clandestinos y había estado conmigo en la prisión de Ocaña y en la de San Miguel de los Reyes de Valencia. Dada la diferencia de posturas en la lucha clandestina y las condiciones casi de segregación que separó a sectores confederales en los presidios franquistas, yo apenas había tenido relación con Carrasquer. Para un número considerable de compañeros caídos en todo el tiempo anterior del colaboracionismo político en la clandestinidad, yo era un piel roja, o un esgleísta más (66).

Félix Carrasquer, que es invidente, me visitaría con posterioridad en mi domicilio de la cal e de Menorca. Me sorprendió descubrir que teníamos planteamientos muy similares en cuanto al presente y al porvenir del anarcosindicalismo y por el o inferí que sus puntos de vista habían evolucionado. Ya no le vi en lo sucesivo. Según supe después, Carrasquer había contribuido de manera decisiva a crear el grupo Solidaridad, el cual, dos años después, se hal aría presente en ocasión del relanzamiento masivo de la CNT, a finales de 1975. Este grupo había aparecido a finales de los años sesenta por la

confluencia de militantes procedentes de UTS y FST con otros militantes anarcosindicalistas. Los primeros habían evolucionado rápidamente hacia el sindicalismo revolucionario, que equivale a decir hacia el anarcosindicalismo. El grupo Solidaridad se desarrolló especialmente en Barcelona, Valencia y Madrid.

A poco conocí asimismo a otros miembros de este grupo, Agustí Oset y Luis Edo, en el sector de banca de Barcelona. Ambos desaparecieron con la operación paralela desarrollada en aquel a ciudad por los llamados Grupos de Afinidad Anarcosindicalista, antes del V Congreso

de la CNT celebrado en la Casa de Campo de Madrid (67). Eran gente inteligente y preparada, pero les faltaba experiencia, lo que, por otra parte no se les podía exigir en aquel momento. En ocasión de una conferencia que di en Valencia a finales de 1973, tomé contacto con Antonio Albiñana y Mercedes, su compañera. Ambos pertenecían también al grupo Solidaridad. Los dos se marcharon con el grupo escisionista de la CNT en diciembre de 1979 y, según creo abandonaron luego la militancia en la organización (68). Creo que mi conocimiento de Carlos Ramos y algún otro militante posterior de la CNT data de este mismo tiempo.

Otro grupo del que tuve conocimiento hacia finales de 1973 o principios de 1974 fue CRAS (Comunas Revolucionarias de Acción Socialista), aparecido en Asturias. Hubo también en este grupo una presencia cristiana en la primera fase de su desarrol o, que pronto se orientó hacía el marxismo y después, de forma ya irreversible, hacía el anarquismo, Conocí en mi domicilio de Madrid a uno de los máximos inspiradores del grupo, José Luis García Rúa, profesor universitario y hombre de gran prestigio en Asturias, especialmente en Gijón (69).

Por asociación de ideas y dentro del plan de este libro, aunque no le enmarco dentro de ninguna corriente organizativa, porque creo que nunca la tuvo, mencionaré también a Carlos Díaz, profesor de Instituto, y con quien trabé amistad después de conocerle en la editorial Zero-ZYX aproximadamente en este período. Había estudiado en Alemania y sus primeros escarceos filosóficos fueron en el campo marxista, pero también evolucionó de una forma rápida hacia el anarquismo. Su educación y sus sentimientos, empero, eran cristianos.

Ello no le impidió llevar a cabo en poco tiempo una considerable labor de

divulgación anarquista con la publicación de diversos libros. Intervenía a la vez en las actividades de los Filósofos Jóvenes y suscitaba en los medios anarquistas de Europa y América latina bastante interés, por cuanto empezó a ser considerado como un valor original dentro del campo libertario. En el curso de estos años tuvimos ocasión de hablar muchas veces. Carlos Díaz se planteaba y me planteaba constantemente interrogantes. Yo le decía que para mí la duda metódica era algo excelente, pero que al fin era necesario poder estar seguros sobre algunas cosas. Empezó a hacer un trabajo de divulgación anarquista por medio de charlas y conferencias, pero su originalidad o su heterodoxia congénita le creó bastantes problemas con determinados auditorios y ello contribuyó a afianzar su tendencia hacia la duda metódica y sistemática, con las consecuencias que en su

momento veremos (70).

Creo que en este tiempo conocí también a Enrique Barón, Amancio Cabrero, Ciriaco de Vicente y a otros jóvenes que llegarían a ser elementos destacados de diversos partidos. Con Enrique Barón intervine en una conferencia sobre el movimiento obrero español, a la que también estaba invitado Felipe González, quien no l egó a presentarse a la misma. A la sazón Enrique Barón militaba en Unión Sindical Obrera.

Como ya he dicho con anterioridad, empezaban también a pulular numerosos grupos del anarquismo joven, pero opino que el relato preciso de todo este movimiento requiere una investigación detenida que aún no se ha llevado a cabo. De este tiempo guardo una anécdota, que voy a referir, por la pequeña y justa vindicación que el o pueda suponer, aunque el personaje a quien ahora voy a referirme no ceo que merezca excesiva atención. El hecho es que hacia finales de 1973, creo, se presentó en mi domicilio de Menorca un sujeto joven, alto y corpulento, perteneciente a un grupo de Madrid, según él dijo y que en compañía de alguien había viajado al extranjero para recabar fondos y ayudas para luchas organizativas que se llevaban a cabo en el interior y que no supo precisarme en cuanto a su misión y carácter. Vino a reclamarme una cantidad que según decía habían enviado para él a mi dirección los compañeros agrupados alrededor de Frente Libertario, de París. Me sorprendí, porque tal cantidad no había llegado, ni yo la esperaba, ni nadie tenía por qué enviar nada

a mi dirección. Como insistiera escribí a Juan Monpéan, residente en la capital francesa y amigo mío, para que consultara allí a los interesados y ratificara si la cantidad había sido enviada. La respuesta no tardó en llegar. No se me había enviado nada, en primer lugar porque yo no mantenía contacto con el os en lo organizativo y porque, como me decía Monpéan, tales envíos podían suponer un riesgo para mí que el os jamás me habrían hecho correr. Le enseñé posteriormente al interfecto esta carta en una taberna de la calle de Alcalá, en el sector cercano a lo que entonces era Torrijos, se dio por enterado, pero no obstante siguió manteniendo su versión doquiera se presentaba. De el o tuve confirmación en la propia editorial ZYX, hasta donde al parecer habían llegado los ecos. Lo normal por su parte, de ser cierta su aseveración, debió ser que reclamara por escrito una confirmación de la gente que supuestamente había enviado el dinero. Mi conclusión es que este individuo y algún otro de esta especie, habían llevado a cabo en el exterior una serie de operaciones de recogida de fondos so pretexto de las luchas contra la dictadura en España, que algunas de el as pudieron resultar lucrativas para el os. Es

posible que al barruntarlo, alguien mencionara allí fuera mi nombre para quitárselos de encima, lo que por supuesto tampoco hubiera sido un proceder correcto de ser cierto. El hecho es que este “activista” clandestino no apareció al surgir a la luz la CNT con el relanzamiento democrático y al establecer el comité nacional de la CNT, del que formé parte, relaciones normales con todos los sectores afines exiliados. Era fácil una aclaración del asunto en aquel momento. Pero este individuo, empleado en una editorial, «siguió trabajando en la clandestinidad”, y en la oscuridad, donde probablemente se sentía más a gusto. Pertenecía a la deleznable especie de topos que todos hemos conocido en algún momento.

Pero los topos eran pocos y la acción clandestina, cada vez más a flor de piel, seguía su marcha inexorable. Las manifestaciones anárquicas percibidas hasta 1973 se fraccionaron en diversas tendencias. Al confluir la mayoría de ellas posteriormente en el relanzamiento de la CNT, se explicarán no pocas de las tensiones que acompañarán esta nueva fase de la vida organizativa de la misma. Hacia mediados de 1973 coexisten de hecho los organismos oficiales,

digamos, de la CNT y los grupos nuevos del anarquismo-anarcosindicalismo, originándose por ello ciertas tensiones, sobre todo y ahora, en Cataluña.

Pero precisamente la presencia inocua, casi sólo formal de tales organismos oficiales, comité nacional y regionales, etc., hace posible en abril de 1973 la celebración de una Conferencia con un ambicioso orden del día tendente a preparar un futuro congreso de la CNT. Nacen de estas actividades un boletín de discusión interna, *Opción*, otro dedicado a la información, *CNT Informa* y, además, la revista teórica Acción Anarcosindicalista. A pesar de las importantes expectativas de esta Conferencia no se darán otros resultados espectaculares hasta finales de 1975, momento del brioso relanzamiento de la CNT.

«Dentro de esta efervescencia, normalmente confusa, aparecen grupos revolucionarios, como el MIL y el GAC (Grupos Autónomos de Combate), últimas manifestaciones de la guerrilla urbana, que son rápidamente desarticulados. La represión se extiende a los núcleos autónomos preocupados por la reorganización confederal, originándose nuevas dispersiones (71)».

En cierta manera y como consecuencia de este ambiente, *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, de París publicaría en 1974 un suplemento dedicado a El Movimiento Libertario Español. Se trataba de un denso texto de 350

páginas, con encuestas, ensayos y reproducciones de escritos históricos. En la parte del suplemento en que se toca a la organización específica del anarquismo (FAI), se incluye precisamente un texto de los Grupos Autónomos de Combate (72).

Estos grupos, que como hemos dicho van a ser desmantelados de inmediato, manifiestan en el suplemento de Ruedo Ibérico a que nos referimos respecto al Sentido actual de las enseñanzas de la FAI. Es un texto breve y enjundioso en que se desmiente que la organización específica del anarquismo pueda constituir una vanguardia dirigente de ningún sector del movimiento obrero y expresan así su punto de vista:

-Estos grupos de acción no pueden constituirse en partido ni en dirección del movimiento obrero, sino ser vanguardia en los hechos, en la práctica, en el apoyo concreto aportado a las luchas:

- No pueden ser ajenos o exteriores a la clase obrera, sino formar parte de ella.

- Es todo el movimiento de la clase obrera el único que puede realizar los objetivos revolucionarios; una organización de vanguardia sólo puede ser realmente eficaz y positiva si abandona toda pretensión sustituista y hace suya en la práctica la norma según la cual la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. Tal es el sentido actual de las enseñanzas de la Federación Anarquista Ibérica.

Se trataba de un tema polémico que habían abordado la mayoría de los historiadores del movimiento obrero español en los últimos tiempos, tanto españoles como extranjeros, tanto del contexto general de la guerra civil como referidos a textos exclusivamente monográficos. En la mayoría de ellos la FAI aparecía como la entidad maquinadora que llegó a asumir un control de la propia Confederación Nacional del Trabajo, conduciéndola a situaciones maximalistas capitalizadas en último extremo por las derechas españolas.

Intervine también en la encuesta de ese suplemento de Ruedo Ibérico que abordaba los problemas del movimiento libertario español. En el temario, seleccionado para cada uno de los encuestados, se me hacía directamente esa pregunta sobre la FAI. Mi respuesta negaba aquellos criterios, adelantados de manera diletante por historiadores con título y plenamente profesionales. Estos historiadores se incluían dentro de un abanico de tendencias muy dispares y yo los señalaba en la

encuesta. Por una parte Velarde, Ricardo de la Cierva, Cantarero del Castillo; por otro los izquierdistas: Termes Ardevol, Balcells, Juglar y posteriormente, Elorza. Con diferentes matices, casi todos el os distinguían en diversos grados entre CNT y FAI, derivando de el o una contraposición entre anarquismo y cenetismo. Decía yo que el ataque a la FAI como entidad supuestamente manipuladora de la CNT, en el fondo no era sino el ataque consciente a lo constitutivo de la CNT, a su anarquismo y antigubernamentalismo. Porque en realidad las ideas-fuerza del anarquismo eran congénitas a la CNT y se proyectaban de acuerdo con las directrices de la Internacional en España (73). Por lo cual la CNT no podía ser la organización

sindicalista, aséptica, a quien la epilepsia de los anarquistas de la FAI comunicó un maximalismo delirante.

Este planteamiento, patente como digo en la inmensa mayoría de los historiadores, desde los anglosajones a los españoles, me llevó finalmente a la decisión de escribir una *Historia de la FAI*. Fui madurando el proyecto en este tiempo y lo puse en vías de realización a finales de 1975 (74).

Notas

(60) Sociología e Historia, Ed. Zero, Madrid, 1973.

(61) Editorial Ballard, París, 1973.

(62) El Laberinto Español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil. Ruedo Ibérico, París, 1962.

(63) Sociología del anarquismo hispánico, Ed. Ricardo Aguilera, Madrid.

(64) Sigla de Comunas Revolucionarias Autónomas Socialistas.

(65) Historia del arnarcosindicalismo español; epílogo hasta nuestros días: *La España del éxodo y el llanto*; Cuarta edición revisada y ampliada, 1978.

(66) Esgleísta, seguidor de Germinal Esgleas, secretario general del exilio hasta el momento de mi detención y compañero de Federica Montseny, muerto hace dos años. Ni que decir tiene que en medio de

las contingencias de ese periodo, tales calificaciones eran indudablemente peyorativas.

(67) En mi libro sobre el relanzamiento de la CNT, casi terminado a estas alturas, hago la crónica de este episodio.

(68) Ibidem.

(69) José Luis García Rúa, militante destacadísimo en el proceso de relanzamiento de la CNT.

Orador y conferenciante incansable en los actos públicos de la organización.

(70) Algunos de sus libros más importantes son: EL anarquismo como fenómeno político-social; 16 tesis sobre el anarquismo (en colaboración con Félix García); Las Teorías anarquistas; La actualidad del anarquismo, y otros.

(71) Epílogo hasta nuestros días, de la Historia del Anarcosindicalismo Español, cuarta edición, 1978.

(72) Ruedo Ibérico: Movimiento Libertario Español, 1974, p. 297.

(73) Ruedo Ibérico: encuesta sobre el movimiento libertario español, 1974, ps. 169-174. En esta ocasión utilicé el seudónimo de José Campos. Los criterios aquí expuestos los he desarrollado asimismo en mis libros *Historia del Anarcosindicalismo Español* e *Historia de la FAI.*

(74) El libro fue publicado a principios de 1977, Ediciones Zero-ZYX, Bilbao-Madrid.

EL BIENO 1974-1975

El año 1974 empezó, con otros hechos destacados, con la condena a muerte de Puig Antich, joven de orientación anarquista envuelto en un grave hecho conspirativo, no de tendencia libertaria precisamente. En junio de ese mismo año el partido comunista español celebró una

reunión en Ginebra y en julio se constituyó fuera de España una Junta Democrática que engloba desde comunistas hasta elementos monárquicos españoles. El 9 de julio Franco sufre una flebitis y es hospitalizado; al agravarse, el 19 de julio remite provisionalmente sus poderes a Juan Carlos; el 2 de septiembre Franco se ha restablecido y el 10 del mismo mes Arias Navarro anuncia una política de liberalización; el 30 de noviembre, la conferencia episcopal reclama el reconocimiento de los derechos de asociación, de reunión y de expresión. El régimen flexiona, está sometido a innumerables presiones internas y externas, se empieza a gestar el desbordamiento. La cronología de 1975 la incorporaré a su debido tiempo.

Creo que fue a mediados en 1974 cuando tomé casualmente contacto con un grupo interesante de sindicalistas en evolución. Me refiero a Ceferino Maeztu y a sus compañeros de UTS: Ya he hablado de este grupo en páginas anteriores en que hice un resumen de la actividad asociativa que se llevaba a cabo en un país que el franquismo no había podido congelar. En una ocasión, un amigo y compañero, conductor de la sociedad madrileña de autobuses, EMT, Santiago Remesal, me llamó a casa por teléfono para invitarme a unas reuniones sindicales que se llevaban a cabo en locales cercanos a la glorieta de San Bernardo, a cargo de gente de diversa significación. Prometí asistir. Santiago era hijo de un militante confederal y se había ido formando prácticamente él mismo en una postguerra durísima. Su actividad en la EMT desde que empezó a trabajar en la empresa fue considerable. Llegó a desempeñar una función en el jurado de empresa y desde al í, casi en solitario, hizo al verticalismo la oposición que pudo. Llegó a ser persona de gran ascendiente en la EMT y respetado por

los trabajadores. En diversas ocasiones asumió grandes riesgos y a punto estuvo en el as de perder el trabajo y también la libertad. El trabajo clandestino de Santiago fue en verdad ejemplar, pero sin embargo también él se eclipsó con el advenimiento de la democracia. Posteriormente supe de graves problemas familiares que habían alterado su vida de modo irreversible.

Estuve pues en aquel a reunión de San Bernardo, donde se abordaron problemas del sindicalismo y del movimiento obrero. Había una diversidad de gente, la mayoría amigos de Maeztu, dado que era éste quien convocaba.

Aquel a reunión no presentaba grandes novedades con relación a las incontables a que había asistido desde mi llegada a Madrid, en los inextricables cruces de caminos de aquel tiempo. La gente buscaba clarificación desde la incertidumbre radical en que se hal aba casi

siempre. Para empezar había un hecho claro alrededor del cual todos coincidían: el rechazo del verticalismo.

Otras nociones complementarias eran las de la unidad y la autonomía obrera.

Esta última noción llegó a convertirse en idea-fuerza para innumerables grupos de este tiempo y con el a se preparaba el tránsito de la independencia de los sindicatos respecto a los partidos y, un poco más al á, al sindicalismo revolucionario. La gente que allí vi estaba en movimiento hacia esa meta, pero a niveles a veces no poco diferenciados entre sí. Fue como tantas otras, una reunión interesante y constructiva, en la que intervinimos muchos de los presentes. Allí conocí a Ceferino Maeztu. Provenía del falangismo de izquierda y por sus propios pasos se había ido despegando de éste hacia cauces más clásicos del sindicalismo obrerista. Cuando yo le conocí su ruptura con el falangismo era total. Se trataba de un periodista de élite, buena persona y correcto en el trato, muy firme en sus creencias personales. Hablaba por aquel tiempo un lenguaje parecido al nuestro, no en vano la literatura clásica había circulado profusamente por el país, pero no era en verdad un militante del sindicalismo revolucionario, sino un líder en potencia. Gran conocedor de los tinglados del sistema, llevó una prolongada lucha contra éstos, pues se recordará que fue fundador con Camacho, Ariza, y otros, de Comisiones Obreras de Madrid y fue encarcelado con éstos en una ocasión, a raíz de la cual perdió su puesto de enlace sindical. Hubiera podido llegar a ser todo dentro del

sindicalismo vertical por su preparación e inteligencia, pero en su proyección humana eligió la heterodoxia y el riesgo y renunció a los privilegios del sistema.

Con posterioridad fui conociendo a otros componentes del grupo, todos ellos integrados en UTS. No quiero dejar de señalar a algunas personas que conocí en este período, como José de Diego y María Luisa Barceló, que constituyeron pareja, Pepe Ortega, Manuel Somoza y los hermanos Domingo y Eloy Martín y otros muchos, todos entusiastas y deseosos de aprender y que aprendieron.

Volveré a hablar de ellos más adelante, porque mi contacto con toda esta gente y mucha más ya no terminaría hasta finales de 1975 en que se presentó para la mayoría la necesidad de elegir un camino definitivo. Las charlas, conferencias, mesas redondas se sucedieron durante estos dos años, pero no siempre con la misma gente, porque el trasiego, las idas y venidas, el asomarse para observar de muchos fue permanente.

Otras gentes de los cruces de caminos de estos tiempos se encuadraban en actitudes próximas a las anteriores, pero sin embargo diferenciadas. Me refiero a un grupo organizado en un Frente Sindicalista Revolucionario (FSR) de origen parecido al de Maeztu. Aquí destacaba una figura notable, el doctor Narciso Perales, antiguo falangista de la Auténtica, de matiz hedil ista, que llegó a tener graves problemas con el régimen, sufriendo incluso prisión o detenciones por ello En los contactos que tuve con el doctor, excelente persona en el trato, comprobé que seguía sentimentalmente vinculado a algunos de los aspectos más humanísticos de la mitología joséantoniana. Me pareció sin embargo que la evolución del doctor Perales era en cierto modo comparable a la de Dionisio Ridruejo, personaje asimismo oriundo del falangismo cuya evolución hacia las ideas democráticas dejó huel as persistente en la literatura y en la sociología de su tiempo al morir en edad aún temprana. Al lado de Perales aparecía un joven inteligente, Javier Espinosa, que a la sazón ya había leído mucho y se inclinaba hacia el sindicalismo revolucionario. Pero más adelante se presentará ocasión de indicar la trayectoria última de todas estas personas, culminación de su meritoria evolución personal.

Mención especial requerirá probablemente en esta galería de personajes la figura de José Luis Rubio, a quien como se dijo, conocí personalmente en la editorial ZYX y quien posteriormente escribiría el prólogo a mi libro Historia del Anarcosindicalismo Español. La verdad es que ya le conocía, como también advertí, desde mis tiempos del penal de Burgos, cuando con verdadero pasmo leía yo en la revista *Índice* sus artículos de inspiración libertaria. Esto era al final de los años cincuenta y comienzo de los sesenta y ni yo ni los amigos comprendíamos cómo se podían escribir «ya» en la calle tales artículos mientras nosotros nos hallábamos aún en prisión. La razón está en que el país ya no era el mismo de los tiempos en que se habían dado nuestras detenciones.

Rubio era profesor universitario y había estado también en el Frente de Juventudes, pero su evolución personal había empezado rápido y fue profunda.

Cuando le leí por primera vez en la cárcel sus trabajos llevaban el sello del sindicalismo revolucionario (75). De cuantos había conocido hasta aquel momento provenientes de campos ajenos al anarcosindicalismo, era indudablemente el de mayor preparación teórica y quien más había profundizado en las raíces del verdadero sindicalismo autónomo, es decir, el revolucionario. Al principio deduje que entre él y nosotros existía una coincidencia casi completa, pero el tiempo iría desvelando discrepancias que se revelarían de fondo, como

veremos. Mas en todo aquel largo tiempo que empezara en los años de Burgos y continuaría otros muchos más hacia adelante, los trabajos de José Luis Rubio llevan el sello de la originalidad y la ruptura con las ideas dominantes de aquel momento.

Es por el o que le ensalzaría a la sazón uno de los disidentes ilustres del falangismo, Cantarero del Castil o, quien en los últimos tiempos del franquismo había intentado establecer puentes entre el falangismo y el socialismo (76). En una obra anterior *Tragedia del Socialismo* (77) ponía Cantarero el acento en las contradicciones de este socialismo, que no había resistido en algunas situaciones históricas la tentación de la violencia revolucionaria. Por cierto que Cantarero sometía en esta obra suya a fuerte crítica a mi *Historia del Anarcosindicalismo* y a mí mismo por mi defensa de este último. En este caso, Cantarero no responsabilizaba a ninguna organización específica del

anarquismo de la trayectoria revolucionaria de la CNT, sino al "pathos" mismo de la organización, y en ello acertaba. Aquí también la violencia irreflexiva conducía a una capitalización por parte de los sectores reaccionarios. Cantarero no atendía a las reflexiones teóricas de fondo, a la necesidad de establecer una coherencia entre fines y medios y de eludir los peligros mortales de la integración al sistema, lo que supone otro tipo de capitalización sin retorno por parte del sistema mismo. Atento a la temporalidad estricta del quehacer político y revolucionario, olvidaba Cantarero la realidad de las grandes revoluciones transformadoras que han contribuido a cambiar la faz del mundo.

Pero él tenía detrás la guerra civil y el franquismo, de donde había salido. Al romper con él era normal que sólo pudiera entrever el sistema democrático, que hoy no es otra cosa que el sistema integrador sin más. Hay que reconocer, no obstante, que para él era bastante. Pero Cantarero conocía a José Luis Rubio mejor que yo y entreveía, acaso a través de una relación personal más continua, que su sindicalismo revolucionario tendía en realidad a ser sindicalismo político, es decir, pestañismo. Era así y en los primeros tiempos del período democrático, junto con un grupo de amigos, José Luis Rubio daría nueva vida al partido sindicalista que fundara Ángel Pestaña en 1933. Para mí la cuestión no estaría clara hasta más adelante en que llegarían las confrontaciones directamente.

Notas:

(75) Para entonces J. L. Rubio ya habla publicado en ZYX su Rebelión mestiza. Luego publicaría Desarrollo Sindicalista, Un socialismo de hombres libres y la lucha ideológica en la ciudad.

(76) Cantarero del Castillo: Falange y Socialismo, Dopesa, 1973.

(77) Dopesa, 1971.

OTRA VEZ LAS ARTES GRAFICAS

DE NUEVO LA MAFIA EN EL SECTOR

Creo qué fue por medio de cierta gente que había pasado por la editorial ZYX, ahora colocada en la editorial Sedmay, que empecé a hacer traducciones para esta empresa. Al í, además de estos antiguos amigos de ZYX conocí a María José Fraguas, hermana de Forges y a otras personas de considerable calidad humana, de quienes conservo buen recuerdo. Hice la traducción de libros interesantes, como la autobiografía de Howard Hughes, que en realidad se había debido a la pluma de Clifford Irving y era por ello una falsa autobiografía (78); después traduje *Bajos Fondos de la calle Gorky*, de Yuri Brokin, una panorámica del Moscú de nuestros días. Al mismo tiempo ofrecí a la editorial una narración, *Situación Límite*, que escribí en esta época desarrol ando uno de los relatos de mi librito de *Cuentos Carcelarios*, *Los desesperados*; ese libro era en realidad la descripción del intento de fuga en que intervine hallándome en la prisión valenciana de San Miguel de los Reyes, cumpliendo la sentencia de treinta años que me impusiera el tribunal militar en la localidad de Ocaña. La editorial aceptó el texto, que se publicó en 1975 (79). Poco después me confiaron la traducción de *The Taxi-Driver* (El Taxista), obra también llevada al cine. Hice con normalidad el trabajó y lo entregué. Como se sabe, era el relato de la vida y las peripecias diarias de un taxista neoyorkino, a quien le ocurría de todo. Él era de Brooklyn y se hallaba rodeado de gente que hablada el “slang”, especie de caló utilizado especialmente por los negros de la zona: Mientras yo entregaba la obra llegaron a la Sedmay unos argentinos en busca de trabajo. Se presentaron como traductores y a poco tuve ocasión de hablar con la joven que l evaba el departamento de traducción que me daba trabajo. Esta me dijo que, según los argentinos, que habían visto mi traducción ignoro por qué, yo no conocía el slang americano y observaban por el o fallos en el texto. Me eché a reír y pregunté a la chica si el os, los argentinos, lo conocían. Entonces pude leer algunas cosas que el os habían traducido, escritas a mano y era algo penoso,

aparte de abundar en expresiones como aquel o de “Te espero en una hora” y demás. Pero el hecho es que ya no volví a traducir para Sedmay. Aquel a gente me había empujado fuera. No llegué a conocer personalmente a ninguno de el os, pero alguien me dijo que habían establecido relaciones personales con la chica a cuyo cargo estaba el

departamento. Me pregunté quienes serían y puse en duda que se tratara de emigrados políticos. Pensaba yo en la emigración española de postguerra hacia América latina y en la honorable conducta que en general habían mantenido durante muchos años dentro de los países que los acogieron. Posteriormente correrían rumores sobre el carácter mafioso de algunos de estos grupos oscuros que solían actuar con una falta total de escrúpulos. Aquello momentáneamente quedó así.

También he de decir que la Sedmay publicó mis traducciones, pero sin mi nombre, completamente anónimas, por lo que de hecho, aquí también oficié de

"negro", aunque ya no como escritor, sino como traductor. En lo que a *Situación Límite* se refiere, el prólogo que escribí con mi firma se lo apropió el editor, José Mayá, que puso la suya, aunque esto quizás fuera una atención del propio Mayá, por lo que deba estarle agradecido. Por la narración me dieron una cantidad, que he olvidado. Posteriormente intenté aclarar cual era la situación del libro en cuanto a liquidaciones, pero no conseguí que nadie me aclarara nada, era imposible sacar un sólo dato de la inextricable maraña allí montada. Aquel o acaso se debiera a mi pobre experiencia en cuanto a cobrar derechos de autor se refería o la extraordinaria pericia de los editores en no pagarlos. .

Sin embargo, al cabo de unos meses me llamaron de nuevo. Un amigo me dijo que Sedmay iba a editar una enciclopedia de sicología y me propusieron colaborar. Llegué de nuevo allí, me presentaron al director del nuevo trabajo en perspectiva, un hombre joven, de apariencia fina. Era un argentino. Con ciertas prevenciones escuché las explicaciones que me daba y me dijo que debía hacer una prueba. Expliqué con algún humor que había traducido ya varios libros allí, además de publicar uno propio, pero adujo que era una norma para todos. Me dio un capítulo, lo traduje y cuando lo hubo leído quedó tan satisfecho que me propuso trabajar en el proyecto como corrector de estilo. Le dije que no me

gustaba corregir el estilo de los demás y prefería ir de traductor. Empecé de traductor, hice tres o cuatro entregas y un buen día una joven que hacía de secretaria me dijo que el director quería hablar conmigo. Llegué, estaba allí, muy suelto de palabra, muy educado, pero algo reticente. En la mano llevaba una lista en la que habían anotado defectos en mi trabajo. Parece que había algunos galicismos, que no explicitó y además había escrito treinta veces la palabra sicología sin p. Repliqué que si había galicismos, su corrección era propio del trabajo del corrector de estilo que está precisamente para

esas distracciones del traductor. En cuanto a la palabra sicología le pregunté si no sabía que hacía años que en este país la palabra se llevaba sin p. El hombre, eludiendo la observación, siempre muy fino me dio a entender que iba a prescindir de mí. Comprendí que habían llegado otros amigos suyos, o los que ya estaban querían garantizarse el trabajo por más tiempo. Entonces estallé y el hombre se inmutó. Le dije que yo también tenía amigos, no de los que empleaban un lenguaje fino, sino un slang castizo que comprendía todo el mundo a las primeras de cambio. Entonces se excusó, me dijo que lo olvidara, que seguiría dándome trabajo. Respondí que no trabajaría más para él y me marché.

Más tarde tuve conocimiento de cosas como éstas en que habían intervenido individuos de esta clase y de esta nacionalidad. Posteriormente, tras el relanzamiento democrático y el advenimiento con categoría constitucional de la libertad de mercado y de las reducciones drásticas de plantil as que van unidas a la crisis económica, aparecería una clase de personas especializadas en la destrucción de empresas, de acuerdo con los criterios de los grupos financieros que las sostenían. Las empresas se mantienen o se hacen desaparecer si las mafias bancocráticas que hay detrás consideran que no se ha obtenido la rentabilidad prevista en las planificaciones económicas previas. Parece que ciertas empresas empiezan ahora a utilizar mafias de bajo nivel para quitarse de en medio personas non gratas. Llegan, estudian el terreno, desplazan a la gente incómoda, dan informes en muchos casos falsos a la empresa y ésta procede, prevalecida de que, en realidad, en estos momentos el despido es libre. Pues bien, parece que grupos integrados por individuos semejantes a los que me he

referido están operando en algunas empresas de Artes Gráficas que tienen nombres muy concretos.

Todavía hay más: existen pequeños industriales que trabajan de manera muy ingeniosa. En una ocasión, unos amigos me dieron la dirección de una editorial que necesitaba traductores. Era en la zona de Iglesias, creo, hablé con el dueño y claro, había que hacer una prueba. Me dio una novela inglesa y me dijo que le tradujera dos capítulos. Consideré que con uno había suficiente y en eso quedamos. Me entretuve un rato hablando con él respecto al problema no resuelto de la traducción fiel o la traducción imaginativa. El propietario no tenía una idea muy clara al respecto. Eso sí, dijo, lo que le interesaba era la traducción bien hecha. Mientras salía y delante de la habitación en donde habíamos hablados había otras dos personas. A los dos días le llevé el capítulo traducido, unos catorce folios, mas

tuve que esperar a mi vez, porque en el despacho del dueño de la editorial una joven estaba hablando con él. Al salir vi que llevaba unas fotocopias en la mano. Se trataba de una traductora. Cuando me marché, después de dejar mi trabajo, en el largo pasil o que era necesario recorrer para llegar a la planta baja donde estaba la editorial, me crucé con otro individuo que llevaba una cartera y varios folios en una mano. Por supuesto que ya no volví a saber nada del dueño de la editorial, a pesar de haber prometido una respuesta. Lo comprendí cuando alguien me dijo a raíz de esto que había gente que utilizaba estas pruebas de los traductores, no pagadas, por supuesto, para lanzar al mercado las traducciones completas de ciertas obras sin pagar un céntimo por el trabajo. Pero eran miserias de un sistema económico, espina dorsal del sistema político, en el que el trabajo que vendemos no se utiliza para contribuir al bienestar general de todos, sino para la acumulación de beneficios en favor de unos pocos. Esto tipifica la irracionalidad del capitalismo.

Otro caso de que puedo dar testimonio, de menor importancia, pero también característico del sector, ocurriría en fecha ya más cercana al momento actual.

Determinada editorial barcelonesa me pidió un libro sobre proyección de los libertarios en la guerra civil. Me puse al trabajo y en dos meses terminé un libro de 221 páginas sobre esa apasionante vicisitud. Titulé el libro *El Movimiento Libertario en la guerra civil*. Lo publicaron, pero antes de que el libro llegara a

mis manos alguien me llamó desde Barcelona para decirme que había leído un libro mío reciente titulado *Los anarquistas en el gobierno* (80). Inocente de mí, le dije que yo no había escrito ese libro, pero se echó a reír y me dijo que lo tenía al í, a mano. Entonces comprendí. Habían modificado el titulo sin contar conmigo.. Ignoro quien, pero lo habían modificado. La cosa en sí parecía a primera vista de menor importancia, pero bien mirado, era cuando menos capciosa y de cualquier modo trascendía una intencionalidad política. No conseguí que nadie me aclarara esta irregularidad. En lo sucesivo, desde la administración y en los primeros tiempos me fueron enviando balances administrativos en redacción con el libro. No soy muy dado a los números pero saqué la impresión de que los saldos eran cada vez más desfavorables para mí.

Notas:

(78) Autobiografía de Howard. Hughes, Sedmay Ediciones, 1975, Madrid.

(79) *Situación Límite*, Sedmay Ediciones, 1975, Madrid.

(80) J. Gómez Casas; *los anarquistas en el gobierno, 1936-1939*, Editorial Bruguera, Barcelona, 1977.

SE INICIA EL ANO 1975

REVISTAS DE ESTE TIEMPO

El año 1975 empezó en este país fuertemente condicionado por la revolución de Los Claveles en Portugal, que había terminado con el régimen de Salazar y la evolución de los acontecimientos allí era seguida con verdadera pasión en nuestro ámbito. El 10 de febrero de este año se hizo pública una petición avalada por 160.000 firmas que, en nombre de la Comisión Nacional de Justicia y Paz reclamaba una amnistía general para todos los presos políticos. El 4 de marzo se dio la dimisión del ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, seguida de una remodelación gubernamental, advirténdose un endurecimiento del régimen. El 25 de abril Franco decreta el estado de excepción en dos provincias vascas, tras algunos atentados cometidos por ETA; el 15 de julio califica de

"perros que ladran" a los partidarios de la democratización, pero antes, en junio, Arias Navarro anuncia medidas "anticomunistas". Crece en este tiempo la tensión entre Madrid y Rabat respecto al Sahara Español. El 27 de agosto tras la muerte de tres policías por un comando del FRAP, se proclama la ley antiterrorista. En agosto dos militantes de ETA son condenados a muerte. Del 12 al 19 de septiembre 8 militantes del FRAP y uno de ETA son condenados a muerte. Llegan a Franco de todo el mundo llamamientos a la clemencia, pero el 25 de septiembre cinco condenados son ejecutados en Madrid, Burgos y Barcelona. Inmediatamente se producen en el extranjero numerosas manifestaciones antifranquistas. El 1 de octubre mueren tres policías en Madrid. El 4 se renuevan los acuerdos hispanoamericanos por cinco años. El 17

de este mes Franco, enfermo, abandona el consejo de ministros y el 21 se le diagnostica una crisis de insuficiencia coronaria aguda. El 1 de noviembre el rey de Marruecos desencadena la "Marcha Verde" sobre el Sahara español. El 3 de noviembre Franco es operado en el Pardo y el 7 es transportado a La Paz, donde se le opera por segunda vez. Este mismo día los marroquíes franquean la frontera del Sahara Español. El 14 de noviembre Franco sufre una tercera

operación y el propio 14 los negociadores españoles y marroquíes llegan a un acuerdo sobre el Sahara. El 20 de noviembre muere Franco, dejando el futuro del país completamente desatado. El 23 de noviembre, tras las exequias de Franco, Juan Carlos presta su juramento ante las Cortes. Cuatro días después es proclamado rey. El 2 de diciembre Fernández Miranda es nombrado presidente de las

Cortes. El 5 Arias Navarro es confirmado en la presidencia del gobierno.

Así se sumarizan los hechos políticos de este 1975, año de transición a la democracia. Los corifeos del régimen no acaban de creerlo, creen que están soñando.

En este 1975 empezaron a llegar a España algunos emigrados de la guerra civil. Llegó Diego Abad de Santillán, personaje histórico de la guerra civil, a quien ya antes y después se le conocería por su ingente trabajo de divulgación en el campo del movimiento obrero español y societario en general. No tuvo buena acogida en Barcelona en una presentación pública en que el auditorio rechazó en parte sus planteamientos. Santil án había hecho una exposición moderada que no conectaba con el radicalismo juvenil de aquel tiempo. Le vi posteriormente en Madrid y cambiamos impresiones. Después se establecería en la capital, en una zona ubicada en el Paseo de Extremadura.

Otro viajero sería Fidel Miró, otro histórico, elemento destacado de las Juventudes Libertarias de Cataluña durante la guerra civil, con papel muy activo en el proceso. Se había establecido en Méjico, donde fundó una editorial (81) y la revista *Comunidad Ibérica*. Tomé contacto con él por primera vez precisamente en esta revista, con la publicación de mi trabajo sobre el cincopuntismo, ya aludido. Publiqué luego otros trabajos en la revista. También me entrevisté con él a su paso por Madrid, camino de Cataluña y procedente de Méjico. Le vi otras veces y nuestras relaciones entonces fueron cordiales, hasta que el proceso posterior del relanzamiento confederal, con la precisión de posturas a que dio lugar, marcó un distanciamiento entre ambos, el cual, por otra parte jamás se evidenció expresamente. Sólo dejamos de comunicarnos.

Como se ha visto por la cronología el régimen flexionaba por estar sometido a muy numerosas presiones internas y externas, luego daba marcha atrás, se

endurecía, pero la ebullición era incontenible, como ya he manifestado y el desbordamiento estaba en adelantado estado de gestación: Fue entonces, en una reunión accidental a la que concurrimos elementos diversos, donde surgió la idea de lanzar una revista. La publicación sería abierta, a partir del antifranquismo y antiverticalismo, por supuesto y se expondrían en el a con libertad diversas alternativas y planteamientos. La idea era excelente porque nos permitiría disponer de un órgano propio para la expresión libre y

directa.

Acordamos denominar *Sindicalismo* a la nueva publicación.

Pero antes de pasar a relatar el nacimiento de la revista *Sindicalismo*, que se daría en abril de 1975, acaso sea interesante hablar de aquellas publicaciones que, desde el comienzo de los años sesenta, y aún antes, constituyeron por sí mismas verdaderas pasarelas para la comunicación recíproca, auténticos cruces de caminos donde los viandantes se paraban a otear el panorama, a conservar y a tomar conciencia de cuantos en aquel os momentos estaban en marcha. La verdad es que la mayoría de las revistas populares hicieron oposición antifranquista de un modo u otro. Estuvieron en gran número y me referiré sólo a aquellas con las que mantuve una relación en un momento determinado. De mis tiempos del penal de Burgos ya mencioné la revista *Índice*, cuyo director era Juan Fernández Figueroa. Ya he hablado con anterioridad de esta revista y de los textos allí publicados antes ya de los años sesenta. También me gustó *Ínsula*, con un carácter más literario, pero en esta publicación transcendía también su clara oposición al sistema desde la pura exposición literaria. Otra de este tiempo fue la revista *Acento*, que no duró mucho y estaba a cargo de literatos, artistas y gente nueva de teatro. Cuando llegué a Madrid en 1966, la primera ya tenía una larga andadura oposicionista. Recuerdo los meditados trabajos marxistas de Aumente, que me sorprendían tanto como los libertarios de José Luis Rubio en el período de Burgos. Creo que publiqué en *Índice* un trabajo sobre algunas consecuencias tardías del cincopuntismo confederal, relacionado con una conferencia que en Valencia había dado Juan López (82), tras su regreso a España en los años sesenta. Este veterano militante, fal ecido poco después, había defendido un sindicalismo posibilista en conexión con el intento llamado de los cinco puntos. Enunciaba yo en mi

trabajo de Índice mi deseo inicial de referirme críticamente a la postura de Juan López, pero finalmente me había parecido más constructivo de cara al mañana referir el escrito a quienes defendían concepciones sindicalistas revolucionarias con proyección de futuro. De ahí que decidiera dedicar el escrito como carta abierta a José Luis Rubio. No obstante, y como se verá, tampoco esta cuestión estaba clara. *Índice* desapareció durante un tiempo y reapareció en 1982, pero a mi juicio ya sin el mordiente del período anterior. No incide como entonces y trata los problemas como a distancia.

Otras revistas decisivas para la transición democrática fueron *Cuadernos para el Diálogo, Triunfo, Cambio 16* y *Destino*. Todas el as

constituyeron tribunas libres para la transición y el futuro y desde sus páginas se defendieron diversas visiones de ese futuro. En el momento del tránsito la CNT no se vio discriminada en ninguna de el as. Eso no quiere decir que no se luchase ya por parte de los diversos grupos políticos presentes en el espectro de izquierda por establecer en los medios de comunicación una influencia hegemónica.

Cuadernos para el Diálogo, con Pedro Altares como director, exhibía un cierto talante socialista y con frecuencia aparecían en sus páginas figuras del PSOE de nuestros días. Pero no pusieron la proa a ninguna tendencia. En su colección de los Suplementos, *Cuadernos* publicó en 1973 un trabajo de Carlos Díaz titulado *3 Biografías* (Proudhon, Bakunín, Kropotkin), verdaderamente interesante (83).

El número de junio de 1975 de *Cuadernos* fue secuestrado y por esta razón apareció doble en julio, loando la figura del desaparecido Ridruejo por su dedicación al trabajo de construcción de un futuro democrático. En este número aparecía también un artículo sobre la oscura y apasionante situación en Portugal, así como un trabajo mío sobre la figura de Emmanuel Mounier en relación con el anarquismo. Fue resultado de una polémica entre A. Carlos Comín y Carlos Díaz respecto al filósofo francés, a quien se ensalzaba desde hacía años en España por parte del progresismo. Mounier era un filósofo cristiano a quien los cristianos españoles enmarcados en el marxismo-comunismo trataban de adscribirse. Me manifesté en mi artículo de acuerdo con Carlos Díaz en que Comín, recientemente fal ecido también se proponía

“desterrar fundamentalmente el uso anarquizante” de la lectura de Mounier.

En su carta imaginaria a éste último afirmaba que creía no haber dicho nunca

“que tu pensamiento sea un pensamiento marxista”. Le decía yo a Comín que hacía muy bien en no hacerlo porque, a pesar de su diálogo con los marxistas, Mounier lo hacía, curiosamente, no desde el pensamiento cristiano, si es que éste existe, sino desde las ideas-fuerza de J.-P. Proudhon, lo que se podía constatar con la lectura de *Manifiesto al servicio del Personalismo*, y con la de *Comunismo, Anarquía, Personalismo*. Mounier era Proudhon en un setenta por ciento. Los temas fundamentales de nuestro tiempo estaban entrevistos por Mounier a través de El Principio Federativo de Proudhon (84). Así Mounier recibía la herencia del socialismo científico francés (85). Porque descentralización, autonomía personal

y de grupo y, por consiguiente federalismo económico y político estaban esencialmente en Mounier porque antes habían estado en Proudhon (86). Mounier, ingeniero, inteligencia cartesiana de primer orden y escritor de raza, dialogaba mucho menos con los libertarios porque se entendía con ellos en mayor medida. Mounier había recibido parte del citado socialismo científico francés y "las sugerencias del sindicalismo revolucionario, el de los hombres libres y altivos de la Carta de Amiens y la transmuta a través de su visión cosmogónica-teológica del mundo"

(86).

Triunfo: Algo similar ocurrió con esta revista en todo ese período, pero aquí la tónica del equipo que dirigía la revista era distinto. No predominaba la línea

"socialista", sino claramente la "comunista", sin estridencias, por supuesto, sin hegemonismo, porque se trataba de un "comunismo anticipatorio", no dogmático, capacitado para vivir y dejar vivir y encarnado en una generación que había creído íntegramente en el significado de la palabra democracia.

Cuando menos lo era el grupo que dirigía la revista. Este empezaba por el subdirector, Eduardo Haro Tecglen. Ignoro en realidad su significación política de entonces y de ahora, pero parecía trascender de su toma de posiciones en la sección internacional de la revista. Sus trabajos eran todos de altura, pero traslucían un claro alineamiento: no había más que un imperialismo, el tradicional, el clásico, modernamente representado por los Estados Unidos.

Todos sus trabajos anteriores a Vietnam, del Vietnam y posteriores al mismo estuvieron siempre orientados a subrayar el imperialismo incurable de los Estados Unidos de América sin que, según creo, hubiera un análisis de las condiciones en que se desarrol aba el imperialismo ascendente de la Unión Soviética ni de su estrategia de avances seguros e irreversibles, ni de la represión ejercida contra otros pueblos del Este, desde Hungría hasta Checoslovaquia. Los artículos magistrales de Haro Tecglen eran un martil o que semanalmente incidían sobre la conciencia del lector, predisponiéndole a aceptar una visión de propaganda-estrategia, según la cual los americanos serían el impulso imperialista, mientras en los rusos estaría el de la paz y la libertad.

Otros componentes de primera fila de la revista en este tiempo serían César Alonso de los Ríos, redactor jefe y persona asequible. Manuel

Vázquez Montalbán, de la redacción de Barcelona y Antonio Elorza, los tres pertenecientes al PCE y por tanto militantes del Frente de la Cultura de esta organización. Es probable que hubiera bastantes más dentro de la revista, pero ésta no era del PCE y el o hizo posible que yo publicara en el a algunos trabajos.

Como el que, por ejemplo, publiqué en diciembre de 1972 (88) respondiendo a un prólogo del profesor Juan Velarde Fuertes para el libro *Una Misión sin importancia* (89) escrito por el ex militante de la CNT, Juan López, ya mencionado. Escribía Velarde aún bajo la impresión del intento l evado a cabo por el cincopuntismo de establecer alguna coincidencia entre integrantes de la CNT y elementos de la línea de mando de los sindicatos verticales. Velarde Fuertes, que en la primera parte de su prólogo hace una síntesis histórica de aspectos del movimiento obrero español y, dentro de éste, del anarcosindicalismo, por el que toma parte falazmente, ya que nos advierte a todos de «el riesgo fabuloso de caer en la utopía», cosa que repetiría poco después Cantarero del Castil o, como hemos visto. Tras una serie de curvas y virajes de lo más temerario, Velarde afirmaba que ya en 1936 Ramiro de Maeztu y José Antonio se habían percatado "de que no se podía conquistar el Estado más que con movimientos de corte totalitario", aunque también era muy importante conquistar la sociedad, lo que sólo era posible con

movimientos de corte sindical". Terminaba Velarde diciendo que a la misma conclusión, poco a poco "y desde otras bases, como es lógico, iba llegando la CNT" (90). La respuesta que le di fue hosca, pero razonada. Velarde, en su libro *El Nacionalsindicalismo cuarenta años después* (91) defendía la idea de una Nueva Fundación, verdadera utopía basada en el perfeccionamiento del sindicalismo vertical, que él definía como sindicalismo con línea política, "siendo arriesgado pensar en abandonarla". Por el o tenía que hacer una ósmosis entre sindicalismo y Estado. Para construir su Fundación, Velarde se entregaba a un desguace generalizado, donde había de todo y se contaría con algunos viejos militantes de la CNT para oponerse al desbordamiento del PCE y a las tácticas de colaboración de éste. Yo ponía de relieve el desparpajo y la falta de ética del profesor en su pretensión de convertir a los herederos de Bakunín y Anselmo Lorenzo en alguaciles y piquetes de vigilancia de su delirante esquema. Tras un apretado análisis de la Fundación yo concluía que la citada propuesta de colaboración no «puede ir dirigida a los discípulos de Bakunín y es absolutamente disparatada, por lo que el esfuerzo dialéctico de Velarde es gratuito»; porque además, añadía, significaba una falta de respeto a personas que, por encima de lo episódico, habían protagonizado un rol importante desde la Internacional en nuestro

país hasta el final de la guerra civil. Sí, yo terminaba pidiendo un poco de respeto por parte del señor Profesor.

Todavía escribí una réplica en la revista *Triunfo*, pero ésta ya en 1977, fecha que excede al ámbito histórico de que he decidido ocuparme en este texto. El o ocurriría en ocasión de publicarse mi libro *Historia de la FAI* y del comentario que el mismo motivó por parte de Antonio Elorza, crítico de la revista precisamente en esos temas. Me ocuparé de este tema con motivo de otro enfrentamiento anterior que tuve con Elorza en la revista *Sindicalismo*.

Procuraré conectar, ambos episodios, sobre todo porque ponen de relieve la manera en que trabajaban, en resumidas cuentas, los elementos comunistas a quienes el partido había encomendado la tarea de escribir la historia de los

"otros" para hacerla pasar como verdadera historia. *La enciclopedia Soviética* es un soberano y repulsivo ejemplo de este quehacer.

Cambio 16. Aunque posterior en su aparición respecto a las revistas ya citadas, mantuvo también un talante combativo desde su aparición hasta el fin de la dictadura, con un personal bastante más heterogéneo que *Triunfo*. Su director nominal era Manuel Velasco y entre los colaboradores figuraban Arija, Enrique Barón, Alberto Míguez, Martínez Reverte y Carlos Zayas, algunos de los cuales también se convertirían en personajes de la democracia restaurada.

También figuraba en el equipo Antonio lvorra, jefe de información, comunista, con quien la CNT tuvo problemas, o mejor, él los tuvo con la CNT por su parcial información respecto al primer mitin público de la organización en ese período, el de San Sebastián de los Reyes, junto a Madrid. Con posterioridad también colaboré en diversas ocasiones en la revista, siempre refiriéndome a temas sindicales de actualidad, sobre todo relativos a la libertad sindical y al polémico punto de la unidad y la pluralidad, cuestiones ambas que ya en 1975 eran privilegiados.

Destino. Establecida en Barcelona, era una revista de altura que hablaba un lenguaje democrático con acento catalán. Quiere esto decir que en los planteamientos generales de este tiempo, en mucho similares a los de otras revistas, las cuestiones de Cataluña tenían lógicamente una relevancia especial.

La revista desaparecería después del relanzamiento democrático en el país. El director era Josep Carles Clemente y el director-editor de

ediciones Baltasar Porcel, joven escritor mal orquín, autor de numerosas obras, cuya importancia no es necesario ponderar. El padre de Baltasar había sido militante de la CNT y me vi con el hijo en 1975 en Madrid, en la sede de la revista Guadallmar, creo que a iniciativa suya, para hacerme una entrevista que publicó *Destino*. Este mismo año publiqué dos amplios trabajos en la revista, relacionados con dos temas de rabiosa actualidad a la sazón y otro que lo sería a no mucho tardar con el problema de las autonomías. El primero era el de Solzhenitsyn y el otro el de Pierre Joseph Proudhon.

El caso Solzhenitsyn, es decir su expulsión de la Unión Soviética, estaba entonces de moda, y suscitaba los comentarios más diversos. El peregrinaje de Solzhenitsyn por los países occidentales iba seguido por las campañas más acerbas de los partidos comunistas del continente, los cuales, naturalmente, le

daban beligerancia. Aunque habían pasado más de 15 años desde la desestalinización, ocurrida tras el XX Congreso del partido comunista de la Unión Soviética, los comunistas de todos los países le seguían llamando traidor y agente del imperialismo americano. Con relación a este tema escribí un artículo de dos páginas en *Destino*, titulado Solzhenitsyn: ¿intelectual tradicional? (92), título que me inspiró aquel os días el repaso de un libro sobre Gramsci, en relación con los intelectuales ante la transformación revolucionaria de las sociedades y la consideración de ciertos problemas del mundo actual.

Decía Gramsci, uno de los fundadores del partido comunista italiano, muerto en las cárceles de Mussolini en 1937, que el intelectual tradicional era aquel que habiendo sido porta-estandarte cultural e ideológico de la clase dominante, queda postergado al sobrevenir un profundo cambio revolucionario en todos los estamentos sociales, con la ascensión de una nueva clase hegemónica, servida por otra clase de intelectuales, quedando catalogados los del antiguo régimen como “tradicionales” La tarea de recuperar a los tradicionales, según Gramsci, debía ser llevada a cabo por los de la nueva clase hegemónica, ofreciéndoles una colaboración concreta en los quehaceres constructivos del nuevo régimen, cosa ya emprendida por el propio Trotsky, antes de que Gramsci escribiera en prisión sus “Cuadernos de Cárcel”.

Decía yo que Solzhenitsyn no era un intelectual tradicional, ya que sólo tenía diez años al sobrevenir la revolución rusa, aunque lo fuera al proclamarse posteriormente, como cristiano, defensor de algunos de los valores de la Rusia milenaria, encarnados en el pueblo llano que posee una aguda sensibilidad por lo nacional. Se trataba de un escritor

postrevolucionario que tardó en encontrar su vocación y que pudo haber hecho carrera cómodamente al abrigo de la Sociedad de Escritores Soviéticos y bajo la munificencia del Estado. Pero eligió el peligroso camino de la contestación y desafió al poder establecido, asumiendo los riesgos conocidos. Los comunistas italianos atacaron a Solzhenitsyn como antisoviético, mas acaso por la influencia del pensamiento gramsciano pensaban que se debió enfocar el problema desde el punto de vista de la lucha ideológica, evitando los medios coercitivos. En teoría eso estaba bien, pero la práctica al uso en la URSS evidencia que cualquier enfrentamiento

con el poder era resuelto con la represión. Los cargos esenciales contra Solzhenitsyn eran los de antisovietismo, dirigido contra el gobierno y el pueblo soviéticos; luego, Solzhenitsyn ponía en peligro la distensión europea. Sin embargo, la "Carta a los dirigentes de la Unión Soviética", editada en los países occidentales apuntaba sugerencias aceptables por parte del intelectual rebelde.

La verdad es que Solzhenitsyn estaba en favor de un autoritarismo diáfano y puro, de imposible existencia, e incluso aceptaba, de acuerdo con "un severo realismo", el sistema establecido, pero sugería cambios para librar "al partido de la acusación de que sólo se entraba en él para hacer carrera". En el orden práctico se manifestaba contra la estatificación de la agricultura y proponía un sistema formado por cooperativistas voluntarios. Pero claro, acusaba Solzhenitsyn, "quereís mantener el partido como una organización fuerte de mentes homogéneas, con vuestras reuniones conspirativas secretas y cerradas a las masas". Ahí había un grave ataque a lo que hoy se llama "la Nomenklatura", es decir, la nueva clase dirigente con todas sus consecuencias.

Pedía Solzhenitsyn en su Carta a los dirigentes del país que autorizaran la pluralidad de corrientes ideológicas y morales "para que el país y el pueblo no se ahoguen", así como el respeto a las religiones.

En relación con que Solzhenitsyn pudiera poner en peligro la distensión europea, ello era absurdo, porque el peligro no está en la crítica de un hombre o de un grupo, sino en las razones de las élites dirigentes y en las políticas secretas de los gobiernos. Como resumen al amplio trabajo de *Destino* diré que Solzhenitsyn tenía la impresión justa de que había algo maloliente y «sucio» en Occidente, pero que éste, con sus contradicciones, estaba de hecho de rodillas ante los rusos; se evidenciaba que la URSS era un poder ascendente y que, como todo poder nacional de este tipo tiende siempre a ejercer su

fuerza, concluye en imperialismo, en este caso ascendente, frente a otros imperialismos, el europeo, ya trasnochado y el americano, aún activo, pero descendente. Porque era cierto que aquel imperialismo, el ascendente, operaba desde posiciones de fuerza, manteniendo a todo evento y de forma irreversible, las parcelas conquistadas, que pasan a convertirse en posiciones para la conquista de otras parcelas. Sabía el escritor que su país se hallaba a caballo de

una superioridad militar impresionante, pero esto, en línea con todo el imperialismo tradicional, no halagaba el patriotismo innegable de Solzhenitsyn, sino que lo escalofriaba. El escritor opinaba que esta proyección universal imperialista era la consecuencia de una ideología que pretendía la hegemonía universal. En esto Solzhenitsyn podía estar en lo cierto, pero añadía yo que había que interpretarlo asimismo como vocación del superestado que ofrece a su pueblo en lo exterior compensaciones por los derechos que le niega en lo interior. Pero el valor indudable de la Carta de Solzhenitsyn está en los ruegos que hace a los dirigentes de su país: les pide que renuncien a esa misión, a una gratuita política de prestigio, que no se lancen al rearme desenfrenado, que renuncien a instalarse en los vacíos que, de grado o por fuerza, va abandonando el viejo y desacreditado imperialismo, las famosas zonas de influencia y disputa que tantas conflagraciones mundiales han originado.

Pedía Solzhenitsyn el abandono del sueño irrealizable de la dominación universal, limitándose el poder soviético a cumplir su misión nacional,

“salvándonos de la guerra con China y del desastre tecnológico”. Estas metas nobles y asequibles podrían unirse a otras: alentar el desarrollo interno de la gente, librar a las mujeres de los trabajos agotadores, salvar las aguas y las tierras de Rusia, restablecer ciudades sanas y completar la conquista del nordeste interior. «Dejemos de hablar del espacio y del Cosmos, olvidemos las victorias históricas, dejemos de soñar con misiones internacionales». Esto era lo sobresaliente en el pensamiento de Solzhenitzin. Nos recordaba las tesis de Albert Camus en sus «Cartas a un amigo Alemán», escritas desde la redacción del periódico *Le Combat* durante la resistencia contra los nazis alemanes. En resumen, Camus afirmaba que la conciencia democrática “se negaba a armarse la primera, dejando al adversario la iniciativa dramática de crear el clima de intimidación, e incluso la facultad de golpear el primero. (Ese primero era el nazismo), Los demócratas, los amigos de la libertad, decía Camus, necesitaban cargarse de razones antes de atacar. Si por fin se veían obligados a hacerlo, entonces la lucha ya no cejaría hasta la destrucción del adversario. Ahí estaba

entrevisto el fin ominoso de los nazis. Pero lo destacable es que en las proposiciones de Solhenitzin, en aquel tiempo vapuleado dentro y fuera de la

URSS, alentaba una ética humanista de paz que, sólo transformada en conciencia universal podía contener y hacer retroceder los afanes armamentistas de los gobiernos.

Si algunos años después paso revista a estos temas es porque siguen teniendo un carácter de universalidad. Esto mismo es lo que ocurre con otro trabajo que publiqué en la misma revista unos meses después sobre J.-P.

Proudhon, padre del federalismo moderno e inspirador del federalista español Pi y Margall. Fue un trabajo extenso en que puse de relieve la significación del gran socialista y libertario francés, sobre todo en un momento en que, como reacción al franquismo, empezaba a incubarse con fuerza en el país el sentimiento autonómico e incluso el nacionalismo radical en algunas regiones.

Proudhon era quien estaba detrás de estas tendencias autonómicas haciéndonos signos de inteligencia para avanzar hacia el futuro. El artículo de *Destino* contenía las ideas generales de un prólogo de casi setenta páginas que puse a una versión del *Principio federativo*, de Proudhon, que poco después publicaría la Editora Nacional. Me ocuparé más adelante de este tema al aludir a mi paso por la citada editora en un nuevo equipo en el que trabajé como colaborador.

Otra de las revistas importantes de este tiempo fue *Posible*, cuyo director era Alfonso Palomares. En el tiempo en que tomé contacto con el a trabajaba también, a la sazón en la coordinación informativa y más tarde como director, Manolo Merchán, a quien había conocido en ZYX. Merchán había sido sacerdote, pero se secularizó y fundó una familia. Tanto Palomares como Merchán militan hoy en el PSOE, según mis noticias. Curiosamente, la revista se mostraba reticente hacia nosotros, creo que de parte de Palomares, pero de cualquier modo constituyó también un vocero contra el franquismo. Otras muchas revistas siguieron esta misma orientación, colaboraron a su manera en el relanzamiento y luego reflejaron en sus páginas la nueva situación, en la que también destacaron con posterioridad lo relacionado con la CNT. Entre éstas deben mencionarse *Guadiana, Discusión, Opinión, Blanco y Negro, Contrapunto, Mundo, Reporter, El Cuervo*. . También otras que combinaban la política y la erótica, como Play-Lady e Interviú.

Notas

(81) Editores Mexicanos Reunidos, Méjico.

(82) Juan López, un histórico de la CNT, firmante del Manifiesto de los Treinta y Ministro en el gobierno Largo Caballero hasta la crisis de mayo de 1937 en la zona tcpublicana.

(83) Número 38 de Suplementos de *Cuadernos para el diálogo*, Madrid, 1973.

(84) V. esta obra en Editora Nacional. Traducción, introducción y notas de Juan Gómez Casas, Madrid, 1977.

(85) Recuérdese que Marx, en su obra La Sagrada Familia y en el prólogo a La Ideología Alemana había considerado a Proudhon como padre del socialismo científico.

(86) V. *Manifiesto al Servicio del Personalismo*; ed. ZYX.

(87) *Cuadernos para el Diálogo*, junio-julio 1973.

(88) *Triunfo* nº 531, ps 51-52.

(89) Editora Nacional.

(90) *Una misión sin importancia*, p. 38.

(91) Editora Nacional, 1972.

(92) *Destino*, agosto de 1975.

LA REVISTA *SINDICALISMO*

En abril de 1975 apareció la revista *Sindicalismo*, ya he dicho que como consecuencia de una iniciativa surgida en una reunión compuesta por gente heterogénea donde se habló de problemas

sindicales. La idea cuajó por la perseverancia de un grupo reducido de personas dispuestas a realizarla.

Estábamos presentes algunos cenetistas, Ceferino Maeztu y algunos de sus amigos, José Luis Rubio, de quien ya he hablado y cuya existencia conocía desde los años del penal de Burgos por sus interesantes artículos de la revista *Índice*.

Le acompañaban otras personas afectas a un sindicalismo aún por definir, por supuesto antifranquista, que con posterioridad quedaría claro. Estaban también presentes algunos miembros del FSR (Frente Sindicalista Revolucionario), entidad que evolucionaría a no mucho tardar hacia el sindicalismo político de orientación pestañista, mas no sin dejar atrás en la susodicha evolución unos ciertos orígenes joseantonianos. Una pareja que debo señalar por la asiduidad con que colaboraron en la revista fue la compuesta por José de Diego y María Luisa Barceló. Se trataba de amigos de Ceferino y creo que militaban en la organización UTS. Eran entusiastas y en lo sucesivo firmaron sus trabajos con el nombre de José Luis Bardiego, una síntesis de los nombre de ambos. En la última fase de esta experiencia evolucionarían claramente hacia el anarcosindicalismo pero en un momento determinado se perdieron.

Ceferino Maeztu trabajaba en la Hoja del Lunes de Madrid, estaba bien situado como periodista y asumió la responsabilidad de la revista como director gerente. Creo que fue él quien resolvió las dificultades editoriales y de financiación de los primeros números. La revista se financió en lo sucesivo por el sistema de suscripciones y distribución y venta en los quioscos, pero creo que en lo esencial siguió dependiendo de Ceferino.

Seis o siete personas hicimos el primer número de *Sindicalismo*. Desde el principio hasta su desaparición, creo que en 1977, la publicación salió siempre con 24 páginas y en edición mensual. Las personas indicadas fuimos Ceferino, José Luis Rubio, Pepe Diego y María Luisa, Heleno Saña, un tal Javier Gallego, desconocido para mí y yo mismo. La redacción se estableció en la plaza de los Mostenses número 1, en el ático de un viejo edificio situado en la parte superior del mercado.

La orientación de la revista estaba clara: antifranquismo y antiverticalismo; claro antitotalitarismo, una definición genérica aceptada por todos, pero diversamente interpretada, como luego se verá: la de sindicalismo revolucionario. Dentro de estas pautas generales, libertad de exposición, condición básica que jamás se vulneró.

Sindicalismo apareció en un momento en que se daba una diversidad de temas candentes: el final del salazarismo en Portugal con la revolución de los Claveles y el giro inmediato que tomaron en el país vecino los acontecimientos: unicitarismo sindical con la intersindical impuesta por los elementos comunistas y la alternativa contraria, la pluralidad sindical. Este era un tema ya plenamente actual entre nosotros, pues se debatía en todos los ámbitos la salida que debería darse a los sindicatos verticales del franquismo, tocados ya de muerte.

El tema central del debate era precisamente el de la unidad o la pluralidad. Creo que éste fue el tema esencial en la revista *Sindicalismo* desde su aparición hasta su final. Otros temas candentes del tiempo eran la inminencia de las elecciones sindicales franquistas, previstas para aquel mismo año en medio de un ambiente sumamente enrarecido, así como la ya notable incidencia del paro: 270 000 trabajadores en aquel a fecha. Otros temas fundamentales en la revista serían hasta el final los relacionados con la historia del movimiento obrero español, sistemáticamente abordados por diversos colaboradores en todos los números. Por supuesto que dentro de este campo tendría un tratamiento privilegiado, como era normal, la vicisitud del anarcosindicalismo en estos lares y sus antecedentes de la Internacional hispánica. Por fin, también hal ó un tratamiento correspondiente la riquísima bibliografía referida a la sociología y a la historia, dentro de la cual la relacionada con temas libertarios fue siempre la

tratada con mayor amplitud. Un examen del primer número de *Sindicalismo* puede ser orientativo en cuanto a lo que sería su trayectoria final. Veamos: En la página 2 del número 1 (93) yo escribía: Tres aspectos de un mismo problema, con tres apartados: 1) Unidad y pluralidad; 2) ¿A quién pertenece el sindicalismo? y 3) El sindicato único. En el apartado 1 me ocupaba del tema de moda.: la "unicidad" decretada en Portugal por el movimiento de las Fuerzas Armadas Portuguesas en lo que al sindicalismo se refería. Destacaba yo un hecho muy singular pero a la vez muy generalizado y preguntaba: ¿por qué el privilegio del pluralismo en favor de los partidos y en cambio la unicidad en el sindicalismo obrero? De esto parecía desprenderse que la clase obrera estaría considerada por algunos como un conjunto de masas amorfas, destinadas a ser regimentadas en una central única. Yo deducía que en última instancia, cualquier régimen que empezaba por decretar la «unicidad sindical» dejaba entrever que se aspiraba a utilizar a la clase obrera como fuerza de arrastre, mas no como fuerza libre y determinante de un nuevo orden de relaciones económicas y sociales. En el punto 2 preguntaba, en conexión con el punto 1 si los sindicatos podían tener

un dueño. Infería que los sindicatos no pueden pertenecer al Estado, a burocracias posesivas, semejantes a las formadas por elementos como Shelepin, funcionario ruso que en esas fechas hacía un viaje a Londres para visitar las Trade-Unions inglesas, en representación de los sindicatos soviéticos. El individuo en cuestión había pertenecido con anterioridad a la KGB rusa. Refería también que precisamente en el instante de la visita, estallaba en las islas una rebelión del sindicalismo salvaje de base contra la burocracia esclerotizada y posesiva. Por fin, el apartado 3 salía al paso de un cronista español, Augusto Assía quien al referirse a la "unicidad"

impuesta en Portugal afirmaba alegremente que ya existía el antecedente de los anarcosindicalistas españoles que, con el sindicato único, aspiraron a la hegemonía dentro de la clase obrera española. El hombre no sabía que el sindicato único no era un intento hegemónico sino un cambio de estructuras dentro de la Confederación, tendente a cambiar los sindicatos de oficios en favor de los sindicatos de industria, pasando a ser los oficios meras secciones del sindicato único para toda la industria.

En la página 3 Ceferino hacía la presentación de la revista y en la 4 aparecía una efemérides del movimiento obrero español en la que se recordaba la celebración en 1872 del segundo congreso de la Federación Regional Española de la Primera Internacional y el primer congreso de agricultores de la CNT

celebrado en Córdoba en abril de 1913. Finalmente se hacía una breve semblanza de la Segunda República Española, dramático período en que se dibujó la alternativa única de fascismo o revolución social. En la página 5 «José Luis Bardiego», es decir, Pepe y María Luisa, hacían la historia del 1° de mayo desde una óptica sindicalista revolucionaria, con referencias a los condicionamientos libertarios del histórico evento, y al sacrificio de los mártires de Chicago. Las páginas 6, 7 y 8 se ocupaban de las elecciones sindicales previstas para 1975 y Maeztu hacía un documentado estudio de la situación de los trabajadores ante las mismas y ante el fantasma del paro, dando a conocer una estadística con la incidencia de éste en cada sector. Seguían ocho páginas de información societaria, económica, ecológica, referente a la situación de la clase trabajadora en las fábricas, en el campo, en el hábitat que ocupaba en cada región. Las páginas 18 y 19 las cubríamos José Luis Rubio y yo. Eran las dedicadas a la cultura y a los libros. Yo hacía la recensión del libro de Garaudy La Alternativa y la de *El Proletariado Militante*, de Anselmo Lorenzo, aparecido poco antes en dos ediciones diferentes, una a cargo de Alianza Editorial con prólogo de Álvarez Junco y otra de editorial Zero, de Madrid, con

prólogo mío.

Por su parte, José Luis Rubio tocaba temas cinematográficos y teatrales, como *El Senador Slattery* y “Los Corridos de la Revolución Mejicana”, de 1910. El propio Rubio abordaba en la página 21 el tema candente de Portugal con un artículo titulado: Portugal, muy cerca. Las tres páginas finales, que luego pasaban a la 20, eran para un documentado y extenso trabajo de Heleno Saña (94), *Sindicalismo y Humanismo*. Se trataba de una exposición teórica del sindicalismo revolucionario de considerable altura, en la que se analizaba el papel irreemplazable que en el mundo moderno empiezan a desempeñar los nuevos valores o las ideas-fuerza del anarcosindicalismo.

Si me he detenido en la descripción de este primer número de la revista Sindicalismo, ha sido para indicar la tónica que esta publicación conservaría

poco más o menos en el futuro, variando por supuesto en los temas y las colaboraciones, pero aproximadamente en esa línea de trabajo teórico. El impacto de *Sindicalismo* fue inmediato y las colaboraciones l egaron en número y en calidad. Aparte de los colaboradores del primer número en el segundo aparecieron las de Julián Gómez del Castillo, uno de los fundadores de ZYX y de Diego Abad de Santillán y en el tercero los de Fidel Miró y Agustí Oset, un cenetista y trabajador de banca de Barcelona. Posteriormente y de forma inmediata llegaría el aluvión: José Peirats, Félix Carrasquer, Isidoro Guardia, Ramón Álvarez, Cipriano Damiano y muchos más. Todos el os miembros conocidos de la CNT, algunos militantes históricos de la organización, con diversas tendencias, evidentemente, las cuales sin embargo no aparecerían expresamente en este período de tiempo en las páginas de la revista. Destacaba por parte de todos la propensión a valorar la significación histórica del sindicalismo revolucionario representado por la CNT. Más tarde, llegado el relanzamiento confederal y sus importantes vicisitudes, se produciría una diversidad de actitudes entre ellos. Pero a la sazón a *Sindicalismo* aportaron competencia y clarificación en los grandes temas históricos. Por supuesto que todos, así como los restantes colaboradores de la revista situados en otras posiciones, acaso menos definidas, coincidieron en la necesidad de librar y ganar una primera batal a importante en un campo decisivo para el futuro del sindicalismo en España : la de la libertad y el pluralismo sindical frente a las tendencias unicitarias derivadas de la experiencia portuguesa y de la propia existencia del sindicalismo vertical en España, que el sector comunista intentaba capitalizar en su favor.

Precisamente el número 4-5 de *Sindicalismo* (95) hacía alusión a la creación de la Junta Democrática, defendida por el partido comunista y algunos compañeros de viaje, como instrumento de la ruptura democrática y de la transición a un sistema postfranquista. Se daba a la vez la noticia, reflejada en la prensa de Barcelona, de ciertas declaraciones del joven secretario general del PSOE, Felipe González, sobre la creación de otro organismo, opuesto al anterior, denominado Plataforma Democrática, en realidad una antijunta, que se constituía con la presencia de 16 organizaciones, mientras se esperaban nuevas

adhesiones. Se hablaba de que entre el as, además del PSOE, figuraban grupos democristianos y marxistas leninistas de extrema izquierda, como la ORT.

También se hal aban en la Plataforma organizaciones sindicales como la UGT y las Coordinadoras de Comisiones de Euzkadi. El columnista de *Sindicalismo* que enjuiciaba esta noticia,

B. País (96), afirmaba que tales noticias parecían venir a confirmar los puntos de vista de algunos colaboradores de Sindicalismo sobre los acontecimientos de Portugal y las reacciones que éstos estaban ocasionando en España, al promover una corriente antiunicitaria y favorable al pluralismo político y sindical. El comentarista llamaba la atención sobre planteamientos anteriores de *Sindicalismo* (97) en los que se defendía la realidad básica del pluralismo y la necesidad de partir de él para llegar a las necesarias acciones unitarias que reclamaran las circunstancias por parte de los diversos sindicatos y grupos políticos del país.

Notas

(93) Número 1 de *Sindicalismo*, abril, 1975.

(94) Militante libertario afincado en Alemania, hijo de Juan Saña, anarcosindicalista catalán y sobrino de Marcos Alcón Celma, conocidísimo militante de la CNT en Barcelona, exiliado hoy en Méjico donde pertenece al grupo Tierra y Libertad.

(95) Correspondiente a julio de 1975.

(96) B. País: La Antijunta y la unidad sindical, *Sindicalismo*, junio 1975.

(97) *Sindicalismo* n° 3.

LAS ELECCIONES SINDICALES DE JUNIO DE 1975

Se dieron por fin las elecciones sindicales de la CNS y los problemas recién aludidos no dejaron de influir en las mismas. Alrededor de estos comicios se situaron dos estrategias: la de participación tendente a copar desde dentro los cargos de representación a niveles inferiores, enlaces y jurados y la que defendía por el contrario el boicot y la organización marginal de los trabajadores en sindicatos propios. Las noticias oficiales y las difundidas por los grupos interesados en la participación señalaron una afluencia importante, pero las informaciones posteriores revelaron, sin embargo, una fuerte abstención. La revista *Sindicalismo* dedicó tres páginas a este acontecimiento (98). Una de las noticias relativas al mismo revelaba que desde 1963 a 1966 habían sido desposeídos por la jerarquía vertical 1880 cargos sindicales; entre esta fecha última y 1975 «habían sido destituidos 50.000 jurados o enlaces sindicales, muchos de los cuales habían ido a parar al TOP" (99).

En relación con los que patrocinaron el voto y los que apoyaron el boicot, la revista Sindicalismo daba la siguiente información: «En favor de la participación electoral han hecho campaña paralelamente a la Organización Sindical una serie de agrupaciones obreras de carácter clandestino, cuyos carteles y octavil as han sido, a veces, tan numerosos como los del organismo oficial. Según la revista madrileña Doblón, han sido las Comisiones Obreras, el Partido Comunista de España, el Partido del Trabajo, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y la Unión Sindical Obrera (USO), estas dos últimas de un lejano origen cristiano. Por su parte la revista *Destino*, de Barcelona, añade al Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), a Bandera Roja y al Partido Carlista.

"Entre las que han hecho campaña en contra, *Destino* cita al PCE (m-l), al FRAP, con su sindical OSO, al PCE (i), a la Liga Comunista Revolucionaria-ETA-VI, Liga Comunista, El Partido Obrero Revolucionario Español (PORE).

Sorprendentemente, añade *Destino*, la sindical del ilegal PSOE, la UGT, propone también el boicot a la participación". Más adelante la noticia ampliaba:

«En contra de la participación, además de los señalados por ambas revistas, aparecen la CNT, Confederación Nacional del Trabajo, el FSR (Frente Sindicalista Revolucionario), la Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV), La Unión de Povo Galega (UPG), las denominadas Plataformas Anticapitalistas, el Movimiento Comunista de España, Acción Comunista, una serie de comisiones obreras de empresa y diversos grupos de carácter libertario" (100).

Sindicalismo enjuiciaba este acontecimiento con un editorial (101) en el que entre otras cosas se decía: "En las elecciones de 1966, los hombres de la

"oposición" lograron posiciones incluso más importantes que las de ahora en muchos sitios. En el sindicato del Metal en Vizcaya, y en el de Banca en Madrid, por ejemplo, ¿qué consiguieron estos militantes? Gran parte de el os no terminaron su mandato y todo siguió igual. "O te vendes o te quemas", suele ser el dilema que los trabajadores dicen que se les plantea a los enlaces y jurados tras cada elección. ¿Van a cambiar las cosas ahora? habría que ser muy optimistas para creerlo" (102).

Notas

(98) *Sindicalismo* n° 3, pgs. 4, 5 y 6.

(99) Tribunal de Orden Público.

(100) *Sindicalismo* nº 3.

(101) *Sindicalismo* nº 3: "¿Y ahora qué?

(102) *Sindicalismo*, nº 4-5, Julio 1975, p. 4.

SE DEFINE EL SINDICALISMO POLÍTICO (PESTAÑISMO) Aunque la

revista *Sindicalismo* fue un foro abierto a todas las opiniones dentro de una cierta orientación general, ya definida, contra el franquismo y el verticalismo sindical, los cenetistas tuvimos con mucho la mayor audiencia y espacio en la misma. Pero en el número 4-5 se definió claramente una corriente: la del sindicalismo político o pestañismo. Tal definición corrió a cargo de José Luis Rubio quien, a mis ojos, a partir de ese momento, se decantaba en lo que al sindicalismo se refería. Según creo, su visión del sindicalismo histórico y del que presenciábamos en aquel momento debía remontarse bastante hacia atrás. Incluso en algunas de sus líneas al prólogo de mi *Historia del Anarcosindicalismo* había implícitas ciertas apreciaciones cabalísticas que acaso debían interpretarse en el sentido de su toma posterior de posiciones. Se definía precisamente en un número pletórico de textos y firmas de militantes cenetistas y su artículo se titulaba: *Sindicalismo y Política: La libertad política de los trabajadores* (103). El trabajo era réplica a uno mío aparecido en el n° 3 de *Sindicalismo* (104). José Luis Rubio empezaba su artículo del siguiente modo:

«En el seno del movimiento sindicalista español se produjo en tiempos de la II República una disputa interna entre las tendencias apolítica y política, que llevó a esta última a la constitución del Partido Sindicalista. Entiendo que la revista *Sindicalismo* abre sus páginas a todas las tendencias "sindicalistas" sin excepciones. Y por ello levanto mi opinión en favor de la vertiente "política" ya que ampliamente se ha defendido la vertiente apolítica en el número 3. Con toda cordialidad y en el entendimiento de que es un pleito de familia».

En realidad yo me había basado en el carácter autonómico del sindicalismo revolucionario francés reflejado en la primera CGT afirmaba que tal autonomía había sido efectiva en razón de los nuevos valores e ideas-fuerza incorporadas por el pensamiento anárquico al sindicalismo francés, que había proclamado una radical separación entre la ideología burguesa y la del proletariado. Aquella ruptura ya estaba en Proudhon. Para éste la burguesía era centralismo,

jerarquía, función dirigente, en tanto que la clase obrera debía defender los valores contrarios: descentralización, democracia igualitaria, federalismo. Al analizar la filosofía de los partidos, tendente a la conquista del poder, concluía yo que esto era un factor excluyente y de antagonismo, mientras que el sindicalismo revolucionario, por no aspirar a aquel no sería excluyente ni entraría en luchas hegemónicas por aquel. "Ofrecería una posibilidad de participación directa de base y por ello, volvería la espalda a los que excluyen, es más, les privaría de toda razón de ser.

Por la exclusión de los excluyentes, este poder socialista sería el instrumento idóneo de la libertad y la realización populares".

En su trabajo de réplica y tras expresar su creencia en el derecho a explicar su concepto del sindicalismo afirmaba José Luis Rubio que éste debía proyectarse tanto en el terreno sindical como en el político, porque salirse de éste equivalía a ocuparlo negativamente, "es decir, entregarlo a los demás». Luego afirmaba:

«La renuncia del sindicalismo a un instrumento político es dejar ese "arriba»

(Estados y Parlamentos) por definición a los contrarios". Luego: "Creo en la necesidad del grupo político sindicalista -del sindicalismo a nivel político, como intérprete en este terreno-de los intereses del sindicalismo de base» (105).

La inesperada polémica, al menos para mí, por la extensión y por los conceptos que se expusieron, no puedo sintetizarlo con amplitud. Pero resumiré diciendo que me hallaba ante uno de los primeros intentos serios de postguerra de recuperación y relanzamiento del partido sindicalista de estirpe pestañista. En el número 6 de *Sindicalismo* repliqué (106) ampliamente en tres páginas de la revista. La polémica, sobre todo por mi parte, abundaba en aspectos teóricos y conceptuales, que omitiré, y transcribiré abreviadas mis opiniones sobre la idea de un relanzamiento del Partido Sindicalista y lo que sabíamos sobre la creación pestañista.

Empecé por manifestar la extraña manera, por parte de J.L. Rubio, de presentar al anarcosindicalismo al calificarlo como "sindicalismo español". Dije que parecía cultivar conscientemente la confusión terminológica, porque en realidad, "sindicalismo a secas no quiere decir nada". Este puede ser, decía yo,

como el actual en España, vertical, corporativo-fascista, comunista, socialista, anarquista, o católico. La gran incoherencia de Pestaña estuvo ya en 1927, cuando intenta hacer de la CNT un continente, es decir, algo susceptible de aceptar diversos contenidos, o ninguno; o lo que es igual, un sindicalismo neutro. Esta incoherencia deja de serlo cuando por fin, en 1934, Pestaña enseñó sus cartas al crear el Partido Sindicalista. Dejó ver entonces su propósito de una gran central sin contenido y luego, un partido, el sindicalista, para llevarla del ramal. Y Pestaña fracasó estrepitosamente porque la CNT le volvió la espalda. Analizaba luego el argumento de Rubio favorable a estar presentes en todas partes, también en el campo estatal y parlamentario y el o para

no dejar que lo dominaran los demás, como si realmente tuviéramos interés en algo que no era nuestro ni nos correspondía. Había aquí algo de la política marxiana de presencia, es decir, de estar presentes en todas partes para controlar y dominar, l egado el caso. Decía ingenua y hasta cómicamente José Luis Rubio que, al fin era lástima, "porque fácilmente podrían obtenerse buenos triunfos".

Hablando de una hipotética autogestión en marcha refería que "esa marcha puede encontrar arriba un clima propicio o un clima adverso, facilidades y oposiciones insalvables". Explicaba yo que se trataba de la expresión de un buen deseo, no confirmado jamás por la práctica. "La historia del movimiento obrero es terminante al respecto. Los partidos obreros que frecuentaron las instituciones de la burguesía quedaron integrados al sistema. Algunos son considerados hoy los mejores administradores de la burguesía. Otros, tanto o más radicales, han adquirido un prurito de respetabilidad que no quieren empañar con acciones aventureristas. En contacto con las realidades parlamentarias burguesas han adquirido la visión de lo global y perdido su visión de clase. Además, dado el carácter esotérico de la política de cúpulas y de la razón de Estado, se ha favorecido un proceso en virtud del cual la acción política parlamentaria ha adquirido derechos prioritarios sobre la acción de masas, y ésta ha quedado definitivamente condicionada por aquella. Luego el sistema ha favorecido e incrementado los rasgos elitistas ya fuertemente acusados en algunos partidos. Ni la propia CNT española escapó a este fenómeno durante su período gubernamental de la guerra civil, aunque quepa aducir en su descargo las dificultades del momento y se acusó una cierta

jerarquización y un poder de los comités representativos, que éstos nunca habían tenido» (107).

La argumentación era extensa y seguía, pero no puedo continuarla aquí. El tema tiene interés porque señala, en los tiempos postreros del franquismo el primer paso real dado en Madrid para la reconstrucción del partido que Pestaña creara cuarenta años antes.

Carlos Díaz se ocupó de esta polémica en su libro La actualidad del anarquismo. Muerte de la Ortodoxia y heterodoxa resurrección (108). De este libro, de significativo subtítulo, me ocuparé más adelante, cuando llega a su fin el cruce de caminos y cada uno empieza a situarse donde ha elegido estar, o donde le corresponde.

Notas:

(103) *Sindicalismo* nº 4-5, julio 1975, p. 4.

(104) *Sindicalismo* nº 3. El sindicalismo de la Carta de Amiens y la unidad futura del movimiento obrero.

(105) *Sindicalismo*, números 4-5, julio 1975, p. 4.

(106) *Sindicalismo* n° 6, julio-agosto, 1975.

(107) *Sindicalismo* n° 6, julio-agosto, 1975.

(108) Ruedo Ibérico de Ediciones y Publicaciones, Valencia, 1977.

EL IMPACTO DE LA REVISTA *SINDICALISMO*

Lo tuvo, y en diferentes direcciones. Por una parte en los sectores del sistema. Era una de las primeras publicaciones sindicales y obreras militantes contra el franquismo y la amenaza se dibujó desde el principio sobre ella.

Seguidores y suscriptores estuvieron esperando en muchos casos la suspensión o, cuando menos, el secuestro de algunos números. Pero el sistema tenía que hacer ya frente, a la sazón, a múltiples desafíos, estaba desbordado por las corrientes de opinión y ya no podía utilizar la manera dura.

En el número 3 de la revista, la correspondiente a junio, una nota de redacción titulada "Sindicalismo mayor de edad", recogía el comentario en el periódico Arriba de Pedro Rodríguez sobre la revista *Sindicalismo* (109). Era y es aún en el momento de escribir estas Iíneas Pedro Rodríguez un periodista puntero, universalmente conocido y temido, de afilado aguijón, aunque hoy ya menos, que precisamente utilizaba en su sección del periódico, La Colmena, de forma inquisitiva. Nuestro redactor decía de Pedro Rodríguez: "Tiene puertas abiertas en el "bunker" de la situación y entre los guerrilleros ultras,

lo mismo que en los cenáculos de la oposición más o menos tolerada». Seguía: «Es un mago del patinaje artístico entre grupos políticos, despachos oficiales y teléfonos misteriosos. Sabe donde se sabe todo. El es una especie de alegre y bullicioso notario de cuanto pasa de interés en la vida pública española. Tanto, que nadie nace de veras si Rodríguez no deja constancia oficial en su columna».

Tras aludir al estilo camaleónico y gaseoso del periodista, continuaba el redactor de la revista: "Y he aquí que de pronto, *Sindicalismo*, revista pobre si las hay, recién nacida, al alcanzar su segundo número, asciende a la Colmena, entra en el club de la vida pública española en el que Pedro Rodríguez controla el derecho de admisión».

"¿Y qué es lo que dice de *Sindicalismo*? No se sabe bien. ¿Nos insulta? ¿Nos trata -desde el órgano de la secretaría general del Movimiento-de pieza

arqueológica? ¿Nos echa en cara no haber sido secuestrados? ¿O tal vez no estar patrocinados por un banquero "civilizado"? ¿Nuestro poco entusiasmo por el proceso electoral sindical? ¿O acaso nos está elogiando en el fondo?"

Terminaba con gracia el redactor, Ceferino, creo, que eso no se sabía nunca bien con La Colmena y añadía irónicamente que lo importante había sido entrar en sus salones, aunque fuera con traje meneste-roso, para alcanzar la mayoría de edad de la mano de Rodríguez. Y en el número 2. Todo un record. Terminaba el amigo dando gracias "emocionadas a Pedro Rodríguez". En verdad, Pedro Rodríguez cuya personalidad no necesita comentario, había escrito un comentario insidioso extrañándose de nuestra presencia en la cal e sin secuestro. Su sorpresa, encubierta por la ironía, no dejaba de traslucirse, al ver de nuevo aparecer siglas de un pasado histórico y al leer un lenguaje que él sin duda creía enterrado para siempre en los circulas infernales y secretos del sistema.

Como ya he dicho, el impacto popular fue considerable. Tras el primer número llovían cartas a la redacción, que ésta seleccionaba y daba resumidas en la páginas 2 y cuyo contenido dejaba ver el interés patente, la curiosidad esperanzada, en todos los casos la invitación sincera a continuar. Ya he hablado de la adhesión inmediata de numerosos militantes de nuestra organización especialmente.

Pero de nuestro lado también hubo reticencias. La gente que siempre se reserva, la que no ve nada claro, la que se extrañaba de que no secuestraran *Sindicalismo*, simplemente porque en los últimos años

habían vegetado, no habían leído nunca *Destino*, ni *Cuadernos para el Diálogo*, ni *Triunfo*, ni ninguna de las publicaciones que durante años habían preparado soterradamente o coadyuvado, al menos, al proceso de transición. Los escépticos estaban también cerca de nosotros, o rodeándonos, u observándonos desde lejos, sin moverse.

Alguien escribió desde Madrid a uno de los voceros de la CNT exiliada, el *Combate Sindicalista*, hablando un lenguaje feo, cargado de sobreenten-didos, en el que se permitía algunas licencias. Se trataba de un militante veterano, llegado hacía poco de Francia, donde había dejado algunas cosas oscuras.

Firmaba el artículo con seudónimo. Sin saber aún de quien se trataba repliqué

en *el Combate*, invitándole a que compareciera por la redacción para hablar con nosotros. No apareció, por supuesto. Conociendo ya su identidad me lo encontré dos años después en el reconstruido sindicato de Artes Gráficas de la CNT de Madrid, mostrándose en todo momento amistoso. En mi carta al Combate recordé la existencia omnipresente en nuestros medios del elemento denigrador, aquel que saca el pecho y se autoafirma rebajando a los demás. Le recordaba al final las sabias reflexiones que sobre este tipo de hechos, presentes en cualquier colectivo humano, hacía como resumen Luigi Fabbri en su excelente obra: Influencias burguesas sobre el anarquismo: “Dejemos, pues, a un lado, las exageraciones inútiles, las inútiles violencias, las polémicas fratricidas y trabajemos para hacer algo, en lugar de perder el tiempo charlando demasiado”. Por supuesto, sin dramatizar, esto último es lo que le ocurría a cierta gente en aquel período. Por otro lado, existía tanto en el exilio como en el interior del país a la sazón un sector estático, fijado en el tiempo, a años luz de la realidad española que fluía rápida e incontenible, cada día más rica y diferente. Esto es lo que habíamos querido reflejar en el fol eto de 1970, cuando como grupo Anselmo Lorenzo quisimos manifestar con ánimo de análisis constructivo, los diferentes modos de estimar la realidad existente a ambos lados de la frontera. Ambos se tocaban, pero con un desconocimiento respectivo profundo.

Lo que a algunos sorprendía en la revista *Sindicalismo* era que personas de diversos talantes e ideas pudieran colaborar juntas en una publicación cuya finalidad era precisamente crear un medio de expresión, en definitiva beneficioso para todos. Hoy, ocho años después, en el momento de escribir estas líneas, ratifico rotundamente el significado de aquel a cooperación singular y afirmo mi conformidad con cuanto escribí en la revista *Sindicalismo*, lo que por

otra parte y con posterioridad a este momento, he ratificado en lugares y situaciones diversas. Mi quieta satisfacción consiste en haber sido siempre igual a mí mismo desde que por primera vez tomé una pluma, después una máquina, para describir mi compromiso con el anarquismo. El objetor de *El Combate Sindicalista* no podía decir lo mismo.

Nota: (109) Diario Arriba, el domingo 25 de mayo de 1975.

JORNADAS VALENCIANAS SOBRE AUTOGESTIÓN

Y SITUACION GENERAL DE LA CNT

A la revista *Sindicalismo* llegaron invitaciones para asistir a unas jornadas sobre la autogestión, la empresa y la sociedad futura, a celebrar en Valencia entre los días 27 y 30 de junio de 1975. Fui personalmente invitado a presentar una ponencia sobre autogestión y, de acuerdo con lo que había sido mi trayectoria en todo ese tiempo acepté la invitación y comparecí en la ciudad del Turia el 27 del mes señalado para participar en las jornadas. Acudió a las mismas buen número de gente de *Sindicalismo*: Maeztu, Heleno Saña, Fidel Miró, José Luis Rubio, Gómez del Castil o y otros colaboradores. No podía por menos que darse una conjunción heterogénea de personas, situadas en diversas posiciones, pero todas ellas conscientes de la importancia del tema, que, a la sazón, había cobrado enorme popularidad. Asistieron técnicos y profesores universitarios, uno o dos inspectores de trabajo, Rodríguez Salgado, redactor de «Índice"; Manuel Lizcano, un cristiano libertario, director de lsdiber (Instituto de Sociología del Area Ibérica) y padre de futuros militantes de la CNT.

Intervinieron asimismo algunos economistas y especialistas de temas económicos. Para dar una idea de los temas abarcados enunciaré algunos de los títulos de las ponencias: "Autogestión y Movimiento Obrero", de Heleno Saña;

"La cuantificación de las relaciones del capital-trabajo y la inversión dialéctica de la propiedad", de José Luis Montero de Burgos;

"Viabilidad de las experiencias autogestionarias", de José Luis Prieto;

"Autogestión y revolución científico-tecnológica", de Rafael Rodríguez Delgado;

"Rescate comunal de la Sociedad y Educación Permanente", de Manuel Lizcano.

Finalmente, yo mismo intervine con el tema: "Autogestión: Teoría y Práctica".

Las jornadas fueron coordinadas por Sigfrido Catalá, destacado militante de la CNT, ex director general de Comercio en el gobierno de Largo Caballero durante

la guerra civil y por el profesor universitario Antonio Colomer, vinculado a la empresa Saltuv de Valencia.

Las conferencias fueron seguidas con gran interés y todas ellas originaron debates. Se clarificaron múltiples aspectos teóricos y prácticos de los temas, se profundizaron conceptos y sobre todo se mantuvo una tribuna donde todo el mundo habló con la máxima libertad y dijo cuanto quiso. Casi todos los participantes libertarios en las Jornadas dimos la visión anárquica que corresponde al vocablo autogestión. En el comentario final de la revista *Sindicalismo* a tales jornadas se decía lo siguiente: "Las jornadas celebradas en la capital valenciana han servido principalmente para que un grupo numeroso de militantes obreros, profesores universitarios, responsables de empresas comunitarias, pudieran contrastar opiniones y experiencias, abrir caminos nuevos al estudio del tema, concertar colaboraciones y preparar trabajos"

(110).

Pero también sobre estas jornadas completamente abiertas hicieron los suspicaces sus comentarios negativos. Algún grupo confederal enclaustrado de Valencia siguió esa línea. Creo que eran de los que no habían asomado la cabeza fuera de su casa en todo el tiempo.

Nota:

(110) *Sindicalismo*, nº 4-5 de julio-agosto, 1975.

DE NUEVO LAS ARTES GRAFICAS

UNE EXPERIENCIA POSITIVA DENTRO DE LAS MISMAS

A mediados de este año decisivo de 1975 fui l amado a trabajar como

colaborador en un *Gran Diccionario Biográfico e Histórico* que emprendió en Madrid la Editora Nacional. De acuerdo con los cambios que se iban produciendo en el país y que no dejaron de incidir también en las entidades y organismos oficiales, en la Editora Nacional se iniciaron a principios de este año renovaciones importantes y por el as llegaron diversos elementos progresistas, claramente adscritos a la izquierda, a quienes se les encomendaron diversas tareas. Así fue cómo se emprendió la obra arriba citada, cuyo fin era una compilación lo más completa posible de personajes españoles relevantes en todos los aspectos de las actividades artísticas y culturales, así como de las socio-económicas y políticas. El proyecto era de verdadera envergadura y cuando empecé a colaborar el equipo que trabajaba en él ya l evaba un año en el cometido. Creo que llegué a la Editora por los mismos amigos que me invitaron a sumarme al *Diccionario del Reader's Digest*. Allí estaban de nuevo Gregorio Gallego y José Luis Gallego, que habían entrado con contrato, mientras yo trabajé en esta etapa como colaborador.

El director del programa-proyecto era Ángel Sánchez Gijón, universitario de filiación comunista, que me recibió cordialmente. Él y todos los componentes del equipo se comportaron correctamente conmigo. Sánchez Gijón me encargó la redacción de biografías de las figuras más importantes y representativas en la historia del anarquismo y anarcosindicalismo español, tarea extraordinariamente atractiva para mí. En el curso de los meses que trabajé en el proyecto para el Diccionario Biográfico redacté cerca de noventa biografías de teóricos y militantes dilectos del movimiento libertario español desde los tiempos de la Internacional, así como de militantes de otros países entrañablemente unidos a aquel, como Nettlau, y Rodolfo Rocker. Entre los internacionalistas cuyas biografías escribí abreviadas, de acuerdo con la naturaleza del trabajo, destaco las de Anselmo Lorenzo, González Morago,

Marsal Anglora, Farga Pel icer, Enrique Borrel , Baldomero Lostau, Pellicer Paraire, José Llunas, García Meneses, José Viñas, Gaspar Sentiñón, Pedro Esteve, Ricardo Mel a, Tomás Salvador y bastantes más de la brillante y sacrificada pléyade de militantes que recibieron en el siglo pasado, en nuestro país, el mensaje renovador de Proudhon, por un lado, y de Fanelli y Bakunín, por otro.

De los tiempos modernos pergeñé las biografías de Evelio Boal, Eusebio Carbó, Salvador Seguí, Teresa Claramunt, Angel Pestaña, Eleuterio Quintanil a, Juan Montseny, Soledad Gustavo, Simón Piera, Salvador Cordón, Fermín Salvochea, Felipe Alaíz, Pedro Vallina, Sánchez Rosa, y otros de similar relevancia. Y entre los modernos,

digamos, una nueva pléyade de militancia dura y entregada. Para nombrar a algunos: José Negre, Cipriano Mera, Francisco y Domingo Ascaso, Buenaventura Durruti, García Oliver, Marcos Alcón, Juan Rueda, Vicente Bal ester, Camilo Berneri, Orobón Fernández, Juan Peiró, Germinal Esgleas, Abad de Santil án, Pedro Herrera, Federica Montseny, Mariano, R. Vázquez, José Peirats y otros muchos de los que han rozado este tiempo presente o viven todavía en él y que no desmerecen de los arriba citados. Pero no l egué a terminar las biografías por la sencil a razón de que el proyecto no finalizó. Ignoro la razón, pero las instancias elevadas de la Editora suspendieron el proyecto y todos fuimos a la calle. Los "rojos" que pululaban por la Editora debieron inquietar a los dirigentes de la misma y el período progresista quedó congelado. Creo que nunca llegó a saberse donde iría a parar la ya ingente obra acumulada para aquel meritorio e insólito diccionario iniciado muchos meses antes. Es posible que se encuentre archivada, a la espera de tiempos mejores.

Mas no fue esto sólo lo que hice en aquel tiempo para la Editora Nacional.

Conociendo mi condición de traductor y también de escritor, otra gente izquierdista de la editora me encomendó la traducción del francés de la obra de J.-P. Proudhon, *Del Principio Federativo*. También el os salieron en la pausa depuradora. Hice la traducción y un prólogo introductorio a la obra, así como numerosas notas a la misma (111). El prólogo constó de 69 páginas y dejó establecidos los hitos de un posible y necesario desarrol o de la obra y la

personalidad del escritor. Ya adelanté con anterioridad que el artículo de divulgación sobre Proudhon que escribí en *Destino* estaba ya hilvanando esta introducción posterior al Principio Federativo.

En realidad estábamos agotando el tiempo del período franquista y el autonomismo aún no había presentado su carta de naturaleza en el país; mas como ocurría universalmente en todos los aspectos de la vida política, la aspiración autonomista se hallaba ya despierta, más que larvada, esperando la situación favorable para manifestarse. Era por ello importante presentar en aquel momento una versión actual de la obra de Proudhon, padre de las ideas de la autonomía y el federalismo modernos. Hacía ya tiempo que se hablaba en España de la regionalización descendente de que se habían ocupado autores extranjeros, cuyas obras habían sido traducidas al castellano (112). Pero la regionalización descendente no era federalismo, equivalía sólo a implantar en los ámbitos regionales nuevos poderes centralizados, es decir, nuevos gobiernos con poderes de decisión sobre los súbditos,

con el agravante de que tampoco desaparecía el poder central. Como se sabe, en Proudhon, los gobiernos, tanto nacional como regionales son absorbidos para transmutarse en autonomía de la persona dentro del municipio y de éste dentro de la federación de municipios. La autonomía era aquí el equivalente de la democracia participativa radical que no acepta intermediación ni se resigna en segundos o terceros. Pero además, lo que era en Proudhon autonomía-federalismo político, se traducía asimismo en autonomía-federalismo en los ámbitos económico-productivos que tan fundamental importancia tienen en la vida de las sociedades. De manera que la obra de Proudhon, a la salida ya de la dictadura, representaba una pauta fecunda para avanzar y profundizar en la noción de autonomía. Por supuesto que la avalancha autonómica posterior, basada en la regionalización descendente de que ya he hablado, adquirió y sigue manteniendo hoy su predominio casi absoluto. Pero indudablemente es Proudhon quien permanece en el fondo del proceso autonómico haciendo señales para el avance de los pueblos. Debido al tiempo en que aún nos desenvolvíamos la obra del pensador de Besançon no tuvo una gran difusión, pero hubo no obstante una acogida favorable, en algunos casos calurosa, por

par te de ciertas revistas y medios de expresión. Tuve preparada la edición de la obra a principios de 1976, pero ésta no aparecería hasta principios de 1977.

Nota:

(111) El Principio Federativo. J.P. Proudhon, edición preparada por Juan Gómez Casas, Editora Nacional, Madrid, 1977.

(112) Robert Lafont: La Revolución Regionalista, Ediciones Ariel, 1971.

LA HISTORIA DE LA FAI

Ya he referido en la anticipación sobre el tema realizado en páginas anteriores las motivaciones que me llevaron a escribir este libro. Indicaba en el prólogo y ello va implícito en el paréntesis unido al título, que el trabajo no era sino una aproximación al tema, ahora bien, tratado con interioridad y sin las estimaciones apriorísticas, y por el o deformantes, que ya había señalado en 1974, por parte de los tratadistas de este tema (113). Dentro de la extensión y complejidad del tema, yo tendía a demostrar la inexactitud de cuantos contraponían anarquismo y anarcosindicalismo para justificar acto seguido la presión, en algunos casos la dictadura de la FAI sobre la CNT, organización sindical que se consideraría en cierta manera aséptica. Por el contrario, yo demostraba el carácter anárquico constitutivo de la CNT desde su origen y la autosuficiencia que le daban sus propios contenidos de origen. Tal autosuficiencia quedaba demostrada al aparecer la CNT en 1910, nada menos que 17 años antes que la Federación Anarquista Ibérica (FAI) que lo hizo en 1927. Durante este lapso de tiempo y con posterioridad al mismo la CNT

siempre había sido igual en su esencia y trayectoria. La FAI tenía unas razones concretas para su aparición. La promueven los propios elementos anarcosindicalistas-anarquistas durante la dictadura de Primo de Rivera en cierta manera para evitar la destrucción de la CNT. En el prólogo y en uno de los capítulos de la obra (114), rebatí los puntos de vista de los historiadores ya señalados con anterioridad y especialmente los de Antonio Elorza, historiador erudito y gran compilador de materiales que luego utilizaba para los fines concretos que perseguía y he señalado en páginas anteriores: escribir por encargo del PCE la historia de los demás. En el Capítulo tercero, desde la página 69 a la 117, hice el análisis de estos problemas y a Elorza no le gustó. Entonces escribió en *Triunfo* un artículo bastante partisano e insultante. Me trataba como a un aficionado que tocara la historiografía y me daba «lecciones» sobre las

lagunas de mi trabajo, las citas excesivas que hacía y la falta de “metodología”

en la exposición. No era la primera vez que chocábamos.

En este año de 1975 en que aún estábamos, según el ritmo del presente relato, hice en la revista *Sindicalismo* una crítica de su prólogo al libro Trayectoria Sindicalista (115) donde reunían

prácticamente las obras de Pestaña. Aquí ya, Elorza se entregaba a las sutiles tergiversaciones ya expuestas, contraponiendo sindicalismo cenetista a secas y sindicalismo pestañista a anarquismo. Elorza respondió en el siguiente número de la revista, alegando lo que posteriormente aduciría respecto a la *Historia de la FAI,* así como lo sistemático y fundado de sus investigaciones. Por este tiempo, Elorza había hecho una crítica detestable sobre el libro de Clara E. Lida, *Anarquismo y Revolución en la España del siglo XIX* (116), porque no se avenía con sus propios enfoques e intentó neutralizarlo. Se sabía también de su intolerancia con cuantos enjuiciaban sus trabajos. La crítica que hizo en *Triunfo* fue bastante negativa. Daba por supuesto que yo era un buen militante (a la sazón secretario del comité nacional de la CNT), pero un mal historiador. Le repliqué también en Triunfo, venciendo la resistencia de uno de los jefes de redacción, comunista como Elorza (117). Puse de relieve que Elorza ignoraba la totalidad del libro para centrarse sólo en lo que le afectaba directamente: mis análisis del Capítulo Tercero, pero sin mencionarlo. Fue una réplica dura, pero razonada. Sólo citaré un párrafo crucial e ilustrativo del tema de fondo: "Es curioso que Elorza, que habla de lagunas, omisiones, etcétera, se pierda en una serie de vaguedades y no haga la menor alusión a este capítulo, donde someto sus tesis apriorísticas y deformantes a un análisis serio, al que para nada alude. Si algún lector tiene el libro a mano le aconsejo que lea este tercer Capítulo y hallará la explicación de la crítica denigratoria, pero nada temible, que hace Elorza. En el capítulo trato implacablemente el tratamiento elorziano, todas sus anfibologías, sutiles deformaciones, errores de interpretación -no se trata de compilar, sino de interpretar-, de tipificación, sus galimatías al mezclar anarquismo, anarcosindicalismo, sindicalismo revolucionario, sindicalismo a secas, sindicalismo político, etc; su intento implícito de identificar a CNT con ese sindicalismo a secas, cuando él sabe que las ideas-fuerza del anarquismo están

en la CNT y por eso es anarcosindicalismo; porque él sabe que el sindicalismo neutro no es nada, puede ser fascismo o reformismo; cuando intenta justificar la crítica marxista-leninista de los Maurín, Nin, Arlandís y del inefable Oscar Pérez Solís, todos ellos con sus «hilos de Ariadna» del marxismo-leninismo en la mano para salvar a la CNT de sus "desastrosos" contenidos anarquistas; hilos de Ariadna que, como digo en mi análisis, hasta ahora sólo han conducido al Estado totalitario. Elorza nos quiere dar sutilmente la impresión de que el sindicalismo de Pestaña era el de la CNT en el tiempo de la Dictadura y posteriormente. He tratado siempre con respeto a Pestaña, pero su actuación como creador de un partido político le descalifica y

le separa para siempre de la CNT. Es un problema resuelto". En el mismo número de *Triunfo* y junto a mi réplica, Elorza incluía una "breve apostilla a la carta de G.C.», en que daba por terminado el diálogo. "Por ese camino no sigo", decía, y si a algún lector le interesa el tema, a la confrontación de textos me remito" (118). Esa era precisamente la solución que yo recomendaba a los lectores, que leyesen los textos.

Elorza es un investigador de mérito, un eficaz compilador, pero con bastante anterioridad a 1975 pertenecía al "campo de la cultura" dependiente del PCE y como historiador su misión era, como he dicho, escribir la historia de los demás desde el ángulo que la definía el partido (119). No se trataba en este caso por supuesto del estilo de los «historiadores» soviéticos de la *Enciclopedia*, pero sí de una historia sutil e inteligentemente deformada que resultaba de cualquier modo útil a los fines últimos del partido. Elorza jugó con inteligencia la baza de contactar con militantes anarcosindicalistas y anarquistas del exilio y del interior de España y ante el os se solía presentar como simpatizante libertario.

Como tal le conocí yo en el local editorial de Vicente Giner, a quien ya he mencionado.

El lector tendrá conciencia de que me he adelantado cronológicamente al tiempo previsto en este ensayo, pero sólo para dar razón de la culminación de un proceso, ya iniciado anteriormente, es decir, la puesta a punto de *La Historia de la FAI*. El libro fue citado en las revistas especializadas y en diversos medios de comunicación. En nuestros medios se hizo una mención en *Tierra y Libertad*,

de Méjico, a cargo de Marcos Alcón, uno de los compañeros a quienes envié un cuestionario de consultas previo. También Benjamín Cano Ruiz, otro encuestado, hizo un comentario. Ambos favorables. Independientemente de que no todo estaba dicho, el libro era veraz y respondía a los hechos históricos.

Algo semejante manifestaría el compañero Fontaura en las páginas de *El Combate Sindicalista*. Por lo demás, hubo un silencio expectante en nuestros medios. El tema FAl era por sí mismo delicado. El exilio lo rodeó de un cordón sanitario, algo parecido a lo que había ocurrido años antes con la Historia del Anarcosindicalismo Español, o con La Primera Internacional en España. De cualquier modo, el libro se anticipó a otros textos en preparación, tanto en España como en el extranjero, y aquí y allá parece que contribuyó a frenar la aparición de algunos. Pero vuelvo a insistir: mi libro no era ni es otra cosa que una

aproximación a un tema sobre el que aún se escribirá largo y tendido en el futuro.

Notas

(113) V. *El Movimiento Libertario Español*. Cuadernos de Ruedo Ibérico, ps. 169-174. Adopté en aquel a ocasión el seudónimo de José Campos.

(114) Capítulo Tercero: anarquismo y anarcosindicalismo en la dictadura de Primo de Rivera y hasta el advenimiento de la Segunda República.

(115) Editorial Tebas, Madrid, 1972.

(116) Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1972 -

(117) *Triunfo* nº 750, junio de 1977.

(118) Número ya citado de *Triunfo* n° 750, p. 55.

(119) Elorza aparecería en las candidaturas del PCE para el parlamento en las elecciones generales de 1979, pero no resultó elegido. Últimamente supe que había abandonado el PC.

NUEVOS CRUCES DE CAMINOS Y DESLINDES DE CAMPOS

Hacia finales de 1975, o comienzos de 1976, con el proceso reorganizativo de la CNT ya en marcha, al que me referiré, para culminar este trabajo, con posterioridad, fui invitado a una mesa redonda convocada por Manuel Lizcano en la sede del lsdiber, organismo ya mencionado, y allí me encontré con otras personas igualmente invitadas: aparte del propio Manuel Lizcano, de entre ellas recuerdo a su hijo Emanuel, militante ya de la CNT, a Julián Gómez del Castillo, Eduardo de Guzmán, Álvarez Junco, José Luis Rubio, Carlos Díaz y algunos más que no recuerdo. En el curso de las exposiciones aparecieron las más diversas posturas acerca del presente

y porvenir del anarcosindicalismo y de la CNT, pues éste creo que era el tema a tratar. No me extrañaron las posiciones de Álvarez Junco y José Luis Rubio, por ejemplo. Como se sabe, el último ya se había definido anteriormente en la revista *Sindicalismo* dentro de la línea pestañista, o sea del sindicalismo político. Ni la de Álvarez Junco, historiador avisado, autor de un libro importante sobre el anarquismo español (120). A pesar del curioso título del libro, A. Junco había escrito un texto aceptable sobre el anarquismo en España y el o le había puesto en cierta manera de moda en el instante mismo de la aparición del libro. Pero en las numerosas apariciones públicas que haría con posterioridad en charlas y conferencias sobre el tema, empezó a marcar una postura crítica y un tanto denigratoria con relación a aquel mismo anarquismo y ello le valió bastantes enfrentamientos en medios universitarios y culturales. La postura final de Junco venía a centrarse en el ineficacismo de esa filosofía, actitud muy compartida por cuantos dentro del Frente de la Cultura comunista asumen la misión de interpretar las diversas historias de sectores ideológicos opuestos al partido (121).

Tanto José Luis Rubio como Álvarez Junco defendieron desde el lado de la

"eficacia" la mejor adecuación á las realidades del sindicalismo político respecto del anarcosindicalismo. Partían del anarcosindicalismo, sí, pero llevándole al eficacismo que suponía el que pudiera defender sus contenidos dentro incluso de los parlamentos burgueses, porque la eficacia exigía ocupar todos los

terrenos, sin abandonar ninguno en exclusiva al enemigo, tesis que ya hemos visto en el presente texto.

Pero mi asombro fue grande cuando comprobé que también Carlos Díaz defendía aquella posición «eficacista», es decir, la del sindicalismo político o pestañismo, partiendo del anarcosindicalismo-anarquismo. Rebatí esta actitud poniendo de relieve la naturaleza diferente, no homologables, entre sindicalismo político partido sindicalista y anarquismo-anarcosindicalismo.

Cuando dejé la reunión bajamos juntos a la calle Carlos Díaz y yo y allí le hice ciertos reproches. Le manifesté mi asombro respecto al hecho de que la publicación de casi una decena de textos sobre el anarquismo por su parte no le hubiera permitido comprender la significación esencial de aquel. Porque la derivación parlamentaria del anarquismo (para no dejar todo el terreno al adversario) significaba ya una adulteración grosera del mismo. Nos separamos y ya no volvimos

a vemos. Carlos Díaz se marchó un tanto ofendido por mis palabras y yo profundamente decepcionado por las suyas. Pero en realidad, la actitud de Díaz era el resultado de un proceso que había estado presente en él desde siempre sin que nosotros lo hubiéramos percibido. En realidad no había engañado a nadie.

A pesar de su talante dubitativo, al que ya me referí, otra de las personas que al principio tomaron partido por el anarquismo fue también Carlos Díaz.

Expliqué que a la sazón ya había llevado a cabo una obra de divulgación hermenéutica del anarquismo, es decir, un anarquismo expuesto y a la vez interpretado. Tuvimos todo este tiempo una relación amistosa y en ocasión en que decidió hacer un viaje a Latinoamérica le proporcioné direcciones de amigos y compañeros residentes en diversos sitios, epecialmente Venezuela, donde residían Germinal Gracia y Angel Cappelleti. El primero editaba en la capital venezolana la revista anarquista Ruta y al pasar por España con anterioridad me había visitado. Hizo un importante trabajo de divulgación con la revista y participó de algún modo en la polémica engarzada durante años en los medios libertarios españoles. El segundo, Cappel eti, era catedrático en la Universidad Simón Bolívar y teórico anarquista de relieve, colaborador muy estimado en multitud de revistas importantes en las que prestaba su

colaboración. Carlos Díaz, asimismo universitario distinguido que se había labrado una carrera dificultosa, pero bril ante, dio unas conferencias en Venezuela, frecuentó a los dos amigos citados y regresó a España fortalecido en sus convicciones libertarias. Apenas regresado me visitó en casa y manifestó su deseo de unirse a la CNT. Pero no llegó a hacerlo. Empezó a dar conferencias sobre temas anarquistas y a encontrar resistencias en ciertos auditorios que le reprochaban ciertas heterodoxias.

Floreal Castil a, joven anarquista radicado en latinoamérica, en Méjico precisamente, atento y documentado observador del panorama anarquista internacional y del hispánico puso de relieve en la revista Ruta (122) algunas de las contradicciones esenciales que en realidad estaban en Carlos Díaz desde siempre. Afirmaba F. Castilla lo siguiente en la citada revista: “En el editorial de

“Ruta”, citado más arriba, se extrae de una revista española unas afirmaciones del profesor Carlos Díaz que, por sí solas, representan la sentencia de muerte del anarquismo. Citamos: “Los Cohn-Bendit, Dutsche, Rabehl, reconocen ya lentamente que el destino del

anarquismo está en no realizarse como tal anarquismo, sino en alentar en los movimientos de izquierda para llevarles siempre más a la izquierda. Tal tesis sería mortalmente heterodoxa para un paleoanarquista y fatalmente pretenciosa para un marxista. Esta tesis es, llana y simplemente, nuestra tesis" (123).

Floreal Castilla tenía razón. En su libro, La Actualidad del Anarquismo, sobre todo en su capitulado tercero (124), Carlos Díaz defendía en efecto una síntesis entre marxismo y anarquismo que, no obstante, conducía a la integración y absorción del anarquismo y, por tanto, a su aniquilamiento. Por medio del politicismo o pestañismo, al que finalmente acabó por adherirse, y en virtud de la necesidad de defender actitudes "anarquistas" incluso en los estamentos parlamentarios, se llegaba finalmente a otra necesidad: la de crear el instrumento idóneo para tal actividad: el partido sindicalista. Pero éste, de acuerdo con los determinantes de la sociobiología política no tardaría en integrarse al sistema para mantener al í su política de presencia. Así, en realidad el anarquismo acabaría por desaparecer, de manera que el presupuesto de Díaz respecto al cometido eternamente propulsor de la izquierda adjudicado por él

al anarquismo se hacía asimismo irrealizable, por jugar sus restos naufragados y dispersos dentro del sistema. Así que, aún aceptando los puntos de vista de Carlos Díaz del anarquismo como factor permanente de impulsión, lo que por supuesto yo no niego, serían necesarias organizaciones o movimientos anarquistas autónomos e independientes para llevar a cabo esta transmisión de valores y este contagio revolucionario. Pero entonces, si esta transmisión de valores es posible, lo es asimismo llegar a constituirlos en un momento dado en factores directamente decisivos para el cambio. Algo de esto es lo que ocurrió en la revolución española. De manera que, en última instancia, lo decisivo es conseguir unas condiciones objetivas para el cambio. Aquí se da toda una problemática: la de la correlación de fuerzas, ya prevista por Orobón Fernández.

Aunque se diera la presencia activa en un momento de tránsito revolucionario de fuerzas no anarquistas, los sectores que lo fueran realmente deberían propulsar la revolución todo lo adelante que les fuera posible. Esto es lo que ocurrió en España a partir de julio de 1936. La colectivización agrícola, la socialización industrial y de servicios, los organismos políticos (no estatales) de coordinación comunal, en Aragón, por ejemplo, fueron realizaciones plenamente anárquicas. Pero en posibles experiencias futuras, una vez consolidadas las puntas de lanza revolucionarias, la misión del anarquismo debería ser volver a empezar en el punto alcanzado, para

propulsar de nuevo hacia adelante el avance revolucionario. Caso de existir la posibilidad de una transformación libertaria integral, entonces proceder a realizarla sin la menor vacilación. Pero en ningún momento habría que cejar o utilizar medios contrarios a los fines propuestos. Todos los estrategas del politicismo marxista han olvidado la regla fundamental del socialismo genérico, el de nuestros días y el de siempre: el de mantener la suprema coherencia entre los fines y los medios. La contradicción entre unos y otros lleva a la regresión y a la involución contrarrevolucionaria.

Pero en realidad, todo este desarrollo teórico acaso carezca de sentido si se tiene en cuenta la fase final de la larga evolución de Carlos Díaz por entre el anarquismo. Digo "por entre" porque tal incursión sólo serviría para que finalmente llegara de nuevo a los predios seguros del cristianismo, donde por

fin Carlos Díaz volvería a sentirse seguro, sin necesidad de estarse planteando constantemente ya la duda metódica. En el prólogo de su último libro, al menos el último de que tenemos noticias (125), se nos explica su caminar exploratorio por el anarquismo: "Efectivamente, bastó tiempo atrás que algún aspirante a cristiano como yo escribiera libros sobre anarquismo relatando alguno de sus valores, para que se le etiquetase de "anarquista cristiano", sin que fuera empero suficiente para haber evitado esa etiqueta el haber subrayado continuamente, como lo hice, las profundísimas diferencias existentes entre anarquismo y cristianismo, diferencias tan grandes que las hace de entrada incomparables, al ser el anarquismo una visión prometeica (la más prometeica de todas y el cristianismo irreductible a toda Weltanschaung (visión del mundo) o ideología". Luego Díaz nos hacía ver la diferencia infinita "que separa al seguidor de Prometeo, enemigo del fuego sagrado de los dioses, amigo de la absoluta autonomía humana como el libertario lo es, y el seguidor del ejemplo de Jesús de Nazareth, que sólo cree en esa autonomía y cree al máximo) porque la ha recibido de quien se la ha dado y quien se la mantiene: un Dios que es Amor, y que es Jesús" (125).

De manera que la cosa quedaba clara. Díaz afirmaba al final de ese libro que

"con lo dicho no deseaba en modo alguno herir la susceptibilidad ni la amistad de viejos amigos libertarios. A ellos les digo que no interpreten este libro como un viraje sin preaviso ni como una actitud abrupta e injustificada". También reafirmaba su deseo de no renunciar a todo su pasado. Pero el viraje estaba ahí y muchos libertarios se quedaron con la boca abierta. Yo quedé sorprendido, pero ya menos.

Porque en fin de cuentas no hay duda de que, por encima de todos los cuentos mitológicos, la teología está en la raíz de todas las ideas de gobierno político, en resumidas cuentas está contra Prometeo, está contra el Hombre (126).

Notas:

(120) L. Álvarez Junco: La ideología política del anarquismo español (1868-1910), Madrid, 1976.

(121)Mientras estoy finalizando este texto, es decir, en noviembre de 1982, he recibido por correo un libro titulado La Sociedad Libertaria, agrarismo e industrialización en el anarquismo español 1930-1939, de Xavier Paniagua; Editorial Crítica, Grupo editorial Grijalbo, Barcelona, 1982. La exposición mantiene una línea bastante objetiva, pero al final mismo del texto, en las páginas 283 y 284, (el texto termina ahí), Paniagua nos coloca la opinión que al PCE, entre otros, le mereció la revolución española universalmente estudiada por los especialistas. Tales opiniones son las del libro *Guerra y Revolución en España*, 1936-1939, tomo 2, donde Dolores Ibarruri y otros "historiadores" juzgan la revolución española desde la óptica de quienes precisamente habían protagonizado durante la guerra civil la contrarrevolución en la zona republicana. El estilo es el de la celebérrima *Enciclopedia Soviética* de ese tiempo.

(122) Negatividad del anarquismo, Ruta, n° 32.

(123) Frases finales de 16 tesis sobre el anarquismo, Carlos Díaz y Félix García, Ed. Zero, abril 1976.

(124) Razones valetudinarias del anarquismo (elementos para una conciliación marxoanarquista; Edicione, Ruedo Ibérico, París, 1m.

(125) Contra Prometeo; una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad.

Encuentro Ediciones, Madrid, 1980.

(126) Según parece hoy Díaz vuelve a transitar por ciertas rutas "prometeicas, (noviembre 1982). Mantiene en la actualidad en Madrid, según parece, relaciones con gentes del partido sindicalista y

con escindidos de la CNT en el congreso de 1979. Por otra parte, el propio José Luis Rubio, recreador en este tiempo con otras personas del partido sindicalista de Pestaña, formó parte en tanto que miembro de ese partido, de la coalición que bajo los auspicios del Partido Socialista (no PSOE) se presentó a las elecciones del 28 de octubre. José Luis Rubio estaba integrado en la candidatura para el Senado, pero no fue elegido.

EL TRÁNSITO DEMOCRÁTICO

RELANZAMIENTO DE LA CNT

Por fin, Franco, el hombre que quisiera dejarlo todo definitivamente fijado había muerto el 20 de noviembre de 1975. El día 23 Juan Carlos de Borbón es rey. Los treinta y seis años de totalitarismo y opresión del pueblo no han servido para nada. Ante los franquistas estupefactos los eventos políticos vuelven a reproducirse en la forma en que ya se manifestaron a parir del 14 de abril de 1931, con la diferencia de que el rey, entonces proscripto, vuelve hoy como garante del sistema genéricamente llamado democrático. En realidad es estupefaciente, pero la transición está en la calle, en la conciencia de la gente, en los estamentos jurídicos y políticos del Estado y es imparable. Ahora ya, voy a hacer la referencia de los hechos que llevarán al relanzamiento de la CNT y del movimiento libertario. Como hemos visto con anterioridad los intentos de reorganización se habían venido dando en todo este tiempo, alternándose las situaciones de relativa estabilidad y presencia de organismos libertarios o cenetistas, con otras de apagamiento y dispersión. La presencia de grupos se había dado prácticamente en todo el interregno de la clandestinidad. Hemos visto cómo apareció en 1973 un ambicioso movimiento que intentó por medio de una Conferencia nacional la preparación de un Congreso de la CNT. El ambicioso y no poco difícil proyecto de la Conferencia, minuciosamente elaborado, se había expresado así respecto a la convocatoria de un congreso en un futuro más o menos inmediato:

"Sentimos la necesidad de celebrar un congreso que se proponga, como tarea elemental, la revitalización del movimiento anarcosindicalista en España, superando sus actuales divisiones mediante una actividad y una línea de intervención coherente de todos los militantes en base a la discusión de una opción concreta teórico-estratégica. Este congreso establecerá, a su vez, los criterios que deben regir las relaciones entre las organizaciones libertarias de la Península y el Exilio" (127). Este proyecto, absolutamente inviable hasta el

establecimiento claro de un régimen democrático, por supuesto, vivificó durante algún tiempo tres publicaciones ya mencionadas, *Opción, CNT Informa* y *Acción Anarcosindicalista*, pero las tres desaparecieron con posterioridad tras haber hecho acto de presencia en 1973 y 1974.

Replanteado de nuevo el desarrollo de esta historia desde algo más

atrás, 1974, por ejemplo, aludiremos a los grupos estudiantiles antiautoritarios que herederos de la rebelión en la universidad española se manifestaban aún en 1974 en una órbita propia, separada de la de los trabajadores. Algunos observadores señalaban que la extracción social de estos ácratas era en general la de la burguesía media y a veces incluso, de la alta burguesía, lo que según algunos explicaría la violencia de su teoría totalizante y de sus formas de acción.

“Pero lo que es cierto es que la crítica antiautoritaria y las formas de acción puestas en práctica por los "ácratas" han desempeñado un papel considerable en el proceso de formación de la nueva izquierda antiautoritaria y libertaria española” (128).

Los autores de estos párrafos tipifican en el mismo trabajo otro sector a este nivel bajo la denominación de grupos mixtos autónomos libertarios, que se situarían en la línea más bien específica de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y les señalan una conexión, por su afiliación ideológica, con el movimiento clásico. Ya hemos advertido de la dificultad de trazar un bosquejo del clandestinismo asociativo libertario de ese tiempo, el de la desintegración final del franquismo, puesto que los grupos aparecen y desaparecen, se integran o se escinden. Es un tiempo de teorización y de enjuiciamiento crítico. No obstante, nos dicen los autores del interesante informe de que nos ocupamos, hacia finales de 1974 y principios de 1975, se apreciaba la existencia de grupos autónomos anarquistas en Cataluña (*Negro y Rojo*, que publicaba *Tribuna Libertaria*), en Valencia (ex grupo Bandera Negra, que publicara *Tierra Libre*, el grupo Autogestión, en Madrid, así como en otras regiones, Asturias y el País Vasco. Los autores ya citados afirmaban después: «Existe un número indeterminado pero grande de individuos o de pequeños grupos, sin contacto entre sí. Una de sus preocupaciones es la necesidad imperiosa de coordinación

para hacer eficaz la lucha. Diversos grupos autónomos anarquistas se han unido a esta tarea (129).

No obstante, gran parte de estos grupos son antisindicales, se nos dice. Pero no dejarán de aparecer muchos de el os en la CNT, posteriormente, como se comprobará. En el trabajo mencionado se señala también a la sazón la existencia de un sector obrero antiautoritario y libertario, también diversificado. Una parte de este sector asumirá la denominación de Grupos Obreros Autónomos (GOA). Era difícil situar en el tiempo el nacimiento de los Grupos Obreros Autónomos, pero estaba claro que habían nacido en el movimiento obrero y específicamente de la tendencia antiautoritaria y

antiburocrática de Comisiones Obreras (130). Tales grupos manifestaban su presencia en ciertas comarcas de Cataluña, como Santa Coloma, Barcelona, Vallés, Bajo Llobregat. Esto podría explicarse "por la perennidad del espíritu antiautoritario representado en esta región por la CNT y la FAI". Luego se advertía: "La forma de organización parece desarrol arse, pues permite garantizar realmente la autonomía. Los GOA representan un primer esbozo del nuevo movimiento obrero" (131). En este ensayo se aludía igualmente a la existencia de las CRAS asturianas (Comunas Revolucionarias de Acción Socialista) que estarían, ya en este tiempo, 1974-1975, en la base de la reaparición de la CNT en Asturias.

A manera de conclusión, el breve y enjundioso informe de que hablamos manifestaba que "lo realmente sorprendente era, por una parte el renacimiento de un movimiento joven y, por otra, el carácter espontáneo de ese renacimiento es decir, marginal respecto al movimiento clásico. Concluía de esta manera el ya citado trabajo: "Parece que el movimiento en España, tras un largo período de estancamiento está en camino de reconstitución. La reivindicación de la autonomía se va abriendo camino. La situación es más clara hoy que hace cinco o seis años. El movimiento revolucionario antiautoritario se desarrol a en varios frentes y representa para lo sucesivo una tendencia importante en el movimiento obrero español. En ese sentido los revolucionarios actuales enlazan con la tradición obrera del anarquismo" (132).

En el mismo suplemento de *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, Albert Meltzer (133) conversaba con jóvenes anarcosindicalistas españoles y llegaba a la conclusión de que el anarcosindicalismo en España en ese momento prefería seguir autodenominándose CNT, si bien había sectores que consideraban mejor denominarse, por razones de seguridad, con nombres nuevos, como FOI por ejemplo (Federación Obrera Ibérica). Otra razón para asumir esa denominación, según Meltzer, era evitar en lo posible recriminaciones por parte del SI de utilizar fraudulentamente los sellos de la organización y las consiguientes amargas y estériles discusiones (134).

Estos pasajes ponen de relieve que en los momentos de decaimiento organizativo en el interior del país por la represión sistemática o por la simple inexistencia de estructura orgánica visible, el exilio organizado asumía la responsabilidad de mantener y alentar en lo posible la resistencia interior, sometida a los inevitables altibajos.

Pero también existía en España a lo largo de 1974 y 1975 la estructura de una CNT oficial. Dentro de los avatares de los procesos de avance y

retroceso de la organización y tras diversos intentos infructuosos de emerger a la luz, apareció en Madrid un comité nacional de la CNT compuesto por militantes veteranos.

Este organismo mantuvo contactos con grupos organizados en todo el país y una relación permanente con el exilio, aunque su existencia fuera en gran parte puramente nominal. Ya he referido que el Grupo Anselmo Lorenzo, que se mantuvo unido hasta el relanzamiento confederal, en puertas ya, no dejó de tener contacto con estos compañeros. Se tenía clara conciencia de actividades l evadas a cabo por numerosos grupos marginales de elementos jóvenes inspirados por el anarcosindicalismo y, por nuestra parte hicimos ver a los miembros del comité nacional la necesidad de contactar con ellos y canalizar en lo posible toda aquel a prometedora fuerza, pero los compañeros no comprendieron el problema e hicieron precisamente lo contrario de lo que debía hacerse: previendo posibles usurpaciones de siglas o de contenidos, que jamás se dieron, se anticiparon con declaraciones en las que condenaban aquellas actividades del anarquismo-sindicalismo joven.

A finales de 1975 había grupos anarcosindicalistas organizados en Madrid, País Valenciano, Cataluña, Asturias y otras zonas, pero hay que insistir en que la presencia de la estructura confederal era un tanto nominal. En Levante y Cataluña los grupos confederales todavía no claramente estructurados en formas de sindicatos, coexistían con otros grupos que manifestaban desde hacía algún tiempo una activa presencia: los grupos Solidaridad, cuyo origen ya hemos señalado. En el previsible e inmediato quehacer que puso en marcha el multitudinario relanzamiento de la CNT, estos grupos colisionaron y crearon problemas, como se verá en otra parte (135). Pero eran ya inminentes los dos acontecimientos decisivos del relanzamiento confederal: las dos asambleas masivas y abiertas celebradas en Madrid y en Barcelona. Ambas se llevaron a cabo al margen de las estructuras confederales ya creadas y las desbordaron. La primera de estas grandes asambleas se llevó a cabo en Madrid, en el local de una parroquia ubicada en las cercanías de la calle del General Ricardos; la otra tuvo lugar en febrero de 1976 -la de Madrid tuvo lugar en diciembre-en otro local similar del histórico barrio barcelonés de Sants, una especie de viejo teatro o coliseo, abarrotado por completo. Me hallé presente en las dos ocasiones. En Madrid, el sindicato pionero en la reestructuración organizativa fue el de la construcción, al que se habían adherido muchos jóvenes entusiastas y combativos junto a veteranos de la guerra civil.

Otro grupo de compañeros constituimos el sindicato d Artes Gráficas

en enero de 1976. La reunión constitutiva la llevamos a cabo en casa de un compañero: Román Monedero y estuvimos presentes algunos veteranos de 1936 y de antes, entre los que contábamos el propio Román, Julio Muñoz, Eduardo de Guzmán, Antonio Moreno y yo mismo y algunos jóvenes, muy pocos aún. En este mismo período se reorganizaron en Madrid los demás sindicatos. Se creó en la capital una federación local y un comité regional del Centro, cuyas vicisitudes, unidas ya al conjunto de las ocurridas en todas las regiones españolas, historiaré con detalle en el texto ya indicado.

El impetuoso relanzamiento de la CNT tuvo múltiples efectos, pues se constituyó de inmediato en polo de atracción de mucha gente a la que, de una manera u otra habían llegado las ideas-fuerza anarcosindicalistas. Esto fue lo

que ocurrió en la revista *Sindicalismo* y en los medios de UTS, que pivotaban alrededor de Ceferino Maeztu. Pepe de Diego y María Luisa Barceló se proclamaron anarcosindicalistas, pero no llegaron a ingresar en la CNT y se ausentaron de Madrid, sin que haya vuelto a saber de ellos. Pero sí se integraron en CNT algunos de los más dilectos amigos de Ceferino: los hermanos Eloy y Domingo Martín, Pepe Ortega y Manolo Somoza, todos el os gente capacitada y animosa que posteriormente siguieron suerte diversa. Otros militantes de FST que giraban en torno a *Sindicalismo* pasaron también al sindicato del Metal de Madrid y allí siguen hoy, convertidos en auténticos militantes anarcosindicalistas que han resistido el tormentoso devenir que esperaba a la nueva CNT. Ah, también Maeztu ingresó en el sindicato de Artes Gráficas de la CNT, que pronto llegó a alcanzar considerable desarrollo, con afluencia de numerosos profesionales del periodismo y la información. Maeztu permaneció tres o cuatro meses en el Sindicato de Artes Gráficas de la CNT y luego dejó de asistir a las reuniones que celebrábamos periódicamente. Por fin decidió lanzar una organización sindical con un grupo de amigos y así nació CTI, Confederación de Trabajadores Independientes. Creo que esto ocurrió hacia finales de 1976. Mientras tanto la revista *Sindicalismo* seguía saliendo y reflejaba en sus páginas los nuevos acontecimientos, entre los cuales ocupaban un lugar destacado los referidos a la CNT. La revista se mantuvo hasta mediados de 1977 y luego desapareció. Yo dejé de colaborar en el a a mediados de 1976, solicitado por tareas organizativas de la CNT y porque, además habían cambiado las condiciones internas de la publicación con la llegada de gente nueva. Dentro ya del incontenible proceso de reconstrucción confederal fui elegido secretario del comité regional del Centro en junio de 1976 y secretario del comité nacional de la Confederación en una gran asamblea celebrada en septiembre del mismo año en un local del

barrio de Aluche de Madrid. Me acompañaban en el organismo nacional Pedro Barrio Guazo y José Bondía Román, del metal, Ángel Regalado González, de Construcción y José Elizalde Pérez, del sindicato de Enseñanza.

Los cruces de caminos tocaban a su fin y la gente, se orientaba hacia las diversas alternativas elegibles.

Notas

(127) Elementos para la comprensión correcta de 40 años de exilio confederal y libertario, París, 1978.

(128) Freddy y Alicia: apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España; Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1974, ps. 142-43.

(129) Ibidem.

(130) Apuntes sobre el anarquismo histórico y el neoanarquismo en España; Cuadernos de Ruedo lbérico, 1974.

(131) Ibidem.

(132) Ibidem.

(133) Relevante teórico anarquista inglés, autor de valiosos textos, quien en el texto mencionado hacía una crítica excesivamente dura del SI de la CNT en el exilio.

(134) A. Meltzer: CNT: lo que nace contra lo que muere; Suplemento de Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1974, ps. 135-140.

(135) Juan Gómez Casas: El relanzamiento de la CNT (1975-1979), texto prácticamente terminado en estos momentos.

El autor

Juan Gómez Casas, también conocido como Benjamín, había nacido en 1921 en Burdeos (Aquitania, Occitania) en una familia de anarcosindicalistas españoles que había emigrado por motivos económicos. Después de realizar los estudios primarios en San Quintín, Grenoble y París, en 1931, con proclamación de la I República, su familia volvió a la Península. En Madrid estudió en el Colegio de los Salesianos de la Ronda de Atocha y luego al Grupo Escolar Concepción Arenal del barrio del Puente de Toledo. Afilió como su padre a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) -sección de Industria Química del Sindicato de Oficios Varios -

y, a partir de 1936, en la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) de Madrid. Cuando estal ó la guerra civil trabajaba recauchutando neumáticos y en 1938 fue nombrado secretario de la FIJL del barrio del Retiro, al tiempo que publicó artículos en *Castilla Libre*, órgano de la CNT del Centro. En abril de 1938

se incorporó a la 39 Brigada Mixta del Ejército Republicano y luchó tres meses al frente de Teruel.

Con el triunfo franquista, fue detenido en el puerto de Alicante e internado en el campo de concentración de Albatera, pero consiguió librarse de la cárcel por minoría de edad. De nuevo en Madrid, se entregó a la lucha clandestina en el

seno de las Juventudes Libertarias. Miembro del Sindicato de la Construcción de la CNT, en septiembre de 1946 ocupó la secretaría de las Juventudes Libertarias del Centro. Ese mismo año se reunió en Madrid con Raúl Carballeira y José Pérez, venidos del exilio. En julio de 1947 asistió a los plenos nacionales de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y de la FIJL, donde fue nombrado secretario general de las Juventudes Libertarias, y como delegado del Interior representó éstas en el Pleno de la FIJL y en el II Congreso del Movimiento Libertario Español (MLE) de Toulouse celebrado entre el 20 y el 29 de octubre de ese año. El 15

enero de 1948, al volver de Francia, fue detenido con su compañera (María del Carmen Martínez Herranz) y sus hijos en el Camino Viejo de Leganés de Madrid y en el registro de su domicilio se descubrió la

imprenta (Minerva) con la que editaban los periódicos clandestinos *Tierra y Libertad* y *Juventud Libre*. En julio de 1948 fue condenado a 30 años de prisión por «pertenencia a organización clandestina», de los cuales cumplió casi la mitad a varias prisiones (San Miguel de los Reyes, Ocaña y Burgos).

El 6 de febrero de 1956 intentó, sin éxito, huir del penal de San Miguel de los Reyes con Joan Busquets Vírgenes, quien se rompió una pierna. Luego pasó a la prisión de Ocaña y en 1958, tras denunciar la explotación de los presos en los talleres carcelarios, fue trasladado a la penitenciaría de Burgos. En mayo de 1962 salió en libertad e instalado en Valencia, además de recuperar su antiguo oficio de pintor, trabajó de contable en un hotel madrileño y se dedicó a la escritura, tanto de creación (*Cuentos carcelarios*) como de divulgación (biografía de Pablo Iglesias) y de traducción (Balchin, Bynal, Bradley Hay, Hersey, Kolpacoff, Gastón Leval, Melvil e, Michal, Pel outier, Peypoch, Proudhon, Rusel , Smith, etc.), bajo el seudónimo Jacques de Gaulle, también hizo de «negro» de diversos escritores y escribió novelas policíacas. Durante la segunda mitad de los años sesenta creó en Madrid, con Mariano Trapero, Pedro Amijeiras, Florentino Rodríguez y Pedro Barrios, el «Grupo Anselmo Lorenzo» que entre otras cosas, publicó en París en 1969 un debatido «Manifiesto libertario» antimarxista y un folleto (*Problemas presentes y Futuros del sindicalismo revolucionario en España*), también ese año.

En los años setenta se convirtió en uno de los máximos representantes de la CNT

que se reorganizaba y de la cual fue su primer secretario, entre agosto de 1976 y abril de 1978, una vez resurgida. En esta época también destacó en la divulgación de temas anarquistas y anarcosindicalistas, al tiempo que ejerció de portavoz de la CNT. Tras la muerte del dictador Franco, intervino en numerosos mítines y conferencias (San Sebastián de los Reyes, París, Toulouse, Valencia, Jaén, Alcalá de Guadaira, Madrid, Torrejón, Mol et, Bilbao, Alcobendas, Granada, Burdeos, Barcelona, etc.). Entre 1980 y 1981 dirigió *CNT*, también fue

colaborador y redactor de *Adarga* y de la Historia en fascículos de Diego Abad de Santil án. En 1983 fue delegado en el VI Congreso de la CNT y en 1985 ocupó de nuevo la secretaría general del sindicato anarcosindicalista, después de Fernando Montero. En los últimos años sufrió mucho por varias enfermedades.

Juan Gómez Casas murió el 27 de agosto de 2001 en el Hospital Clínico Universitario de Madrid (España) y fue enterrado al día

siguiente en el madrileño Cementerio Sur.

Extraído de la web de CNT-Puerto Real

Joan Busquets sobre Juan Gómez Casas

En recuerdo a Juan Gómez Casas

Hace tiempo que quería testimoniar mi más profunda estima al compañero y amigo, que con su ejemplo moral influenció en mí y en otros compañeros que lo frecuentaron. Hablar de Juanito, como solíamos llamarle sus más íntimos, no es una tarea fácil.

Juan Gómez Casas nació en Burdeos en 1921. Fue detenido en Madrid, en su domicilio de Carabanchel bajo, el 15 de enero de 1948, siendo Secretario General de las Juventudes Libertarias. La policía le incautó la imprenta donde editaban *Tierra Libre* y *Juventud Libre*, y fue condenado por un Tribunal Militar a 30 años de reclusión de los cuales cumplió 14.

Cuando ingresé en el penal de San Miguel de los Reyes (Valencia) en 1950, procedente de la Modelo de Barcelona, después de pasar el denominado periodo sanitario (veinte días incomunicado), salí al patio donde había centenares de presos. El primero que se acercó para saludarme fue Juanito, era un hombre de mediana estatura, delgado como la mayoría de los detenidos que estaban al í a causa del hambre que se pasaba.

Con una voz amable me informó sobre algunos aspectos de la vida en el penal, pertenecía al grupo mayoritario de la CNT, unos trescientos compañeros.

Juan Gómez Casas, tenía una cultura sólida. Se pasaba parte de su tiempo estudiando, haciendo muchos apuntes que más tarde le sirvieron para publicar cuando salió en libertad en 1962. Hablaba correctamente el francés y el esperanto. En la cárcel aprendió el inglés y el alemán. Idiomas que le sirvieron cuando recuperó la libertad para traducir varias obras clásicas del anarquismo.

Mis primeros contactos fueron desde el principio para mí un manantial de aprendizaje.

Juanito a pesar que andaba falto de tiempo a causa de sus estudios y, constantemente solicitado por los compañeros, se ofreció en dedicar un espacio de su precioso tiempo para darme lecciones lingüísticas. Yo era un joven inquieto de 21 años de edad, tenía ansiedad de aprender, y qué mejor incentivo para un profesor de tener un alumno que asimilaba, fácilmente, las lecciones.

Casas, no me perdía de vista, quiso que tuviera una experiencia en lo que respecta a la mecánica de la organización, y qué mejor método para aprender que sobre el terreno. Propuso en una reunión mi nombramiento de secretario de las Juventudes Libertarias, nadie se opuso y fui nombrado por una mayoría. Las JJLL en San Miguel de los Reyes (1950), lo componían de cuarenta a cincuenta compañeros. Podríamos decir como una pequeña local de barrio. Nuestra actividad, al margen de los contactos del exterior, era la publicación mensual de *El Aguilucho*, escrito a mano. Allí también había una biblioteca con algunos libros tolerados por el Establecimiento y otros que no lo eran que habían pasado por la censura, clandestinamente.

Más tarde me nombraron para tomar parte en el Comité de la CNT, juntamente con Juan Gómez Casas, fue una experiencia que me aportó enseñanza y confianza, que en realidad es lo que quería Juanito, el cual solía decir: «hay que dar paso a la juventud para asegurar el

futuro de la Organización», deseo que era compartido por todos en aquel momento.

La CNT tenía un comité compuesto de tres miembros, cada dormitorio representaba una Federación Local con su respectivo delegado.

En la cárcel tener un cargo constituía un peligro evidente, que pocos querían a asumir por el riesgo que comportaba en caso de ser atrapado con algún documento comprometedor. Personalmente sufrí bastantes cacheos, pero nunca me encontraron encima ningún documento de este género. He de reconocer que tuve suerte. El hecho de burlar continuamente la vigilancia no era fácil, ya que siempre había imprevistos imposibles de prever.

Juanito, tenía un carácter afable, de contacto fácil, sencil o, pero cuando se trataba de defender las ideas era un león, que quedó bien patente en más de una ocasión.

A Juanito lo definiría como un hombre de letras, autodidacta, que se ha formado a base de voluntad y sacrificio. En la cárcel en aquel periodo había que tener mucha voluntad para estudiar. El hambre era el peor enemigo y el más difícil de hacer frente. Juanito cayó enfermo, tuberculoso, por falto de alimentos, hecho que menciono en mis memorias *Veinte años de prisión. Los anarquistas en las cárceles de Franco.*

Juan tenía una voluntad a toda prueba, lo demostró con la fuga que realizamos en el penal de San Miguel de los Reyes. Adonde pude comprobar su entereza de carácter.

A continuación expongo el comentario que hago en mis memorias con respeto a Juan Gómez Casas sobre la fuga:

»Juan Gómez Casas me abordó en el patio para decirme que tenía el presentimiento de que yo estaba preparando una fuga.

«Si mis suposiciones son ciertas —dijo—, espero que cuentes conmigo».

Respondí que de momento no había nada concreto. No quise comprometerme sin antes hablar con Catalá mi asociado.

Desde luego no podía dejar de lado a Juanito, fugarme y dejarlo al í sin decirle nada no me pareció correcto, más tarde le confirmé en el lugar que

pensábamos realizar la fuga, poniéndole al corriente del peligro evidente, y de los inconvenientes encontrados. —Así, que piénsalo bien antes de tomar una decisión.

Me respondió que su decisión estaba tomada.

Sinceramente me sorprendió la actitud de Juanito, nunca pensé, que le pudiera interesar fugarse, una fuga comportaba riesgos. Tenía mis dudas que l egado el momento no respondiera. ¡Qué equivocado estaba!

Llegado el momento acordamos que Juanito acapararía todas las imaginarias y a la una de la madrugada, después del recuento (relevo de guardia), despertaría a Catalá y minutos más tarde a mí.

Sentí que me sacudían, era Juanito que con un tono enérgico dijo

«Catalá está en el tejado, ahora te toca a ti» me sorprendió su timbre de voz, firme y segura de sí mismo. Hasta Catalá me remarcó este detalle.

Estaba preparado, no cabía la menor duda.

Quién no estaba preparado era Catalá que no respetó lo que habíamos convenido. Por este motivo la fuga salió mal. Aunque nos quedó a pesar del fracaso, a Juanito y a mí, la satisfacción moral de haberlo intentado.

«Si no lo hubiera intentado, manifestó Casas, me hal aría incomodo». Era un razonamiento que compartía totalmente. Para mí, el que un preso buscara la libertad era un acto meritorio y también de audacia.

Un año después de cumplir los castigos por el intento de fuga, nuestra situación en el penal volvió a la normalidad.

La Dirección nos autorizó a Juan Gómez Casas y a mí a trabajar en los tal eres de ebanistería. Ambos trabajábamos, colectivamente, barnizando muebles, aunque ganábamos muy poco. Físicamente yo no me encontraba aún en muy buenas condiciones físicas, me faltaban fuerzas para obtener un mayor rendimiento y Juan Gómez Casas no conocía el oficio.

Entre tanto el personal de máquinas le propuso a Casas trabajar para el os. Se trataba de controlar y contabilizar las piezas que se fabricaban.

Todas las semanas tenían problemas en el momento de hacer las nóminas,

la producción contabilizada por los presos no se ajustaba ni de lejos a las cantidades que marcaba el dueño.

El personal de máquinas estaba harto de discutir en vano y decidió buscar alguien que defendiera sus intereses y controlara la producción. Por este trabajo le pagarían el os mismos un sueldo fijo de doscientas cincuenta pesetas semanales. Eligieron por unanimidad a Juan Gómez Casas que gozaba de la estima y confianza de todos.

Gómez Casas discutió conmigo, temía que aquel puesto le acarreara complicaciones con el dueño y sus secuaces. Personalmente consideré que era una buena colocación y una buena causa que defender y así se lo manifesté. Además sabía que necesitaba ganar dinero para ayudar a su mujer y a su hijo, que tenía entonces unos nueve años.

Meses más tarde, fui trasladado al hospital Penitenciario de Yeserías (Madrid) para operarme de una lesión en la pierna a consecuencias de la fuga. Fui dado de alta un mes más tarde y conducido a la prisión madrileña de Carabanchel. Un día el ordenanza de la galería abrió la puerta de la celda y me anunció que tenía una visita. Se trataba nada menos de Juan.

Fue una gran sorpresa, quedé atónito, sin saber qué decir.

Juan me explicó las razones de aquel imprevisto traslado al penal de Burgos: «Todo empezó —dijo— a consecuencia de los enfrentamientos que tuve con el dueño de tal eres. Recordarás que estuve indeciso en aceptar el trabajo que me propusieron los de máquinas. Temí que sobrevinieran complicaciones y la realidad demostró que no andaba equivocado. Cabe reconocer que en cuanto empecé a trabajar en el control de la producción las pagas del personal mejoraron de forma sustancial; era una prueba palpable del robo de que habían sido objeto.

Mi presencia resultó poco grata para el patrón y el jefe de tal eres, don Carlos Mel a, que me miraban como un intruso. Para ellos resultaba humil ante ser controlado por un preso, hecho que no podían ni tolerar ni soportar.

«Inevitablemente empezaron los enfrentamientos: El Director de la prisión, como era lógico, tomó partido a favor de los intereses del dueño de la empresa, que eran en realidad también los suyos.

«La Dirección, antes de tomar ninguna medida en contra, intentó seducirme, no con dinero, pues sabían que no podían comprarme. La estratagema que emplearon fue la adulación, pero pronto se dieron cuenta de que perdían el tiempo y sin decir nada más dejaron de molestarme.

«Detrás de aquel silencio presagié que tramaban algo y así era, la intriga no se hizo esperar. Un par de semanas más tarde me notificaron mi traslado a Burgos. Una vez más, los marrulleros —Concluyó— ganaban la partida».

Hombres como Juan Gómez Casas molestaban hasta en la cárcel. Me despedí de mi amigo con emoción y le deseé suerte.

Casas, cuando salió en libertad del penal de Burgos se instaló en Valencia, mi madre fue a verle, y a continuación me escribió una carta datada el 25

de diciembre de 1962, aconsejándome de que hiciese lo posible para ser traslado al penal de Burgos. Por considerar que estaría mejor, consejo que seguí dos años más tarde.

En la transición a la democracia, Casas fue nombrado Secretario General de la CNT, 1976 a 1978. En aquellos meses de ebullición política y social, fue la persona idónea para defender los principios básicos de la CNT.

Juan Gómez Casas, se multiplicó escribiendo artículos, dando charlas, conferencias y mítines. Fueron dos años que dedicó plenamente, para clarificar posiciones, denunciando a los partidarios que cuestionaban los principios básicos de la CNT, con el propósito de dividirla. Entre estos militantes disidentes de la CNT que continuaban l amándose anarcosindicalistas libertarios, se habían vendido por un plato de lentejas.

Juan refriéndose a la pretensión renovadora de los secesionistas, dice: «La CNT se ha renovado así misma de congreso a congreso, se ha ido enriqueciendo con la consideración de problemas aparecidos al hilo de la evolución y de los cambios experimentados en el mundo. Entonces, ¿qué quiere decir, en realidad, «CNT renovada» o «Renovación»? ¿No querrá decir justamente lo contrario de lo que pretende? Porque nosotros sólo podemos avanzar y profundizar los problemas a partir de la esencialidad o

razón de ser profunda de la CNT. ¿Qué quiere decir entonces paleoanarquismo? Dado que anarquismo sólo hay uno, no puede

haber un anarquismo «renovado» que acepte el Estado o los chanchullos de los políticos, o un anarquismo que, para hacerse aceptar, tenga que renunciar a sus esencias. Este es el caso de la CNT».

La última vez que vi a Juan fue en el local de la CNT en Paris, unos meses después del fal ecimiento de Franco. Me invitó a ir con él a Madrid, pero en aquel os momentos no me encontraba en muy buenas condiciones para desarrol ar ninguna actividad y decliné su invitación.

Juan Gómez Casas consagró su larga vida a defender las ideas anarcosindicalistas (CNT) Fue un precursor infatigable. Su obra literaria es colosal.

Juan hace años que nos has dejado, pero el compañero, el amigo está siempre presente en mi memoria. Los años difíciles que pasamos juntos, colmado de sufrimientos y de riesgos, no se pueden olvidar nunca.

Salud compañero, tu amigo

J B

20-juliol-2015

Centre d'Estudis Josep Ester Borràs. Memòria Històrica